



**Almacén de
Ocurrências**
Augusto
Godachevich

Prólogo

Ricardo Estanislao Monje

No es un libro de aforismos. No es un libro de autoayuda. No es un libro.

Es un cuaderno de bitácoras. Un cuaderno que se revela como una cámara de fotos, y se rebela contra la parquedad de la vida, contra los parquímetros, los pisos parquet y los parques de aburrimientos. Un manifiesto de fe ciega en la pesquisa de lo que vive a pesar de las quietudes de todos los días: de lo que vive y gira... ¡De lo que vibra! Es, también, una declaración de independencia ante las declaraciones universales, las pautas sociales y la autoimposición. Como si miráramos el mundo desde una calesita, sin dejarnos apresar por lo detenido: a pesar de tanta parálisis, sobrevive una creencia aunque más no sea en una especie de corriente estática. Hay vacío y hay miedo pero no miedo al vacío, entonces nos vemos pulsados a apresar la sortija... Sortija y sortilegio son ideas de las más variadas, ideas variopintas (sí, porque este cuaderno está lleno no sólo de ideas sino de colores). Godachevich: animal salvaje que necesita escapar del blanco y negro en una policromía que nos invita a mirar

de nuevo lo que es y lo que pasa. Una cronología de ingeniosidades, decía, que teñidas con tono de denuncia o de jocosidad nos condena vivos, nos condona vivos. Nos conmuta la pena para chantarnos una sonrisa que nos desenmascara. La



máscara de la comedia sobre la de la tragedia y al revés. No pasa de una página que se nos cae la máscara. Grotesco Godachevich que desenmascara y encara la denuncia, una denuncia que nos desnuda idealizados, idiotizados, “idiosincratizados”.

Un libro para corajudos. Para cojudos. Para los Franciscos y los Lautaros, empalizado en el más férreo hiperrealismo, desbordante de fantasía y “actoralidad”. El soporte ha sido Facebook, ni santificado ni crucificado, pero en realidad el soporte es una membrana plasmática, esa descarada red social, descarada y descascarada por Godachevich quien va quitando cáscaras a puro desenmascaramiento de nuestra fanfarria y nuestro maniqueísmo. Nos deja solos, desnudos; pero no abandonados ni desprovistos. Godachevich es un caballito de calesita que se desboca. Se desboca, evoca, invoca, pero sobre todo provoca. Tiene vocación por provocar. No es sólo gesto y mucho menos pose. Es una afirmación que se desgrana en tropel. A lo Fígaro, o como el Arlt de las Aguafuertes, avanza la tropilla. Casi siempre ironiza, nunca preconiza.

Nos desmarionetiza, en suma. Y como el ser humano ama que le cuenten historias, y

como el ser humano ama imaginar, él imagina la historia de un mosquito o nos captura con un comienzo inmejorable: “Hoy a la tarde me pasó algo terrible”. Funda, para ello, un territorio único para salir del lugar común, nos pone frente a pequeños vampiros, señoras ‘Obse’ y niños que se van llevándose el sol. En este mundo de tropelías se necesitan estos tipos de tropeles, son necesarios estos tipos como Augusto que ha escrito un libro que escapa de los encasillamientos y saca de las casillas. Por suerte no es un libro, no corre el riesgo de convertirse en obituario ni tampoco en misal donde se registran las sagradas escrituras..., es un boletín de descalificaciones para desaprobarnos la risible fantasmagoría de lo que debemos ser y probar el frangollo del ser libre, por el gusto de ser libres nomás... Dice Pavese: “no se ve con qué derecho, delante de una página escrita, olvidamos que somos hombres y que un hombre nos habla”. Godachevich es un libre; un libre que no solamente habla, dice, crea y grita sino que por suerte, y por sobre todo, canta y canta...

Introducción

Augusto Godachevich

Lo que escribimos sobre el muro de nuestra red social suele ser efímero. Una vez publicadas nuestras palabras, estas comienzan a añejarse a la velocidad de la luz. Al otro día ya han perdido su efectividad. A la semana podríamos decir que ya han dejado de existir. Quedaron allí debajo, sepultadas por la novedades del día de la fecha. ¿Cuántas personas han llegado a detenerse en aquellas palabras? No lo sabemos. ¿Merecían desaparecer a tal velocidad? Quién lo sabe. ¿Vale la pena patalear, acaso? Pues claro que no. Son las reglas del juego: “¿Usted quiere existir? ¡Pues se lo permitimos! Pero no por más de quince segundos. ¡Que pase el que sigue!”

Como de seguro ya estará al tanto, el libro que tiene entre sus manos fue parido dentro de la red social (dentro del todopoderoso Facebook). El libro que tiene entre sus manos está conformado por un rejunte, por una colección de publicaciones que estaban condenadas a ser olvido. Aquí usted tiene entre sus manos una colección de palabras resucitadas por puro capricho, por pura rebeldía, por pura idiota necesidad de luchar contra el

tiempo.

¿Y qué decir con respecto al material? Hay de todo. Catárticos textos autobiográficos, simpáticas ideas manoteadas al pasar, profundas reflexiones que no llevan a ningún lado... Hay de todo. Y ese todo, está fechado: desde septiembre del 2010 (mes en el que nació mi hija) hasta junio del año 2015 (mes en el cual comencé a darle un cierre a este proyecto en su versión impresa).

Usted se estará preguntando: ¿Entonces éste chabón tan sólo se limitó a copiar y pegar las forradas que escribió en el Facebook durante casi cinco años para después sacarlas por la impresora? La respuesta a esa pregunta es la siguiente: No fue tan sólo eso. En realidad fue un trabajo de selección y corrección, al cual luego se le sumó un trabajo de ilustración y encuadernación.

Con respecto a la ilustración debo informar que consideré que lo mejor era ponerse a dibujar del mismo modo en que me había puesto a escribir: “A los ponchazos”. Así fue que mi esposa y yo agarramos lápices, lapiceras negras y papeles, y nos pusimos a dibujar a borbotones. Informo también que no me tomé el trabajo de indicar de quién es cada dibujo porque estoy seguro de que

se darán cuenta ustedes mismos. Tan sólo les dejo esta indicación: los dibujos lindos, dulces, tiernos y prolijos son los de mi esposa; los otros son los míos (y hasta hay un par de dibujos de nuestra pequeña hija Frida con sus casi cinco años de vida).

La encuadernación artesanal fue realizada también por mi esposa, (quien, por cierto, se llama Ana Julia Vigo), puesto que consideramos que era la mejor presentación para un material tan íntimo, familiar y lleno de dulce de leche.

Bueno, listo, basta de palabrerío introductorio. Vamos a dejarlos con el material en sí. Pero antes no puedo despedirme sin antes informar que éste es mi primer material escrito llevado a libro. ¿Era necesario decir esto? Pues sí. ¿Por qué? Porque es de lo más extraño que; habiendo escrito alrededor de una veintena de obras de teatro, unos cuantos cuentos, y hasta un guión de cine; sea este caótico material el primero en “ver la luz impresa”. De todos modos no me preocupa. La vida ya me ha enseñado por demás que no hay organización que valga, que tan sólo hay que dejar salir a las cosas cuando las cosas necesitan salir.

Me despido agradeciéndole por dedicarle su tiempo a este pequeño objeto de ideas.

Les doy la bienvenida a mi “Almacén de ocurrencias”. Abrazos, mis queridos.



Septiembre 2010

Profundas reflexiones me llevaron, en su momento, a entender el deseo sexual como una trampa de la naturaleza para poder expandirse a través de la reproducción. Anoche descubrí que el amor y la felicidad que te produce un hijo en brazos, son emociones diseñadas para no tirarlo por la ventana cuando no para de llorar.

Octubre 2010

¿El mundo es un pañuelo? No, el mundo es un pañal.

Veinte pañales y contando...

Diciembre 2010

El enanito gruñón se hizo amigo de “Dejen de etiquetarme en pelotudeces”.

- ¿Y cómo es él?
- Copado.
- ¿En qué lugar se enamoró de tí?

- En la biblioteca.
- ¿De dónde es?
- Del barrio Acevedo.
- ¿Porqué ha robado un trozo de mi vida?
- Ya sabías que lo nuestro no daba para más.
- Es un ladrón, que me ha robado todo.
- Ay. Basta José Luis, dejá de cantar, por favor. Me voy. (Ruido a portazo)
- ¿Y cómo es él?

Septiembre 2011

¡Camina, Frida camina! (Léase como “Run Forest, Run”)

- 1) Todo el mundo dice lo que quiere.
- 2) Como todo el mundo dice lo que quiere hay diferentes opiniones.
- 3) Cuando uno escucha algo que quiere decir un otro, y no está de acuerdo con aquello, el otro es un soberbio e intolerante porque dice lo que quiere.

Yo dejo todo o no hago nada.

Noviembre 2011

Nunca fui tan pobre, ni tan feliz.

Urgente, hagamos una cadena de oraciones para que Dios exista.

Diciembre 2011

Si usted es uno de esos pobres seres humanos que se encuentra vacío por dentro, o lleno de un montón de mierda parlanchina que necesita acallar con fuertes sonidos pirotécnicos; vaya al psicólogo o métase un petardo dentro del orto. Desde ya, muchas gracias.

¿No les parece interesante el hecho de tener que armar minuciosamente el rompecabezas de las probables razones del porqué alguien te deja de saludar por la calle?

Enero 2012

Oh, gracias Dios por haber lavado con tu orina sagrada el barro de mi sórdido automóvil. Alabada

sea tu cistitis.

Febrero 2012

Esta sociedad transforma a los hombres en unas porquerías insensibles, competitivas, idiotas e inmaduras. La mujer es superior en todos los aspectos. ¡Qué vivan las mujeres! Son lo más hermoso que le ha pasado al mundo desde que fue creado andá a saber por quién. ¡Que las damas hereden la tierra!

Abril 2012

No te odies por lo que tus padres hicieron que seas. Ódiate por no tener la voluntad para cambiarlo.

¿Cómo puede ser que algo que hace diecisiete meses estaba dentro de la panza de mi esposa, ahora está corriendo por la casa masticando una torreja de verdura y cantando junto a Mickey Mousse?
(Misterios de la vida).

Junio 2012

Discúlpeme San Facebook, he pecado. Discúlpeme por haber bloqueado a tantos contactos por haber sido ellos hostiles para conmigo, escribiéndome cosas que nunca me dirían en la cara, los muy faltos de coraje. Es que, como usted sabe, este santo servicio es maravilloso en muchos aspectos, pero también es cuna del resentimiento humano, que no cesa. Nunca cesa. Porque, como usted de seguro ya lo habrá notado, cuesta demasiado ser feliz. Procederé a darme un latigazo, con el cable del mousse, por cada contacto bloqueado en busca de su perdón divino. Discúlpeme San Facebook, no volverá a suceder. (Y quien nunca haya bloqueado que tire la primera piedra).

El tiempo todo lo acomoda, pero, bueno, se toma su... tiempo.

Julio 2012

Así como dicen que los Beatles están a la altura de la mejor música clásica, yo creo que los Simpsons están a la altura de la obra de Shakespeare. He

dicho.

Feliz día del que se identifica con otra persona creando una relación que genera cierto tipo de placer durante el intercambio de datos y mates. Feliz día de las relaciones que duran lo que duran los complementos. (Feliz día del amigo).

Agosto 2012

Primer texto ficcional escrito cuando me enteré que iba a ser tío:

- Sí... Decime.
- ¿Qué tal?... Quería una docena de facturas.
- Bueno... Andá diciendomé.
- Sí. A ver. (Mira el escaparate) Dame... una... una torta negra..., una de esas con azúcar arriba..., un vigilante... (Ya no se puede reprimir más) ¡Voy a ser tío, señora!
- ¿Eh?
- Nada, eso. Que voy a ser tío.
- Ah..., qué bien. (Indiferente) ¿Qué más te doy?
- Dame dos medialunas de grasa y una de las otras.
- ¿De manteca?
- Sí, sí. De manteca. ¿Vos sos tía?

- ¿Yo?
- Sí, sí.
- Sí, tengo como quince sobrinos.
- Faaaa... ¿Qué se siente? ¡Felicitaciones!
- No sé, lindo. ¿Qué otra factura querés?
- ¿Es emocionante, no?
- Mirá, hay mucha gente esperando atrás tuyo... ¿podrías terminar de pedir?
- (Dando un grito y rompiendo el vidrio del escaparate) ¡Te dije que voy a ser tío! ¿Sos sorda? ¡Teneme un poco más de respeto! Mi hermana va a tener un hijo. ¡Un hijo!
- Está bien, perdoname. Lo que pasa es que... yo... (Rompe en llanto y se tira de cabeza en el canasto del pan recién salido del horno, produciéndose quemaduras de cuarto grado).
- La concha de la lora. ¿Nadie respeta a los tíos en este país? (Se va con las facturas debajo del brazo y con la mano ensangrentada) ¡Forra de mierda!

Segundo texto ficcional escrito cuando me enteré que iba a ser tío:

- Buen día, mi amor.
- Buen día.
- Te hice un súperdesayuno de futuro tío.

- Genial. Gracias.
- Vení, sentate que te sirvo el cappuccino.
- (Sentándose) No sabés lo que soñé...
- ¿Soñaste que ya eras tío?
- Sí. ¿Cómo sabías?
- No sé. Se me ocurrió. (Acercándole el desayuno) Ojo que está caliente. Ahí te traigo el jamón crudo.
- Soñé que estábamos con Lautaro.
- ¿Quién es Lautaro?
- Mi futuro sobrino.
- Si le van a poner Francisco...
- A mí qué me importa. Yo soñé que se llamaba Lautaro. Así que yo le voy a decir Lautaro.
-



Está bien, decíle como quieras. (Sentándose a la mesa) ¿Querés mayonesa?

- No, no. Gracias. (Comenzando a beber el Cappuccino) Soñé que Lauti me pedía que yo sea su padrino.

- ¿Y Lauti qué era? ¿Un bebé?

- Sí, era un bebé. Pero hablaba como un hombre.

- (Sirviéndose un poco de atún) Qué impresión.

- El bebé me decía “Tío, quiero que seas mi padrino. No dejés que me echen agua fría estos putos”.

- Mirá qué lindo el vocabulario del recién nacido.

- Es un sueño. Yo qué sé.

- Igual vos sos ateo. No podés ser padrino de nadie.

- Claro, pero en el sueño no era ateo.

- ¿Y cómo sabés?

- Porque tenía colgado un rosario.

- Ah.... (Reprime una risa)

- Y además también estaba Dios en el sueño.

- ¿Sí? (Ya no aguanta más) ¿Qué hacía dios?

- Nada. Había bajado para felicitar me por ser tío.

- Mirá qué bien. (Parándose) Ya vengo. (La esposa se encierra en el baño. Se escuchan sus carcajadas junto al ruido de la cadena que intenta ocultarlas)

- La pucha. ¡Qué lindo ser tío! (Sigue masticando sin parar)

Septiembre 2012

Neumonía estéreo.

Percusiva tos a dúo, canon difónico en disonancia.

Claustro calefaccionado.

La guardia sentenció: Bronquitis aguda.

Tosiendo mocos por los ojos.

Si quieres conocer realmente a alguien, no escuches lo que dice, mejor presta atención a cuáles son sus intereses, fíjate hacia donde lo mueven sus acciones. (Recomendación de la casa).

Ayer, en Capital Federal, viajé en la línea siete , desde el Barrio de Boedo hasta el Microcentro. Había paro de subtes. El colectivo se encontraba ensardinado. Diferentes pasajeros hablaban a un volumen altísimo, tanto sea por celular o entre ellos. Y yo estaba ahí, tratando de concentrarme en el libro de “Historias de Cronopios y Famas” de Julio Cortázar. Aquí transcribo algunas de las conversaciones escuchadas:

1) Señora bien vestida, adinerada, respingada: “No sabés. Entró y me miró de arriba abajo. Entró a mi casa y no sabés cómo me miró. Yo estaba descalza. Claro, es la misma empleada que limpia en lo de Susana, la ex de mi marido. Entró y me miró, y después, miró al gato. No sabés la cara que le puso. -¿Te dan miedo? –le pregunté–. Sí, les tengo terror –me dijo. No sabés cómo miraba al pobre gato. Y después, pasó lo que pasó. Pobre Fortunato. No sabés lo que fue. Lo tuvimos que llevar en taxi. El taxista un divino, sacaba la mano con un pañuelo blanco por la ventanilla, pasaba los semáforos en rojo, todo mientras buscábamos algún lugar en donde nos atendieran. No sabés lo que era la boca del gato. Y lo que sufrió Tomasito. Yo sentí que se me estaba muriendo un hijo. Nunca había sentido algo así. Para mí que esta hija de puta me lo miró... y algo le hizo al pobre gato. Yo no la quiero en mi casa. Algo le hizo al pobre gato. Se lo hizo mirandoló.

2) Mujer joven con el pelo enredado. Nerviosa. Gestos desencajados: “¿Dónde estás? Yo estoy a cinco cuadras. Esto es un bolonqui. Ya llego. Mira que a la una tengo que ir por lo del trabajo. Listo, listo. Dale, ya bajo. (Corta. Pasan 30 segundos y

vuelve a llamar a la misma persona) Ey. Escuchame. Esto es un bolonqui. Mejor andate, porque a la una tengo que estar. Y es por trabajo. Quiero que me entiendas. (Casi a los gritos) Para mí primero está el trabajo. Es lo que me da de comer. ¿Entendés? Bueno, bueno. Sí, volvete. Chau, chau”.

La siguiente conversación la tenían dos muchachos. Ambos lucían idénticos: Traje, pelo rubio cortado al ras, cabezas muy cuadradas, treinta años aproximadamente:

3) “ -Che. ¿Y tu jermu qué onda?

- ¿Qué?

- Nada, porque vos me decías que estaba sola, y mi jermu siempre se está quejando que se siente sola, que no tiene amigas. ¿Por qué no las juntamos? ¿Qué te parece?

- No sé.

- Sí, juntemoslás. Capaz que puede salir una amistad. Seguro que hay onda y se copan. Una amistad o algo más. Organicemos y que se junten tu jermu y mi jermu. Puede haber onda. ¿Qué me decís? Yo te aviso, ¿ok?”

El colectivo tardó una hora en hacer un tramo que generalmente se hace en veinticinco minutos. De las 160 páginas del libro llegué a leer 90.

En el viaje de vuelta solo pude vivir cosas más convencionales:

- El colectivo cerró la puerta de ingreso al transporte cuando aún faltaban subir unas siete personas. Aplastó a una señora que estaba intentando entrar.
- Un anciano monologaba lo siguiente insistentemente: “En mi época solamente dejaban que cinco personas queden paradas en el colectivo. Más de cinco, imposible. Pero antes los gobernantes pensaban en la gente, no como ahora”. (Cabe informar que el colectivo estaba repleto a más no poder. Éramos piezas de un enorme rompecabezas



carnal y sudoroso).

- Un muchacho de pelo enrulado y barba calma, que se trasladaba en bicicleta junto a su hija, frenó al costado del colectivo para hablar con el colectivero por la ventanilla: “¡Pero vos estás loco! Casi me pasás por encima. Yo soy muy frágil al lado de esta mole de hierro que vos tirás contra mí ser. Tené criterio. Sos mala persona. Sos colectivero, es tu trabajo, y lo hacés mal. Sos mala persona, chabón”.

Bueno, en síntesis, eso es lo que escuché, y tenía ganas de compartirlo. Sé que todo es adaptación, uno se adapta a todo. Viví once años en Buenos Aires y todo eso fue parte de lo cotidiano. Pero hoy, después de cinco años de estar en mi ciudad natal, siento que lo presenciado, no puede ser de ningún modo saludable.

Octubre 2012

Ay, qué frío. Haceme el favor de ponerme las gambas de bufanda, si no es molestia, vida mía.

Les deseo “infeliz día” a todas esas mujeres que se reprodujeron por mandato social, o porque dicen

que hay que ser madre, o porque no quieren morir solas, o porque ya estaban viejas, o porque ya todas sus amigas tenían hijos, o por otros asuntos de índole semejante. Pero sobre todo les deseo infeliz día a esas madres muy ocupadas que tuvieron a sus hijos para ser criados entre las muchachas mal pagas que laburan en las guarderías, y el señor televisor.

- Así que ayer fue tu cumpleaños.
- Sí, sí.
- Se me re pasó.
- No se te hubiese pasado si no me hubieses eliminado del Facebook.
- Si te eliminé fue por tu culpa. No tendrías que haber puesto eso en mi muro.
- No podía pasar por alto eso que pusiste.
- Si lo puse es porque es así.
- No hacía falta que pongas que tenés una relación con mi ex.
- ¿Qué querías que haga? Estamos enamorados.
- A mí qué me importa. Sabiendo que me tenías de amiga tendrías que haber tenido un poco más de tacto.
- Mirá, primero está mi novio, y después estás vos.

- Por tener esa postura te eliminé del Facebook.
- Y por haberme eliminado no te enteraste de mi cumpleaños.
- Me chupa un huevo tu cumpleaños.
- ¿Entonces para qué mierda iniciaste esta conversación con el tema del cumpleaños?
- Para hacerte sentir mal.
- Peor te debes sentir vos sabiendo que tu ex novio me da masa todas las noches.
- Pero antes me dio masa a mí.
- ¿Y?
- Lo que digo es que tenés un novio usado. Un novio de segunda mano.
- Lo que importa es el presente. Lo importante es a quien le está dando masa “ahora”.
- Ahora estás hablando conmigo.
- Bueno, pero esta noche me estará dando masa tu ex a mí.
- Eso sucederá en el futuro. No en el presente.
- Entonces me voy hacia el futuro. Chau, chau.
- Chau. Y feliz cumpleaños atrasado.
- Atrasada serás vos.
- Si tengo un atraso debe ser el provocado por mi ex.
- ¿Tenés un atraso?

- Por ahora sí. Vos no te preocupes que yo igual, si me sigue sin venir, te aviso por Facebook. Ah, no, pará. Cierto que te eliminé. Chau, besos.

Noviembre 2012

Hoy a la mañana, en el patio, había un murciélago. Estaba tirado en el piso y se desplazaba arrastrando sus alas. Hacía un extraño sonido. Sonaba como si fuese una alarma que chilla constantemente, pero muy bajito. Lo agarré con la pala y lo arrojé del otro lado del muro.

Horas más tarde mi padre nos dijo que, si volvía a aparecer, lo aplastáramos con la escoba; o mejor aún, con una pala. Y mi madre nos dijo que tengamos cuidado, pues el animalejo podía llegar a mordernos y contagiarnos la rabia.

Llegada la noche, al volver del trabajo, mi esposa me dijo que el murciélago “había vuelto”. Me dijo que estaba en el patio nuevamente arrastrándose y chillando. Tomé coraje, y decidí matarlo. Mi esposa no estaba de acuerdo, pero yo había quedado asustado por el asunto de la rabia. Me acerqué, lo miré fijamente, y entonces sucedió aquello que suele suceder a diario en mi vida.



Sucedió la empatía. Automáticamente me puse en su lugar. Allí estaba su corazón latiendo, su cuerpo atemorizado, su respiración entrecortada, su tremenda desesperación. En ese momento me transformé en él. Me encontré temblando frente a un pedazo de barbudo ser humano con pala en mano. No podía matarlo. Él estaba tan vivo como yo. Viviendo en este mundo tan de casualidad como yo. No podía. No pude. Así que mi esposa me trajo una caja de zapatos y allí dentro fue que metimos al pequeño vampiro. Caminamos unas cuadras, abrimos la caja y lo arrojamos en un baldío. Al volver mi padre nos preguntó -¿Y? ¿Lo mataron?-. A lo que contestamos: -No. No pudimos. Nos dio cosa.

La empatía es algo completamente disfuncional en esta sociedad. No sirve para nada ponerse en el lugar del otro. El otro siempre suele ser un escalón para nuestros propios beneficios. ¿Será por eso que mi esposa y yo nos ejercitamos en la actoralidad? ¿Será por esa capacidad automática de ponerse en otra piel? ¿En la piel del otro? Quién lo sabe. Al menos ahora sé que ya estoy completamente preparado para protagonizar una futura película de Batman. Y mi esposa bien podría interpretar

el personaje de la Bati-Señora (o de la Bati-Doña, como más les guste).

Acá estoy, comiendo gelatina. Gelatina de frutilla que mi esposa hizo para nuestra hija de dos años. Cuando yo tenía dos años mi mamá no me dejaba comer gelatina. No quería que me ensuciara. Tampoco me dejaba gatear. (Por el mismo motivo). Parece que mi mamá quería que yo siempre esté limpio y pulcro para que todos pudieran decir: “Qué lindo nene, qué limpio. Su madre es una madre ejemplar. Hagámosle un monumento”. En fin. El asunto es que ahora estoy acá, comiendo gelatina, en cuatro patas. Gateando por la casa con la geta llena de gelatina. Escupiendo gelatina para todos lados. Barbudo, con el pelo largo y enmarañado. Y cuando la gente me vea y me pregunte: “¿Qué hacés en cuatro



patas comiendo gelatina?”. ¿Saben que les voy a contestar? Les voy a responder lo siguiente “¡Vayan a preguntarle a mi vieja y a las conchas de sus madres putas!”

Lindo día. Hoy la pasé a pleno. Recién comí carne al horno con papas y puré de manzana. (Masticando varias veces para que la comida no me caiga pesada). Ahora me paro para ir a orinar, y de seguro que al finalizar la sacudo un poco para no humedecer mi ropa interior. Después de subirme la bragueta, me lavaré las manos con jabón sólido, me las enjuagaré y secaré, para luego salir del baño cerrando la puerta suavemente. Les cuento todo esto porque ya entendí cuál es el verdadero uso del Facebook: Contar continuamente lo que uno va haciendo en su vida como si a alguien realmente le importara.

¡Hola Muchachis-jayis! Muchos face-friends me mandaron mensajes privados insultándome por la escasez de mis publicaciones intimistas. Así que bueno, les cuento un poco: En este momento estoy cebando mates a mi esposa. Mates de domingo. Esos en donde el mate se ceba derecho desde la

pava. El agua no se pasa al termo. Uno se levanta constantemente a cambiar la yerba y a calentar el agua. No sé bien porqué. Quizá sucede eso porque es domingo. Entonces el tiempo es más extenso. Los minutos duran un poco más. Por ejemplo, en este momento, estoy reprimiendo suavemente las ganas de defecar originadas por el mate, por el sólo hecho de no pararme para ir al baño. Con solo pensar en sentarme, buscar algo que leer, largar los residuos, y después usar el bidet, el papel higiénico, uf... Es domingo, no estoy preparado para tanta acción. Así que seguiré acá sentado, reprimiendo. Bueno, después volvemos a conectarnos, mis chiquituelos. Los quiero mucho, mua-mua. Les mando mates y abrazos desde mi silla contenedora.

Bueno, está bien. Hablemos de política. Me parece que la oposición, sin ir más lejos, es una de esas cosas que cuando uno menos se lo espera... No sé cómo explicarlo... Igual, de todos modos, lo que hace la presidenta con el asunto de..., a ver..., yo no estoy muy seguro, pero a mí me parece que bien se podría..., un poco más, no demasiado... Pero creo que si tuviera que ponerme en un posición, yo

diría que realmente me identifico con..., con..., con llegar a fin de mes. Ahí está.

Receta para saber si estás enamorado: Cebale mates a la persona que creés amar. Si en el proceso de prepararlos te tomás los mates feos y no le pasás un mate al ser amado, hasta comprobar que está exquisito, felicitaciones muchacho/a, estás enamorado. Si por lo contrario, le das los mates feos a la otra persona, lamento decirte que morirás solo, y todas tus relaciones fracasarán después del noveno o decimo orgasmo. Y lo peor de todo es que siempre le echarás la culpa al otro. Y bué...

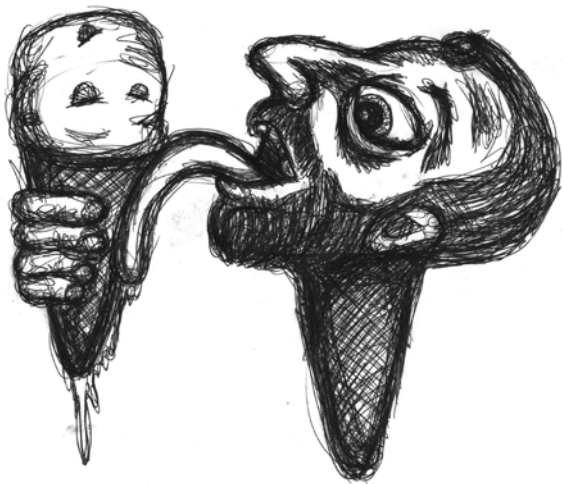
Siento que cada vez hay más personas que, por pura conveniencia, dicen exactamente lo contrario a lo que piensan; personas muy solas, generalmente.

Bueno, mis face-niños, hoy no tengo mucho para contarles. Sólo quería hacerles una pregunta. Es una pregunta para los hombrecitos, más que nada. El otro día descubrí que yo no sabía a ciencia cierta si sólo a mí me molestaba que mi miembro toque el inodoro, o la tabla, a la hora de defecar. Me extrañó no habérselo preguntado nunca a

nadie. Así que quería consultarles a los demás masculinos del Facebook sobre este asunto. ¿A ustedes también les jode que su pene tenga contacto con el inodoro mientras defecan? ¿O me pasa a mí solo? Bueno, gracias. Sólo eso. Buenas noches. (Y más me molesta cuando son esos inodoros que internamente tienen forma de bandeja. Esos en los que uno termina de defecar y se encuentra con el producto presentado en exposición. A veces siento que si defeco un sorete demasiado extenso, el producto va a tocar la bandeja sin terminar de salir de mi preciado cuerpo, haciendo que, lógicamente, el asunto se trabé. Y no vaya ni para atrás ni para adelante. O mejor dicho, ni para arriba ni para abajo. Bueno, ahora sí. Besos. No, besos negros no. Besos, no más).

¡Mis chikis! ¡Qué lindo domingo! Uf... Quería contarles que ayer fui a una heladería que me habían recomendado. ¡Una porquería! Me cobraron el cucurucho una fortuna. Me sentí estafado. Pedí banana split y coco con dulce de leche. Sí, sé que estarán pensando: ¡Éste se pasó de pelotudo pidiendo dos sabores con dulce de leche! Pero bueno, así fue. El asunto fue que los

sabores eran mitad helado y mitad dulce de leche; y el dulce de leche no era de lo mejor de lo mejor. Era uno de esos reposteros de segunda mano, con ese sabor artificial que te constipa el paladar. A la segunda lamida ya no quería saber nada. Pero bueno, había que tragarselo lamida a lamida. Y



así fue. Uno de los peores helados que he probado en mi vida. Demás está decir que no piso más esa heladería. No voy a dar el nombre porque con los años aprendí que mi ciudad es más chica de lo que uno puede llegar a pensar; y siempre puede pasar

que haya un primo, un amigo o una amante del dueño de la heladería de amigo de Facebook, y la idea no es ofender a nadie, sino contarnos entre nosotros día a día, hora a hora y minuto a minuto, todas las cotidianas pelotudeces que transitamos. Besitos mis amores.

La pucha, qué alegría. Acabo de caer que ya llegó el fin de semana. Qué lindo. Ojalá pueda descansar y reponer las pilas para la semana que viene. Guau, eso sería ideal. Esa es la palabra: ideal. Bueno, sólo quería contarles de mí un poco, como todos los días. Muchos amigos del Facebook me felicitaron, porque al fin entendí cuál era la real función de este servicio. Muchos están felices porque al fin dejé de poner videos y frases que me son ajenas. Está bien. Ya entendí. La posta es contar de nuestra intimidad. Así que vayamos al punto. En este momento estoy tomando un té de boldo marca la Virginia, y seguro que en un rato ya me voy a dormir. Espero antes poder sacudir un poco el catre con la patrona. Dios quiera que pueda darle un rato largo. No como me pasó el otro día... No. Mejor no recordarlo. No había alcanzado a empezar que... Bueno... Eso... Chau chuchis...

Buen día. Pero qué hermoso día. Lástima que hay un poco de humedad y en cualquier momento llueve. Hoy me levanté y me bañé para poder despertarme. Qué risa. Se me calló el jabón tres veces mientras intentaba enjabonarme una de mis pantorrillas. También fue la primera vez que le hago caso a mi esposa y me pongo dos veces shampoo. Ella dice que el pelo sólo te queda limpio si te ponés dos veces. Esperemos que así sea, porque el presupuesto no da para tanto shampoo, me parece. Bueno chiquis, amiguis de facebookis... Nos vemos luego para contarles más sobre mi interesante vida.

Bueno, ahora me voy a dormir, después de un maravilloso día acompañado por un montón de personas (de las cuales el noventa y siete por ciento son imaginarias). Ojalá pueda volver a soñar ese maravilloso sueño que soñé la otra noche. El sueño narraba caóticamente y durante largas horas, cómo mi persona, abastecida de múltiples elementos cortantes, cercenaba con placentera paciencia, el cuerpo de un conocido conductor de televisión, cuyo programa consiste en abusarse del deseo

no satisfecho de sus televidentes, mostrándoles cuerpos y acciones que les inflaman la libido, para que no puedan hacer otra cosa que quedarse inmóviles frente al Señor Televisor, corriendo el peligro de involucionar gradualmente hasta terminar en un estado simiesco y eyaculatorio.

Ahora, mientras estoy respirando, y descanso mis nalgas sobre una silla, tecleo algunas letras que van apareciendo en el monitor con el fin de escribir esto que usted está leyendo.

Diciembre 2012

Me estoy quedando dormido. Estoy a punto de perder totalmente la conciencia. Estoy entrando, al fin, al mundo de los sueños. Pero, de repente, escucho firmemente el aletear de un mosquito en mi oído. Me despierto fastidioso. No me quiero parar a matarlo. Lo trato de espantar con mi mano. Sacudo el brazo. Presto atención. Dejo de escucharlo. Intento volverme a dormir. Lo vuelvo a escuchar. No sé dónde está. Me enciendo de bronca frente a la impotencia. ¿Cómo mierda una cosa tan insignificante puede romperme tanto los

huevos? Pienso en poner música al palo. De ese modo no escucharía su aletear. ¡No! Mi esposa me cagaría a trompadas. Me tapo hasta el cogote tratando de darle la menor cantidad de



opciones a la hora de picarme. Presto atención. No lo escucho más. Vuelvo a quedarme dormido. Pienso en mi hija. ¿Y si la pican a ella? Porque si hay un mosquito en nuestra pieza también puede haber uno en su pieza..., o quizá más de uno..., y mi hija siempre se destapa..., y les deja toda la piel rosada a su disposición. ¡Concha del mono! Me levanto de un tirón. Pongo esos enchufes con tabletas en cada pieza, y un tercero en el comedor, por si acaso. Ahora sí, mosquitos hijos de puta. Me vuelvo a acostar. Mi esposa sigue dormida a mi lado. Pongo las patas arriba de sus patas. Ella murmura algo. Quiero pensar que dice “te amo”, pero creo que en realidad dice “apagá la luz”. La apago. Me relajo. Otra vez el sonido. El mosquito en mi oreja. ¿Cuánto mierda tarda en funcionar esa pastilla? Presto atención, el aleteo se hace

más débil. De golpe, el silencio. Se murió. Genial. Pobre bicho. Pero bueno. Al fin se murió. Pero... ¿Dónde cayó el cadáver? ¿Yo tenía la boca abierta? ¿Dónde cayó el cadáver? Escupo por inercia. Me duermo, y sueño que el mosquito me pica por dentro.

Mirando cómo mi esposa arma el pionono mientras le cebo mates y me voy morfando las sobras. La verdad es que alguien tiene que decirlo: ¡Qué buena combinación hacen el mate con el pionono!

El otro día me comentaba mi esposa, que cuando sale a hacer mandados con nuestra hija en el cochecito, y sucede que algún auto no le da el paso para cruzar la calle, la conductora siempre es una mujer. Siempre. Siempre. Pero siempre. Entonces me puse a hacer memoria y descubrí que tenía razón. A mí me pasaba lo mismo. Cuando ando con el cochecito siempre me pasa lo mismo. El otro día, cuando cruzábamos una esquina, junto a la pequeña Frida, una anciana, mientras doblaba, me tiró el auto encima, y tuve que acelerar a más no poder con mis cortas piernas peludas para llegar al la vereda de enferente sano y salvo. ¿Es que nadie

sabe que el peatón tiene derecho al paso? Parece que en mi ciudad es algo que no se ha inculcado. Y sin ir más lejos ayer me volvió a pasar. Una mujer venía al palo, y como no pensaba frenar, me prendió la luz alta como diciendo: “Ni se te ocurra cruzar con tu inmundo vástago sobre ruedas”. No tengo idea del porqué se dará esta situación. No sé por qué todos los hombres frenan ante un cochecito y porqué algunas mujeres no lo hacen. Obviamente tiene que ver con el hecho de ser “mujer”. (Ser humano con la capacidad de llevar a su propio hijo dentro de su vientre por nueve meses o menos). No sé. Quizá piensan: “Yo tuve que andar igual que este forro con el cochecito para todos lados y no es la gran cosa. Así que mejor que frene y espere.” De todos modos, no sé, son tan sólo suposiciones. Pido que me ayuden a salir de este enredo dándome las respuestas necesarias.

El hombre inventó la justicia. El hombre inventó las leyes. El hombre inventó el dinero. El dinero da poder. Poder sobre los demás hombres. Poder sobre la justicia. Poder sobre las leyes. Las cosas no son justas o injustas. Las cosas se pueden comprar o no se pueden comprar. Todo depende del poder. Del

poder que da el dinero. El dinero que inventó el hombre para tener poder sobre los demás.

¿Cómo permiten algunas esposas que sus esposos se exciten mirando primeros planos de ojetes aceitados simulando bailar en la televisión? ¿Será porque ellas después se toman el mate cebado por la pava calentada por los medios necesitados de rating?

¿Cómo andan mis face-colegas? Yo acá me tomé un tiempito para escribirles y contarles sobre mis andanzas. En este momento estoy armando el mate. Son las 3:25. En realidad me senté a escribirles para hacer tiempo mientras mi esposa hace dormir a nuestra hijita. Yo intenté dormirla un par de veces, pero de noche le copa más que la duerma la madre. Quiero pensar que es por todo ese asunto de que estuvo nueve meses en su panza, mientras yo miraba desde afuera. Y como ya dice el dicho: los de afuera son de palo. Aunque bien que se necesitó de “mi palo” para que exista ese “adentro”. Pero bueno, en síntesis, acá estoy. Con una película pausada, a la espera de que la niña se duerma. ¿Ustedes qué andan haciendo del otro

lado, queridos míos? Chusméenme un poco, sino... ¿para qué tenerlos de amigos? Al final voy a pensar que con su indiferencia, lo que único que tratan de decirme es: “dejá de publicar pelotudeces, chabón”.

- ¡Me encanta Arjona!

- ¡Ay, Dios! ¿Cómo te puede gustar Arjona? ¡Qué horror!

- No sé. Me gustan sus letras, me gusta cómo canta...

- ¡Pero no! Es cualquier cosa, Arjona. Es un merza. ¡Qué asco!

- Mirá, no sé... Yo me identifico con su música... Me llega... ¿Qué querés que te diga?

- Eso porque tenés un gusto de mierda.

- Está bien, lo que vos digas.

- Y claro que es lo que yo digo. Arjona es malísimo. Todo el mundo lo sabe.

- ¿Y porqué va tanta gente a verlo?

- Porque serán todos unos merzas.

- Y bueno. Seré una merza más.

- Me avergüenza ser tu amiga.

- Entonces no seas mi amiga.

- ¡En serio, Luchi! ¡Dejá de joder! Después te voy

a pasar música en serio para que escuchés.

- Pero es que no estamos hablando de la seriedad de la música... Acá lo que pasa es que yo me identifico con eso. No hay mucho más de qué hablar, me parece. Si vos no podés respetar las cosas con las que me identifico..., ¡todo bien!, no me preocupa. La que tiene el problema sos vos. Sos vos la que no puede aceptar otra realidad más que con la que vos te identificás.

- Es que es lógico. Es lógico que Arjona es un merza que chorrea grasa por todas las extremidades.

- Es lógico para tu visión del mundo que fue creada a partir de la propia experiencia y la propia educación. Yo no sé si vos escucharías a Charly si en tu casa no lo hubiesen escuchado desde que sos chiquita.

- Seguro que sí.

- Es algo que nunca sabremos..

- No estoy de acuerdo.

- Es como esto que pasa con el gobierno. A mí me identifica nuestra presidenta, pero no pretendo que otra persona, con otra educación, también se identifique. No sería lógico. Fijáte los cacerolazos.

- Yo no lo puedo creer. No podés salir con lo de la presidenta. Cualquiera. Yo no sé cómo recibió

tantos votos.

- Quizá sos vos la que no entiende a los demás por estar encerrada en tu propia realidad. Porque, al final... No podés entender a la gente que escucha a Arjona, no podes entender la cantidad de votos, no me podés entender a mí, que soy tu amiga desde hace 10 años... No sé qué decirte...

- La verdad es que no te entiendo...

(Diálogo ficcional)

Hace un rato, mientras le estaba preparando la mamadera a nuestra hija, descubrí que la tetina estaba rota. Salía leche por todos lados. Buscamos alguna otra tetina, pero no había. Intenté darle su leche en un vaso, pero mi hija no la quiso. Lloraba, lloraba, y lloraba. No había caso. Mi esposa, después de explicarme la necesidad psicológica de la mamadera (teta-peazón-tetina), buscó en internet cuales eran las farmacias que estaban de turno. Milagrosamente encontró una a “tan sólo una cuadra”. Me puse la campera y salí en busca de la imprescindible tetina. Cuando llegué a la puerta por donde atienden cuando están de turno, descubrí que había una mujer antes que yo. Aún no la habían atendido. En la puerta había un cartel

que decía algo así como “El turno es solamente para vender medicamentos en una urgencia. Respete las reglas”. Nunca antes había leído un cartel así. Cuando se abrió la ventanita, apareció el farmacéutico y le preguntó a la señora, sin el menor grado de simpatía -¿Sí? ¿Qué quiere?-. La mujer respondió -Yastá o Uvasal. Lo que tengas-. El farmacéutico le respondió -No tengo eso- y sin esperar a que la mujer vuelva a emitir palabra, me dijo a mí -¿Vos qué querés?-. La mujer entendió la indirecta y se fue. Yo, rápidamente, traté de armar en mi cerebro la frase mágica para hacerle comprender que, por más que una tetina no es un medicamento de urgencia, la necesitaba urgentemente. Así que le dije -Tengo a mi hija en mi casa llorando porque se le rompió la tetina de la mamadera. No quiere tomar en otra cosa. ¿Me das una tetina así hago que deje de llorar?-. Me miró amargo como limón caído del árbol y emitió un -Esperá-. Salió. Siete segundos después estaba nuevamente en la ventanita con tetina en mano. -Sólo tengo ésta de silicona- me dijo. -¿Cuál es la diferencia con la otra?- pregunté ignorante. -Mirá, es la única tetina que tengo. Sale quince pesos. ¿La querés o no?- contestó ofuscado. -Está bien,



damelá- respondí, mientras le entregaba los quince pesos. Me dio la tetina y me fui. Mientras caminaba la corta cuadra hacia mi hogar me encontré con un muchacho que estaba cortando el tránsito. Miré hacia atrás buscando la razón del corte y me encontré con un montón de gente festejando cual si se tratara de un “Mundial de Futbol”. Le pregunté al empleado municipal -¿Qué pasó? -me contestó, cual si de una obviedad se tratase, -El prende y apaga. Están ayudando a una escuelita ¿No sabías? Ayudaron a pintarla-. En ese momento recordé que había un programa de televisión que se llamaba así: “Prende y apaga”. Entonces le dije al muchacho, y a otro que estaba detrás de él, -Está bien. Que sirva para algo la televisión ¿no?-. El otro tipo respondió -Está muy bien lo que hacen. Simplemente devuelven lo que la gente les da. Está muy bien-. Me reprimí la respuesta, sonreí hipócrita, y seguí caminado. Al llegar a casa, mi hija agarró la tetina nueva y me dijo -Gracias papucho-. Sonreí. Minutos más tarde, mientras mi hija tomaba la mamadera serenamente, pensaba yo lo siguiente: “Pobre el señor farmacéutico. Según recuerdo trabaja de eso por pura herencia familiar. Qué triste debe ser estar del otro lado de la ventanita

toda la noche mientras los adolescentes te golpean para comprar preservativos. Ahora, por lo menos, con el nuevo cartelito, el señor farmacéutico, podrá regocijarse al negarles los productos a los que, simplemente, a veces, nos cae mal la comida después de las nueve de la noche y necesitamos un simple Uvasal. No sé. Debe ser lindo tener ese poder... ¿no? El poder de decir “No, no te vendo”.

Informo que se largó a llover. Para mayor placer ponga la pava y tómese unos mates con su ser amado mientras entra el hermoso aire por la ventana.

Ah, antes que me olvide, y ya que estamos hablando de inodoros, les quería contar otra cosa. “Descubrí para qué sirve la tapa del inodoro”. Durante años pensé que era algo inútil, pensé que era una cuestión estética, pensé que existía por el simple hecho de que es de mal gusto ver el agujero por donde parten nuestros desperdicios. ¡Pero no! Todo pasó el día de ayer. Parece que ando medio mal del estómago, entonces, cuando voy de cuerpo, el aroma es un poco más intenso de lo normal. Así que llegué al extremo de tener que dejar de respirar

por la nariz una vez largado el residuo.

Y fue mientras me lavaba en el bidet fue que tuve la epifanía. -¿Y si bajo la tapa del inodoro que pasará?- fue lo que pensé. Así que la bajé y... “Santo remedio”. Pude volver a respirar por las fosas nasales. Excelente. Qué buen invento, por Dios. También descubrí que sirve para poder parar a mi hija de dos años después de bañarla, para así poder secarla sin cagarme la cintura (que ya de por sí está destrozada por laburar tanto en la computadora). Así que bueno, eso, nada más... ¿Ustedes le encontraron algún otro uso? (Para los que se preguntan porque no tiro la cadena mientras estoy en el bidet, la respuesta es la siguiente: porque mientras vuelve a cargar la cadena del inodoro, el agua del bidet sale con poca intensidad y no llega a erosionarme el hoyo como Dios manda).

Hola mis pichuflos. ¿Cómo andan? Qué hermoso feriado. Lapasamos bomba. Qué lindo fin de semana largo. Plaza, mates, guitarra, mates, películas, mates, catrera, mates, inodoro, inodoro, inodoro... ¿Ustedes cómo la pasaron mis chichipíos?

Hola mis pichichuchis. ¿Cómo andan? Les cuento

lo que me pasó hoy, para que la gente de Facebook no me elimine la cuenta por falta de actividad: Hoy, a eso de las 21.23 hs, nos pegó un hambre terrible, y como estábamos en la calle, entramos en uno de esos supermercados chinos tan completos y vistosos. Esos en donde siempre hay canales y radios con música Pop Oriental. Lo maravilloso es que cierran a las 21.30 hs. (Quizá porque son personas muy trabajadoras; o quizá porque no quieren volver a sus casas y encontrarse a sus esposas hablándoles en ese tono tan imperativo que tienen ellos; o quizá por el hecho de que tienen que devolverle el dinero a quien les pagó el pasaje para llegar a nuestra tierra de libertad a laburar como dementes sudadores de ajo; o quizá... Bah, en realidad no sé porqué). El asunto es que nos queríamos comer unos sanguches bien merecidos y listo. Así que fuimos hasta la heladera de los fiambres... (Sí, ya sé que supuestamente los chinos apagan las heladeras de noche para no gastar electricidad. Ya les expliqué que eran las 21.30)... y agarramos unas de esas bandejitas de jamón cocido y otra de queso. Arduo fue el trabajo de sacarle, a la simpática china, qué marca de queso y qué marca de jamón eran las que estaban



envasados en ese pack que sólo tenía pegado un rectangulito blanco con el precio escrito en lapicera. Cuando nos dirigimos a la caja, compruebo que en mi billetera sólo tenía 15 pesos. (Todos saben que hoy con quince pesos no te alcanza ni para desayunar. Emitidores de frases como “Gorila” o “Vendepatria” abstenerse de comentar). Así que sacamos la tarjeta de débito y le dijimos al cajero -¿Te podemos pagar con debito?-. El serio y tostado chino nos dijo -Sólo si compra supera cincuenta pesos. Si no, no. Cincuenta pesos o más-. Así que tuvimos que ir a buscar un par de cosas más para poder comernos el tan deseado sanguuche: Toallitas húmedas para el ojete de nuestra bebé, aceite de oliva para esposa paqueta, y un paquete de fideos para toda la carenciada familia que hemos formado.

Y bueno, es así... Agradecé que están abiertos hasta las 21.30. De algún modo se lo tienen que cobrar. Pobre gente.

Todo se reduce a cómo nos cagaron la vida nuestros padres, sin querer, diciéndonos que seamos del modo en que ellos querían que seamos, pero que nosotros no queríamos ser, pero a la fuerza lo

fuimos igual para hacerlos felices a ellos.

Me abstengo.....

Un hijo es como un mate. Si vas a preparar el mate, y después vas a cebar uno cada tanto, no pretendas tomar un buen mate. Lo más probable es que esté apático, frío, asqueroso. A un mate rico se le dedica tiempo e interés. (Sonido de pava hirviendo) Uy, la concha de su madre...

Enero 2013

Un equipo de música sobre una repisa. El equipo de música sobresale un poco de la repisa. El equipo de música funciona como salida para el audio de la computadora. La persona que mira la película en la computadora está recostada en un puf. La persona que mira la película tiene puestos auriculares en sus oídos. Los auriculares están enchufados al inestable equipo de música. La persona se quita un momento los auriculares porque cree escuchar un ruido. El cable de los auriculares tira y empuja el equipo de música haciendo que caiga de la repisa. El equipo, en su trayecto hacia el piso, choca contra

el monitor por donde se emite la película. Caen el monitor y el equipo de música contra el piso, y contra las piernas de quien miraba la película. El equipo sale ileso. El monitor se abre en varias partes y se ven cables desconectados y placas múltiples. La película que se emitía era X-men la batalla final. La persona que estaba mirando la película era yo. El mismo yo que está esperando ahora que le digan que el monitor tiene arreglo. Esperando y escribiendo este pequeño texto de desconsuelo

Dios querido. Cuida a mama, cuida a papá y a mamá, y bendice al inventor del aire acondicionado.

Entro a la forrajería y pido dos kilos de Cat-Chow y un kilo de Dog-Chow. La muchacha me embolsa el pedido. Observo que en uno de los afiches de la pared dice lo siguiente: “Si lo querés, es de raza”. Debajo de este eslogan está Soledad Pastoruti con esa sonrisa que tanto la identifica. Esa sonrisa que me hace pensar que, en el preciso momento en que se sacó la foto, alguien le había sacado a pasear el cerebro. Trato de olvidarme de Soledad. Pienso en el eslogan “Si lo querés, es de raza”. Intento

descubrir qué me quieren decir con esa frase. Llego a entender que me quieren decir lo siguiente: “Un animal que es de raza, es mejor que uno que no es de



raza. Pero si vos querés a tu perro, automáticamente lo transformás en un perro de raza. Porque tu amor lo hace valer como uno que sí es de raza”. Eso es lo que llego a entender. También la lógica del eslogan te llega a hacer pensar lo siguiente: “Si un animal ya es de raza, y vale más que otro animal... ¿para qué vas a perder tiempo queriéndolo?” Y también la frase puede sonar a consuelo: “Si no tenés el poder adquisitivo para comprarte un perro de raza, queriendo al tuyo, lo vas a transformar, ilusoriamente, en lo que no podés tener porque, sabelo, sos pobre”. Porque parece que a todos nos interesa tener un perro de raza. Yo me pregunto cómo le pueden pagar a un publicista para que diga semejante atrocidad. ¿No se dan cuenta que lo único que hacen es reforzar la idea de que un animal vale más que otro por sus genes? ¿Y Soledad qué hace metida ahí en el medio de todo eso?

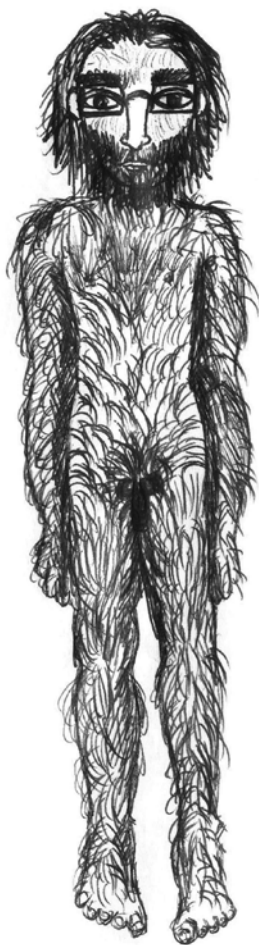
(En cualquier momento la veremos revoleando de la cola a pichichos sin dueño en un country para intentar demostrar que los estima). Y bue... Ya sé que no se puede hacer nada. Seguramente alguno de los que me está leyendo ha comprado un perro por el sólo hecho de ser de raza; como si estuviesen comprando un mueble de algarrobo en vez de uno de pino. Yo no sé si estaban al tanto, muchachos, pero... ¡Están comprando una vida! Eso, nada más.

Demasiadas personas me han hecho la misma pregunta durante este último tiempo. Así que la voy a responder por acá para evitar responderla en vivo unas mil veces más. La pregunta es la siguiente: “¿No te da calor tener esa barba?” Mi respuesta es esta: “No, no me da calor. No me da nada de calor. Si no me veo al espejo me olvido de que tengo barba. Si no me veo en una foto, me olvido de que tengo barba. Si no siento el shampoo caer sobre mi barba, me olvido que tengo barba. Me gusta tener barba. Me gusta no tener que afeitarme cada día, o cada tantos días. No me da calor, señora. ¡No-me-da-ca-loooooooooooooooooor!

Generalmente, quienes me preguntan son mujeres.

Seres que nunca han de tener barba. (Ya que si la tuviesen estarían en un circo) Entiendo que no puedan comprender que mi barba “no me da calor”. Es que la barba nace, señora, es algo normal. La barba nace sin que le pidamos que lo haga. Y si en este momento usted está pensando: con ese criterio las mujeres no deberían afeitarse las exilas y las patas porque ese pelo también nace, le respondo: “Estoy de acuerdo. Que los pelos crezcan, que los pelos crezcan para todo el mundo. Porque el pelo nace. El pelo por algo nace. No es casualidad. No hay modos, ni criterios, que puedan maniatar mi abultada capilaridad. El exceso de peluquerías en este mundo es una falta de respeto a lo que nace, al pelo que nace feliz por todo nuestro cuerpo. Porque, por más que repriman a sus pelos con tijeras y afeitadoras en busca de una estética, en busca de tratar de mantener las cosas controladas, dentro de ustedes, hay un antiquísimo mono que grita con violencia: “Estoy acá. Nunca me podrán silenciar. Jamás”.

Se abrió la puerta. Ahí estaba yo con tan sólo dieciséis años acostado sobre una camilla, vistiendo una bata. Entró una enfermera, una



señora de unos sesenta y pico de años. Apoyó sus elementos sobre la mesa de luz. Comenzó a armar espuma de afeitar en un recipiente. Cuando estuvo lista, colocó una gillete en esos antiguos aparatos metálicos para afeitar. Temblé. Con una de sus manos tomó mi pene por la punta y lo estiró hacia arriba lo más que pudo. Con la otra mano comenzó a ponerme espuma de afeitar en mi vello púbico, y luego, obviamente, lo rasuró. Yo estaba ahí, inmóvil, con toda mi adolescencia entumecida. En ese momento fue que pensé: calculo que a nadie se le podría parar en una situación así.

Ese fue el preludio de una operación que poco recuerdo. Aquella vez, cuando me operaron de una hernia de ingle.

Recuerdo pocas cosas. Lo primero que recuerdo fue cuando me descubrí en un testículo, mientras me bañaba, cierta protuberancia extraña. Lo segundo que recuerdo es al médico preguntándome el nombre mientras la anestesia me eyectaba de la realidad hacia el mundo de los sueños. Lo tercero que recuerdo es a mi padre, carente de toda paciencia, intentando hacerme caminar, por el pasillo de la clínica, erguidamente, con mis diez puntos en la ingle. También recuerdo a algunos

compañeros de la secundaria yendo a visitarme y abriendo la ventana de la habitación; y luego recuerdo al médico entrando y puteando por la ventana abierta. Ah, también recuerdo que tuve que quedarme un día más en la clínica, porque todavía no había ido de cuerpo. Así que me dieron de comer una cosa llamada Agiolax. Una basura granulada para poder cagar a chorros. Y lo hice, cagué a chorros no más.

Se estarán preguntado porqué salí con este recuerdo así de la nada. Bueno, resulta que hace una semana me reapareció un dolor, una molestia en el lugar en donde había sido operado 20 años atrás. Una molestia, que con el pasar de los días no se iba. Así que fui a hacer una consulta con el cirujano que creí que me había operado en mi juventud. Llegué, me bajé las bermudas, luego los calzones, y comenzó a palparme las bolas. Después de hacerme sentir todo tipo de dolores me dijo -Hay que operar-. Ya me lo esperaba. Recordé que me habían dicho en su momento, que esa herida podría volverse a abrir. Igual, de todos modos, el médico cirujano me mandó a hacer una ecografía.

Veinticuatro horas más tarde, estaba en la sala de espera para hacerme la ecografía. Obviamente,

en compañía de mi maravillosa esposa. Entré, y otra vez: bajada de pantalones, tocada de huevos, dolores punzantes, etc... Por lo menos ésta vez fue con un gel frío que hizo a la cosa más interesante. El tipo apenas comenzó con la ecografía dijo -Acá no hay nada. Vos no tenés una hernia-. A lo que le respondí mientras me señalaba un testículo -Pero tengo una molestia por acá-. El médico me recorrió con el aparato... y nada. No apareció nada.

Dos horas más tarde volví al médico con la ecografía en la mano. Y sí, otra vez. Bajada de pantalones, tocada de huevos de parado, tocada de huevos acostado, que levante la cabeza, que mueva la pierna, etc. -No che, yo no estoy convencido- dijo el profesional. Mi esposa preguntó -¿Podrá ser algo muscular?-. El médico negó e insistió -Acá algo hay, no estoy convencido-. Le respondí -¿Me hago otra ecografía?-. Me dijo -Tomate un miorrelajante- Mi esposa pensó -¿No es que no era algo muscular?- pero no lo dijo. El médico se despidió diciéndonos -Anda fijandoté. Viste cómo es la medicina... Cualquier cosa volvés.

Hoy fuimos a otro médico. Nuestro médico de cabecera. El cual la semana pasada estaba de viaje. Y otra vez. Me bajé los lompas, tocada de huevos...

Me tocó la zona que ya me había tocado el otro y me dijo -Es muscular, ya se te va a pasar. No tenés nada-. Le dije que el otro tipo me había querido operar y me dijo: -Y sí. Fuiste a un cirujano. Al tipo le importa operar. No le importa tu salud-. Y luego agregó -Los médicos somos una porquería. A veces prefiero que la gente vaya a un curandero. Me parece que es más sano.

Y así finaliza la extensa “Odisea Testicular”. Aún siento la molestia, espero se me vaya con los días. Gracias al señor cirujano pasé 24 horas con la certeza de una operación sobre mis hombros. (O sobre mis huevos). Con preguntas tales como “¿Nos cubrirá la obra social? ¿Dónde vamos a dejar a la bebé? ¿Quién se va a quedar de noche con vos? ¿Vos te das cuenta que se atrasa todo con la recuperación?”

No tengo más nada que decir. Saquen sus propias conclusiones. (Espero no terminar extrañando las multitudinarias tocadas de huevo).

Descubrí una felicidad más grande que todas las felicidades que conocía. La felicidad de ver a tu hija sana nuevamente después de haber estado muy enferma.

Febrero 2013

Siempre odié las calesitas. Siento que son una metáfora de la idiotez del ser humano. Todos persiguiéndose unos a otros. Algunos a caballo, otros en tanque de guerra y otros en auto. Tan sólo para girar sobre sí mismos. Es la historia de la humanidad reducida en una plaza, llena de futuros adultos preparándose para esa nada que es la vida. Girar y girar siempre sobre el mismo eje cometiendo siempre los mismos errores. Imposibilitados de aprender de la experiencia ajena por la propia naturaleza del ser humano: “ser marionetas de nuestros fracturados inconscientes”. Siempre odié las calesitas. Sin embargo recién vuelvo de dar una vuelta en uno de esos rombos infernales. Sí, así es. Este texto intenta hablar sobre cómo nuestros odios y deseos quedan absolutamente neutralizados frente a la búsqueda de la felicidad de nuestros hijos. Frida, nuestra hija, quería subir a la calesita, y allí estábamos los dos, mi esposa y yo, una vuelta cada uno, subidos sobre la calesita. Y con sólo observar a la felicidad repiqueteando sobre el rostro de nuestra hija,



imaginando ella que estaba en un auto hacia andá a saber dónde, ya estaba todo dicho. Y ojo que no estoy hablando de tolerancia, de paciencia. No estoy diciendo: “Lo que uno se banca por los hijos”. Lo que estoy diciendo es que nuestro odio, frente a las cosas que odiamos generalmente, simplemente “desaparece”. De repente uno se encuentra allí, tarareando la canción (hijadeunamilmadresputas) del sapo (malcogido) Pepe; o de la eterna víctima llamada “El elefante Trompita”; quien fue criado del siguiente modo: “Si no te portás bien, te vamos

a fajar”. ¿Les suena? (No hay ejemplo más claro de cómo la educación nunca evoluciona. Los padres nunca oirán cuales los deseos de sus hijos. Y nunca nadie en su puta vida se pregunta porqué un chico se porta mal. Nunca suponen que quizá los malos padres sean ellos por no tratar de entender a sus hijos y simplemente fajarlos, cuando, en realidad, tendrían que golpearse ellos mismos por el simple hecho de prender la televisión delante de los inocentes pequeños).

Bueno, me fui de tema. En síntesis, lo que quiero es aplaudir a la biología, aplaudir al maravilloso sistema que nos permite “neutralizar odios” frente al cegador y absoluto amor por nuestros hijos. Sé que sólo me podrán entender los que son padres (y obviamente no todos ellos). Ya que conozco a unos cuantos que arrastran a sus hijos en pos de sus propios deseos egocéntricos. (Tanto sea para ver un partido de fútbol, boxeo, danza lubricada de la concha de tu hermana, u alguna otra cosa que al pibe no le queda otra que observar. Conozco a muchos. Créanme).

Marzo 2013

Vivimos en un pequeño departamento con dos perros, dos gatos y una hija. Los gatos defecan en una bandeja de plástico con piedras diseñadas para absorber sus meadas. El patio es muy pequeño. La cocina está pegada al patio. Como no andamos persiguiendo día y noche a los gatos para sacar instantáneamente la materia fecal apenas emerge de sus anos, a veces los sorullos pasan algunas horas en el patio, dentro de la bandeja plástica, sobre las piedras. Si hace calor, se acercan las moscas a la bandeja. Si abris la puerta del patio, entran las moscas. Si entran las moscas, hay que matarlas.

Con mi esposa nos consideramos ya expertos asesinos de moscas. El arma con la cual las aniquilamos es el repasador. Tenemos repasadores de todos los espesores y colores. Nuestra hija fue creciendo viéndonos realizar este acto. Ella es quien nos señala, al grito de “¡ahí, la mosca, matala!” en dónde es que las moscas se posan para entonces poder destrozarlas de un seco y certero golpe.

Ayer, jugando, le doy con el repasador en la cola a

nuestra hija, entonces ella me suplica:
¡No papá, no me mates a mí! ¡Por favor, no me mates!

Hace cuatro años que decidimos abandonar la televisión en busca de una desintoxicación mental. Hasta el día de hoy consideramos que es una de las mejores decisiones que tomamos en nuestra vida. Hoy, con internet, teniendo la opción de ver lo que querés ver, cuando vos lo querés ver, informándote de lo que te querés informar, la televisión es un absurdo. Cada tantos días, lógicamente, me cruzo con un televisor: cuando voy a pedir una milanesa al bar, cuando voy a buscar a mi hija a lo de mi vieja, etc. Hoy tuve la oportunidad de tomarme un café con leche en un bar en el cual la televisión estaba a un volumen que hacía imposible toda indiferencia. Estaba puesto el canal informativo TN. Habré estado media hora aproximadamente, y todas las noticias tenían que ver con el nuevo papa argento. En ese momento recordé que, cada vez que me cruzaba con ese canal, no hacía más que informarme sobre asaltos, violaciones, robos, y, claro, lo más importante: el clima. Pero parece que últimamente la gente dejó de cometer esos

violentos actos para pegarse al televisor a mirar al papa. ¿O será que siguen choreando pero de golpe al noticiero le interesa más otra noticia? ¿Qué haremos con esas madres cargadas de llanto con la necesidad de una cámara porque su hija no vuelve a casa ahora que todos están en Roma? Tan sólo me queda pensar, una vez más, que nos quieren manejar los pensamientos e ideas para vendernos desodorante de ambiente, y cagarnos de miedo. Qué hermoso no tener televisor.

Entro a la pollería. Hay tres personas esperando. Me transformo en el cuarto. La empleada se encuentra atendiendo a una tal Sandra que no para de hablar. La tal Sandra señala un arrollado de pollo que se encuentra detrás del vidrio y dice -¡Dame eso! ¡No, mentira! El otro día me comí uno de esos y me llené de ronchas -ríe bobamente cual si de Goofy se tratase. -No sé qué tienen. Con lo que me gustan esas cosas. Mi hermano y yo nos llenamos de roncha, pero mi mamá y mi papá no. No sé qué tienen. Mejor dame filé de pechuga-. La empleada del local dice: -¡Qué raro! ¿Serás alérgica a la zanahoria?-. Entra un empleado, de los que trabajan atrás, el cual parece conocer a la

tal Sandra, y le dice: -La locura te llena de roncha a vos-. Se vuelve a escuchar la risa de Goofy.

Minutos después la tal Sandra señala a su hijo de cinco años, el cual no para de moverse por el local mientras juega con un billete de cincuenta pesos, y dice: -Lástima esto, viste. Lástima esto - y vuelve a señalar a su hijo, el cual parece ser el “esto”



mencionado. Por suerte la empleada, excesivamente iluminada, le dice: -Vos elegiste tenerlo-. A lo cual la Sandrita vuelve a repetir haciendo oídos sordos: -Lástima esto-. Mientras tanto el nene se tira el piso y revolea las patas rozando los pantalones de los que esperamos fastidiosamente que “la tal Sandra” deje de hablar de una puta, reputísima vez, para poder comprar nuestro deseado fragmento de ave. Miro al nene a través de mis lentes de sol y le digo telequinéticamente: -Nene, rompé el billete. Rompé el billete-. Pero el nene no me entiende, o no me hace caso. Tan sólo me mira fijamente, con esa mirada que tienen los chicos ahora. Esa mirada que parece querer decir: “Yo no le tengo respeto a nada, chúpame un huevo.”

Recién le tuve que decir a mi hija de dos años y medio la cruda verdad de una vez por todas: -Hija, el sapo Pepe es un pelotudo-. Ella me contestó: -¡No papá!- dándome una cachetada. Parece que hay cosas con las que no se jode.

Y al octavo día, Dios creo a los Simpsons para reírse de sí mismo.

Ya les dije anteriormente que odio a las calesitas. Sin embargo hoy reincidimos, y fuimos con mi esposa e hija a la otra calesita que tiene la ciudad. Al llegar descubrimos que era la misma calesita a la cual íbamos nosotros de niños, pero ubicada en otra plaza. Como si Dios en algún momento se la hubiese llevado para jugar a los rombos en el cielo, y luego la hubiese devuelto en el lugar equivocado. La calesita conserva el mismo nombre, “La Tancucha”, los mismos animales (los sobrinos de Donald pero pintados de amarillo, un Dumbo versión alternativa, focas y caballos) y los mismos vehículos (lanchas, tanques, autos y helicópteros). Me senté a un lado de la calesita, y mientras miraba girar a mi hija junto a mi valerosa esposa, me puse a observar a uno de los patos esos que subían y bajaban. De repente, mi mente supo que conocía esas formas, mi tacto conocía ese gorro que llevaba puesto el pato, la forma de su pico, la forma de la cabeza, la aspereza de la pintura sintética que los recubría... De repente una puerta se abrió en mi cerebro y un pequeño Augusto, sin barba, apareció para informarme que varios años atrás había disfrutado de esa calesita como hoy lo estaba haciendo mi hija. Parece que yo

también había disfrutado de aquel absurdo trompo, y la memoria de mi tacto me decía que lo había hecho sobre uno de esos patos. Había disfrutado sin pensar que no tiene ningún tipo de lógica montar sobre Hugo, Paco o Luis; sin pensar en lo saturado del sonido de la música ensordecedora del auto de Papá; esperando siempre la sortija con anhelo. Parece ser que mi imaginación se había dado panzadas de diversión en ese micro mundo circular.

Así que, por este medio, y a partir de hoy, dejo de



odiar formalmente a las calesitas.

No puedo parar de reírme al escuchar a mi hija de dos años, y casi medio, andar diciendo por la casa “Mamá y la abuela tienen Vulva”. “Papá no tiene vulva”. “Ya hice pichi y me sequé la vulva”. “Papá y el abuelo tienen pene, no tienen vulva”. Y así. ¡Qué divertido ser padre!

Abril 2013

Espero no ser el único al que le pasa la siguiente situación: A veces mi hija se despierta a la madrugada y se mete en nuestra cama. Precisamente entre mi esposa y yo. Luego, dormida, comienza a dar patadas. Patadas que lamentablemente siempre caen sobre mi espalda y riñones. Nunca sobre la espalda de mi esposa. Cuando ya no lo soporto más le pido que me deje de dar patadas del único modo en que uno puede pedir las cosas totalmente dormido y golpeado: Violentemente. Le niña lloriquea. Lo que es aún peor porque nos despierta aún más. Procedo a irme a seguir durmiendo a la pieza de mi hija puteando por lo bajo.

Recién me dice mi hija de dos años:

-Quiero hacer caca.

Le contesto: -Curtite.

Me retruca: -No me curto.

Me entrego: -Está bien.

La llevo a hacer caca.

Abstenerse, hoy ando con represión subcero.

Caminar sobre las hojas secas en otoño es una de mis máquinas del tiempo predilectas. Con tan sólo escuchar el crujir de las hojas bajo mis pies, vuelvo a ser un niño con guardapolvo y mochila caminando adormilado hacia la escuela a las siete de la mañana.

Ayer me reencontré con otra máquina del tiempo. Esta vez fue una con mayor precisión. Una que con tan sólo olfatearla me transporta hacia el año 1997; cuando tenía 18 años, y estaba en Buenos Aires haciendo el CBC dentro de los pabellones de Ciudad Universitaria. Una pulga en la gran ciudad. Esta máquina del tiempo es el primer libro que amé en mi vida: El Aleph de Jorge Luis Borges. Tapas de cuero azul, editorial Alianza, impreso en

el año 1997. El olor de sus páginas es otra de mis máquinas del tiempo.

Y cuando Dios sintió que la angustia de la espera del marido antes de la cena era demasiada, inventó el grisín. Y fue bueno.

Cada vez que te llevás el celular a la cama, muere un libro.

Tenemos dos gatos. Uno caga en las piedras sanitarias y el otro en las macetas. Creemos que el segundo tiene tendencias veganas.

Después de tres vueltas a la calesita, nuestra hija nos informa que quiere subirse a la hamaca. Caminamos hacia el sector pertinente. Ninguna de las hamacas está libre. Le explicamos la situación a la pequeña. Ella nos informa que si no es una hamaca bien podría ser la trepadora. Caminamos hacia la trepadora. De repente vemos que un niño abandona una de las hamacas. Caminamos hacia ella y sentamos a la niña. A los pocos segundos, el niño vuelve. Se agarra de la hamaca, en donde ya estaba sentada la pequeña Frida, y me dice:



-Esta hamaca es mía-. A lo que le contesto, mirándolo fijamente a los ojos: -Ahora está ella en la hamaca. Se va a hamacar un ratito, y después te la doy. ¿Sí?-. El nene no contesta nada. Tan sólo procede a caminar unos pasos hasta apoyarse en el caño que sostiene a las hamacas a la espera de que nos vayamos. Frida se hamaca un rato, aproximadamente unos tres minutos y veintisiete

segundos. Luego nos dice: -Me quiero bajar-. La bajamos. Y entonces el niño, más rápido que el trueno, se sube a la hamaca. Pero no de la manera convencional. Sino que pone su panza sobre ella, sus extremidades quedan colgando, y con su ojete precisamente apunta hacia mí. Comienzo a caminar y pienso: “Ahora que soy padre, bien podría comprarme un revólver”.

Entro a la dirección, allí dentro está la maestra de salita de tres de mi hija Frida. -Buen día- me dice, por más que son las seis de la tarde. -Vamos al grano ¿Qué pasó esta vez?- pregunto fastidiado. -Esta vez su hija le dijo a un compañerito que tenía “cara de poronga ahumada”- me dice la maestra indignada. Sonrío. Ella no sonríe. Entonces río. Ella sonríe aún menos. Entre carcajadas emito la siguiente frase: -Poronga ahumada, qué hija de puta. Estuvo bien, poronga ahumada-. No puedo parar de reír. La maestra se ofende y se va. Me quedo solo, riéndome, una vez más. [Esta es una situación imaginaria que de seguro comenzará a hacerse real a partir del año que viene, cuando mi hija comience el jardín de infantes.]

Estoy viviendo esa sensación agónica, de estar finalizando un libro excelente y no querer que se termine. Por suerte el ser humano es tan imperfecto que cuando volvés a agarrar el mismo libro, dos años más adelante, tan sólo tenés una vaga idea de lo que era, y entonces podés volver a leerlo con total satisfacción.

A veces se me vienen imágenes de lugares a los que fui de vacaciones años atrás, y me doy cuenta de que tengo la absoluta certeza de que nunca más estaré en ellos.

Por ejemplo, hace dos años tuvimos la posibilidad de viajar a Reta, y en éste preciso momento sé que es un lugar que no pisaré nunca más en mi vida por propia decisión. Porque sé que si tengo en algún momento la posibilidad de volver a irme de vacaciones, querré conocer otros lugares.

Pero a pesar de todo hay algo interno que me genera cierta angustia. No sé bien qué es. Pero de repente pienso en esas veredas por las que caminé, pienso en esa gente con la que me crucé, pienso en esa playa en donde chapoteé, y me doy cuenta que todo sigue su rumbo, que toda esa ciudad vive en paralelo con mi propio tiempo. Sé que quizá suena

idiota por lo extremadamente obvio todo esto que les estoy contando. Pero por algo se los cuento. Quizá para comunicar mis emociones como ser humano. Quizá porque necesito contarles que dentro de mí se produce un pequeño vacío cuando pienso en esas personas que conocí, que bien podrían estar muertas, y sin embargo no me afectarían en nada. Ni un sólo segundo de mi vida sería diferente si todas esas personas estuviesen muertas, si ese lugar, que en un pasado me albergó, de golpe simplemente desapareciera. Hay algo dentro de mí que me dice que todo esto no es justo. Por más que sé que lo único injusto es haberle dado conciencia a un bicho tan pelotudo como el ser humano, (bicho que siempre se pone a reflexionar sobre la nada, como yo lo estoy haciendo ahora mismo). Si a alguien más le ha pasado algo semejante hágamelo saber, más que nada para no sentirme tan tremendamente desolado por mi empatía averiada de nacimiento.

Ayer a la noche, mientras mi esposa cocinaba y mi hija miraba Pocoyo, me puse a barrer la casa, y a ordenar un poco las habitaciones. Barrida va barrida viene llegué hasta la puerta de nuestro humilde hogar, y mirando hacia arriba me



encontré en el techo con un montón de telarañas. Impulsivamente levanté la escoba y comencé a quitarlas. Mientras lo hacía recordé a mi padre diciéndome: “Fijate cuantas telarañas hay ahí arriba, las tendrías que sacar con una escoba”. En las telarañas que iba quitando había muchísimas moscas muertas. Cuando la labor estuvo finalizada, miré hacia el techo y pensé: “Cuando vuelva a pasar papá estará orgulloso de su hijo el saca-telarañas”. Pero la expresión inconsciente de este pensamiento fue escuchada por mi conciencia; la cual reevaluó la situación y me dijo: “Sos un boludo. Tu papá te las hace sacar por algo estético, por el qué dirán, cuando a vos lo que te conviene es que las telarañas existan para que haya menor número de moscas e insectos molestos en la puerta de tu humilde hogar. Mirate a un espejo y te vas a dar cuenta que ser estético no es lo tuyo”. Una vez más mi conciencia tuvo la razón. Pensé en rearmar cada telaraña, pero al instante comprendí que era una idiotez. Pedí perdón en voz baja a las increíbles tejedoras de redes, y me metí para adentro pensando: “Qué bueno que mi conciencia cada día está más avispada a la hora de cortar los hilos del inconsciente. Qué bueno que cada día

desmarionetizo un poco más.”

¿Acaso soy el único que usa un pedazo de papel higiénico como señalador cuando estoy leyendo un libro en el baño?

- ¿Hoy haremos el amor?

- ¡Dios te oiga! ¡Y te hidrate!

¡Que tengan un feliz domingo, queridos míos!
¡Lleno de Paz, amor y sol! (Hoy me levanté saturado de amor al prójimo, así que en pos de sacarme un poco del mismo, con el fin de estabilizar mi yo cotidiano, tuve que saludarlos del modo en que los saludé. Ahora sí, me siento un poco mejor)
¡Y tómense unos ricos mates! (Ahí largué un poco más) ¡Disfruten!

Comienzo a caminar. Tengo cuarenta cuadras por delante. A la quinta cuadra siento que algo me sigue. Miro hacia atrás. Hay un perro negro, flaco y alto. Sigo caminando. Cinco cuadras más tarde ya tengo al perro caminando a la par. No quiero denotar ningún tipo de afecto, pues luego me duele al despedirme. El perro parece no esperar nada,

simplemente camina a la par. Llevo 20 cuadras de caminar sin parar. El perro sigue a mi lado. De repente comienza a acelerar el paso y se aleja. Mi mente dice, por fin se fue, no quería echarlo al llegar a destino. Mi corazón dice, se fue y me dejó solo, y todavía me faltan 20 cuadras. El perro vuelve y comienza, nuevamente, a caminar a mi lado. Con su hocico húmedo toca mi mano. No respondo a su gesto por las razones anteriormente dadas. Cinco cuadras más tarde frena en un supermercado, yo acelero el paso para perderlo. Camino media cuadra y miro hacia atrás. El perro ahí se quedó, en el supermercado. Me alivio, camino unos pasos más y vuelvo a mirar para atrás. ¿Porqué no vuelve? Sigo caminando. ¿Se habrá ofendido cuando no le devolví aquel gesto de ternura? La pucha, ahora a caminar solo las cuadras restantes. Vuelvo a mirar para atrás. Nada.

Entonces pienso: Qué porquería el ser humano, rechaza y necesita, todo a la vez. Qué porquería. Muchas relaciones son así. “No lo quiero todo el día pegado a mí, pero tampoco quiero que se vaya”. Qué porquería de bicho el ser humano.

Me vuelvo a dar vuelta. Nada. Nada de nada. Nada.



“Y Sanseacabó” (El santo de la eyaculación precoz)

-Mi amor, vení por favor-. La voz de mi mujer me despierta. Siento cierta desesperación en su enunciado. Me levanto y voy hasta la pieza de mi hija. -Le sale mucha sangre -me dice mi mujer. Observo a mi hija. Tiene la cara llena de sangre. Recuerdo otras noches en donde se levantó con la cara manchada de sangre, sobretodo debajo de su nariz. Pero esto es diferente. Ahora sale sangre, y no para de salir. Llamo al pediatra mientras mi esposa le lava la cara a mi hija. El médico me dice que la lleve a la guardia de la Clínica Gral. Paz, en donde él tiene el consultorio. Aún dormidos, y con nuestra hija llorando sin parar, seguramente asustada por nuestra desesperación, nos subimos al auto y vamos hasta la clínica.

Llegamos a la guardia. La nariz no sangra más. Sin embargo nuestra hija sigue llorando, esta vez más fuerte. Pedimos que nos atiendan en la guardia. Dicen que ya nos van a atender. Pero el tiempo pasa, nuestra hija llora, y nadie nos atiende. Parece ser que hay una médica de guardia que no atiende por nuestra obra social, y que además no

es pediatra. Esperamos. La médica no aparece. Nos dicen que entremos a la sala de la guardia. Entramos. Nuestra hija llora más. La médica no aparece. Mi esposa sale a llamar por celular nuevamente al pediatra. Yo intento entretener a mi hija mostrándole relojes y cosas que hay a mi alrededor. No lo logro. Aparece la médica: pelo teñido de amarillo, planchado, mucho maquillaje... muy pituca. Me dice que no es pediatra, que no puede hacer nada. Le digo que sólo le sangra la nariz. Me dice que no es pediatra, que no puede hacer nada. Le digo que me voy a otra clínica, que ya no voy a esperar más. Cuando estoy saliendo de la clínica, una de las personas que parece trabajar allí dentro, y que también parece haber visto la situación, me dice: -Andate ya mismo a la otra clínica y después volvé para denunciarla a ésta hija de puta.

Mi esposa me informa que se comunicó con el pediatra por celular, y que nos espera en su casa, si es que la nariz ya dejó de sangrar, pues él no tiene las herramientas para manejar algo así en su hogar. Llegamos a la casa del pediatra, el cual nos explica qué hacer si se presenta una situación así nuevamente. Nos volvemos más tranquilos. Frida

ya no llora, ahora tan sólo canta: “En el auto de papá nos iremos a pasear. Vamos de paseo, Pí-pi-pi”. Lo cual es erróneo ya que el auto que estoy manejando en este momento es el de mi padre. Sería correcto si lo cantara yo, pues es el auto es de mi padre. Pero no lo canto yo. Por suerte lo canta mi hija. Por suerte canta y canta, y no para de cantar.

Mayo 2013

Una de las principales razones por las cuales viajamos a capital federal fue para comprarnos zapatillas nuevas; ya que en nuestra ciudad natal, Pergamino, es tarea difícil de concretar. (Cuando lográs que te guste algún modelo, descubrís que no tienen el número; y si esperás que te la traigan de afuera, el modelo nunca llega. Hemos llegado a estar seis meses en la dulce espera de un par de zapatillas que medianamente nos simpatice, y a la vez sea capaz de acomodarse a nuestros saludables pies). El asunto es que, cuando llegamos a Buenos Aires, más precisamente al barrio de Boedo, más precisamente a la vereda que antecede al departamento que amablemente nos prestó mi

pequeña hermana, al bajar del auto, lo primero que hice, con mis zapatillas viejas, lo único que uso desde hace casi un año, fue pisar mierda. Sí, mierda. Conozco muchos de los barrios porteños, pues viví once años en capital federal, y puedo dar fe que si hay algo que caracteriza al barrio de Boedo, es la abundante mierda de perro en sus veredas. Años atrás había aprendido, de un modo casi profesional, a esquivar mierda como el mejor de los gambeteadores. Pero seis años después, me bajo del auto... y piso mierda. Y como mis zapatillas son deportivas, estilo trekking, la mierda penetra y penetra dentro de la voluminosa suela, y se instala cómoda y cálidamente.

Horas más tarde llegamos al barrio de Caballito y entramos a la casa de deportes listos para hacernos de un nuevo par de zapatillas, y aún con mis viejas zapatillas impregnadas de mierda, ya que mi hermana en su pequeño departamento no tiene un lavadero, y no le pensaba llenar de mierda el baño rasquetando frenéticamente con un cepillo. En veinte minutos, en veinte putos, eficaces y veloces minutos, ya estábamos saliendo ambos, mi esposa y yo, con nuestros nuevos pares de zapatillas relucientes en bolsas de plástico brillante y lujoso.

A la noche, volvimos a Boedo, entramos al departamento, y me puse, feliz de la vida, mi nuevo par de zapatillas. Las cuales son casi un calco del modelo anterior, pues es el modelo que me gusta usar. Salí rebotando de felicidad hacia la vereda, con el fin de guardar el auto dentro de la cochera (porque sólo tenemos seguro contra terceros) y de repente... un ruido, escuché un extraño ruido sacudiendo lo silencioso del barrio. Me di vuelta nervioso, sin dejar de caminar, y descubrí a un tipo en una bicicleta. Nada extraño, pura paranoia personal. Cuando volví a girar mi cabeza hacia adelante con el fin de poder ver por dónde seguir caminando, sentí que patinaba, que me deslizaba por la vereda. Una gran torta de mierda, contundente, blanda y fresca, penetró del modo más sórdido y sádico posible, dentro de la suela de una de mis nuevas, nuevísimas zapatillas nuevas. Grité por dentro, pegué alaridos hasta romper todos los espejos de mi alma consternada, y empecé a sacudir mis pies en el único fragmento de pasto que encontré, puteando a todos los dioses que en ese momento se me vinieron a la cabeza. Luego, seguí viaje. Más tardé, y antes de irme a dormir, me saqué las zapatillas y observé sus suelas. Al perro le habían

dado de comer choclo. Mis zapatillas nuevas ya estrenadas tan sólo ansiaban patear intensamente la estructura ósea del dueño de aquel perro tragador de nutritivo maíz. Patearlo hasta el fin de sus putos días. Patearlo por el culo hasta que escupa cada diente amarillo y podrido. Patearlo en la boca hasta que sus encías no sean más que un marlo vacío por el resto de sus días.



Segunda anécdota de un fin de semana de demencia en capital federal:

Si ya me vienen leyendo el muro a diario sabrán que nuestra hija se hizo adicta a la calesita. Así que, estando en Buenos Aires, nos pareció una sensata idea llevarla a conocer calesitas porteñas. (Como ya lo habíamos hecho en la ciudad de Rojas que tiene una pequeña y preciosa calesita que parece de juguete). Estando instalados en el barrio de Boedo, comprobamos que la calesita más cercana era la del parque Rivadavia, así que hacia allá fuimos.

Era un día nublado, frío. Nos bajamos del auto y penetramos en el parque los tres juntos y de la mano. Caminamos en busca de la calesita por esos senderos internos ubicados entre los pastizales. Entonces comienzan las preguntas de Frida frente a todo lo nuevo que veía. -¿Qué está haciendo ese señor?-. Observo al señor al cual hace referencia la pequeña Frida y veo que es un linyera con jabón en mano utilizando las instalaciones del parque. -Se está lavando las manos el señor- le contesto a mi hija. Frida saluda al higiénico señor pero no recibe saludo alguno.

Caminamos un tramo más y vuelve a preguntar -¿Ese señor está haciendo noni?-. Se encuentra un linyera acostado en el banco de la plaza cubierto por cartones. -Claro, hijita, está cansado el señor-. Hacemos unos pasos más y llegamos a la calesita. Dándole tan sólo una mirada a aquel trompo multicolor fallecen todas nuestras expectativas. Era una calesita sucia y destrozada. Cada animal estaba pintado de un solo color. La base de la misma era una especie de alfombra absolutamente impregnada de la suciedad más intensa que puede uno encontrarse. Giraba un tanto ladeada. Y como broche de oro la música que sonaba era un reggaeton que hablaba sobre un chico que parece que “estaba en el horno” porque no hacía nada de lo que sus padres le indicaban. La voz de mi hija me saca del escrutinio. -Quiero subir a la calesita- nos dice. Voy a sacar número para que pueda dar un par de vueltas. La mujer que me atiende bien podría ser la boletera del tren fantasma. Me entrega esos números de papel que se compran en los kioscos. Cuando la calesita frena, mi esposa sube a nuestra hija a una especie de dragoncito. Yo me siento al costado a esperar que finalice la primera vuelta. Mientras veo a mi hija girar junto con mi

esposa siento una tremenda oleada de olor a meada de gato. Le hago un gesto a mi esposa, ella indica que también la está sintiendo. Me dan arcadas. Me paro y busco algún otro lugar para sentarme, pero todos cumplían con la misma condición de generar náuseas. Me quedo parado. Observo al señor que sube con la sortija y pienso que bien podría ser un boxeador peso adoquín retirado. Por suerte ni siquiera pasa cerca de mi hija, y por suerte la vuelta de la calesita es extremadamente corta. Cuando voy a cambiar a mi hija de animalejo para que dé su segunda vuelta, la miro a los ojos. Ella me devuelve la mirada. Me reprimo un llanto desolador que emerge desde mis entrañas. Sonrío forzosamente y la cambio de lugar. Después de la segunda vuelta procedemos a retirarnos de la apocalíptica calesita. Por suerte no ocurrió lo que suele ocurrir en la calesita de nuestra ciudad natal. Esta vez Frida no dijo: “Quiero dar otra vuelta”. Entonces nos vamos los tres juntos, y de la mano, escapando de la calesita, y del parque. Y mientras nos vamos le digo a mi esposa, mientras ella me dice exactamente lo mismo: -Qué hermosa es la calesita de Pergamino-. Miro a nuestra hija buscando su perdón, y ella me mira dándome a

entender que mi mirada está demás.

Acabo de calentar el café en el microondas veinte minutos después de haber calentado la merluza de ayer. Creo que no fue una buena idea. Digamos que me ha quedado un Café con aroma de mujer. (De mujer con falta de higiene vaginal).

Ya estábamos acostados. Listos para dormirnos. Mi hija de dos años y medio me agarra la cara, me mira a los ojos, y me pregunta: -¿Qué estás pensando?-. No supe que contestarle...

Caminando por la ciudad de Rojas. Hace frío. Seguimos caminando. Hace frío. Me dan ganas de orinar. Hace frío. Nos da hambre y tengo ganas de orinar. Entramos en un bar. Nos sentamos. Mi esposa aún no se sienta, primero va a orinar. Yo me siento junto a mi hija. La moza no aparece. Vuelve mi esposa de orinar. Se sienta. Me levanto a orinar yo. Orino. Me lavo las manos. No tengo con qué secarme las manos. Agarro un pedazo de papel higiénico. Se me pega en las manos. Me las vuelvo a lavar. Salgo del baño con las manos mojadas. Me siento. Mi esposa ya pidió. Dos cafés con leche,

una 7up y un tostado. Frida tiene ganas de orinar. Mi esposa la lleva. Vuelven. Llega el pedido a la mesa. El tostado tan solo está compuesto de cuatro triangulitos. Automáticamente le pedimos a la moza un segundo tostado. Nos ponemos a comer. Charlamos. Se acaba el tostado. Se acaba el café con leche. Me pongo a pensar de qué modo bajaré el tostado sin el café con leche. Miro el vasito de soda. Me doy cuenta que no alcanzará. Miro la 7up de mi hija. Decido bajarlo de ese modo. Llega el segundo tostado. Lo comemos. De repente calculo cuánto nos va a costar todo lo que consumimos, pues siempre estamos con la plata justa. Miro todo, saco cuentas, y le digo a mi esposa: -Sesenta-. A lo que ella responde: -¿Tanto?-. Me pongo a sumar en voz alta: dos café con leche, una 7up, dos micro tostados... Llega la moza con la cuenta y nos dice, sin el menor grado de pudor: -Ochenta y ocho-. Trago saliva. Abro la billetera y descubro un billete de cien que esperaba no tener que gastar. Lo gasto. Mi esposa me mira con cara de “Nos destrozaron el upite”. Vuelvo a tragar saliva. Me pongo a pensar lo que nos cuesta a nosotros ganar esos ochenta y ocho pesos. Me amargo. Me amargo aún más. Me vuelvo a amargar. Pienso que,



estando en una ciudad en donde no nos conoce nadie, con hambre y frío, no nos quedó otra que gastar esos ochenta y ocho pesos. Nos paramos. La miro a mi esposa y me dice: -Por lo menos el tostado estaba riquísimo-. Observo lo que hay sobre la mesa, me llevo todas las servilletas para el resfrío de mi hija, me tomo los dos microvasitos de soda que venían con el café con leche, y agarro esas dos masitas con sabor a limón que vinieron apoyaditas en el platito del café con leche. Las agarro por más que sepa que son un asco. Vuelvo a mirar a mi esposa y le digo: -Que la moza le pida la propina a su jefe. Yo no le pienso dejar una mierda-. Volvemos al frío.

Se me acaba de romper un frasco de miel en el piso de la cocina. Pequeñas tragedias cotidianas si las hay. Por suerte un pedazo de pizza fría anestesia toda angustia.

Diálogo telefónico que tuve en mi programa de radio:

- (Suena el teléfono. Atiendo) Hola.
- Hola. ¿Hablo con la radio?
- Sí, hola.

- ¿Cuánto te queda a vos ahí?
- ¿Ahí dónde?
- Ahí en la radio. Tu programa. ¿Lo terminás a fin de año?
- Sí, yo qué sé. Calculo que descansaré en enero y seguiré en febrero.
- ¿Porqué no te buscás otra radio?
- ¿Cómo?
- Es que... Eso que pasás... ¿Cómo vas a pasar al negrito ese?
- ¿Michael Jackson?
- Sí, ese. Tenés que pasar cosas nacionales. No ésa música.
- Antes de Michael Jackson sonó Spinetta, Gieco y los Redondos. Esos son todos nacionales.
- Sí, pero... Éste pibe... Ya se murió... ¿Te das cuenta?
- ¿Usted no escucha música de gente muerta?
- No es eso... Pero no pasés más esas cosas. ¿Entendés? (Le corto. No volvió a llamar)

Otro diálogo telefónico que tuve en mi programa de radio:

- Hola.

- Sí, hola. Escuchame... ¿Qué es esta mierda que estás pasando?
- Eeeeh.... Es el bloque uruguayo.
- ¿Quién es ese forro que canta? ¡Qué desastre!
- Jaime Ross, y antes estaba sonando Drexler.
- Escuchame, pibe, yo escucho esta radio desde que me levanto a las siete de la mañana, hasta que me acuesto. A vos te vengo tolerando hace mucho. Te escucho y te escucho, pero esto ya es demasiado. Sacame esta porquería.
- Bueno, no sé qué decirle. Yo paso la música con la cual me identifico, si usted no se identifica, yo... no sé, yo no puedo hacer nada. Este es mi programa. Cambie de dial en este horario y listo.
- Ya te dije que escucho esta radio todo el día. Yo no cambio de dial. ¿Entendés? (Le corto. No vuelve a llamar).

Anoche me dijo mi hija, mientras me acariciada la cara intentando dormirse: “Yo también voy a tener barba”. (Ya mismo comienzo a hacer contactos con circos aledaños)

Lo importante de leer en el baño es que uno puede saber si está leyendo un buen libro o un mal libro

por la intensidad de la marca que deja la tabla del inodoro sobre nuestras nalgas.

Junio 2013

No pueden promover una amistad y luego no pasar a tomar mates. Es como adoptar un perro y después no darle de comer.

Quería avisarles que, por suerte, mi esposa y yo, pudimos sobrevivir al ataque de risa que nos atacó hace un par de noches. Resulta que me encontraba contándole un cuento improvisado a mi hija; un cuento con los personajes que fui creando durante meses y ya son parte del imaginario de la familia Godachevich Vigo, cuando la narración se me descarriló descostilladamente.

Aquella noche el protagonista de la historia era “Anselmo, la ardilla tan pero tan grande que parece un Oso”. (Claro, señora, es una ardilla macho).

-Hola Anselmo -dijo Susana-. Nunca había visto un oso tan lindo como vos.

- No soy un Oso -dijo Anselmo.

- Claro, sos un perro... ¿no es así? -dijo la señora Susana.

- No, no soy un perro -dijo Anselmo.
 - Entonces sos un elefante -dijo Susana.
 - No, no soy un elefante -contestó Anselmo.
 - Entonces sos un Pipí -dijo Susana.
 - ¡Pipí te vas a hacer vos de la patada en la concha que te voy a dar, vieja pelotuda! -gritó Anselmo.
- Y fue en ese momento que comenzamos a reír sin poder frenar. Nuestra hija nos miraba con asombro, pues aun no entiende bien a que se



refiere uno cuando dice “concha” (vulva). Después de varios minutos de risa estridente en estéreo, mi esposa gritó: -Me meo -y corrió hacia el baño. Por suerte logró contener la orina hasta llegar al inodoro. Mientras tanto yo empecé a hacer ejercicios de respiración para poder frenar mi risa. Cuando, minutos más tarde logramos silenciarnos del todo, descubrí que mis averiados bronquios se encontraban perjudicados por tanta jarana; lo que me hizo tener una noche bastante complicada.

La moraleja es: “No delires tanto con tu cuentos improvisados porque de risa morirás ahogado”.

Me pasa que entro a desconfiar de los noticieros cuando, en una nota, te dan la misma información cinco veces seguidas, usando casi siempre las mismas palabras. Siempre que eso sucede me pongo a pensar “¿No habrá pasado nada más importante en este complejo mundo? ¿O es que necesitan meter la noticia a patadas en nuestro cerebro por alguna extraña conveniencia empresarial?” Me fastidian tanto que me dan ganas de gritarles, como me grita mi hija cuando no dejo de decirle que la amo: -¡Ya entendí!

Feliz día para todos aquellos que gustan de acomodar palabras entre comas y puntos, por el simple hecho de tener algo que decir a un tercero. (Feliz día del escritor)

¿Explíquenme, por favor, qué conjunto de teclas hay que presionar para eliminar de mi vida a todos esas personas que cuando descubren que tengo tan sólo una nena me dicen: “Y ahora a buscar el varoncito”?

Estoy juntando firmas para prender fuego en la plaza a todos los que algunas vez le preguntaron a un niño: “¿Vos querés más a tu mamá o a tu papá?”
¿Quién se suma?

Julio 2013

Cuando me canse de escuchar a mi hija diciendo “te amo” me deshago el miembro a golpes con un martillo de esos que se utilizan para darle fuertemente a la carne con el fin de realizar milanesas.

Creo que lo peor que hizo el Facebook por las relaciones humanas fue haber inventado eso del

“visto” en el sistema de chateo.

Te voy a exfoliar con mis incisivos debajo de la parte más angosta de tu tanga.

Justo tengo “69” personas conectadas al chat. Me parece que es una señal. Voy a ver si le digo a mi esposa que... No, la puta madre... Ahora hay “72”. Así no se puede. Ahora “71”. Mejor me quedo esperando que vuelva a ocurrir el milagro... (Sonido de silbido de espera)

Odio que los bares ocupen un pedazo de vereda y lo transformen en un micro clima plástico calefaccionado para fumadores y peatones forzados pasivamente a absorberse la humareda.

En breve estará a la venta el libro en donde escribí todas las cosas que me reprimo de ponerles en los comentarios de sus publicaciones. (Tan solo tiene 5.876 páginas)

¿No saben en dónde venden ropa para personas con amores extra-large?

Quiero comprarme un perro de raza y encerrarlo en el balcón de mi departamento para que la gente envidie mi poder adquisitivo.

Hola amigos de Facebook, buenas noches. Hoy estuve bastante desconectado, y realmente los extrañé. No sé qué haría si... No, no quiero ni pensarlo... No, no, no puedo...

Hoy a la tarde, en el comienzo de las vacaciones de invierno, en la plaza que está al costado del arroyo que pasa por mi ciudad, había una madre con un gran celular. De esos celulares de ahora que parecen pequeñas computadoras con toda la onda. Estaba mandando mensajes, o chateando, cosa que al fin es lo mismo. Su hijo subía por las escaleras del tobogán. Su madre lo esperaba abajo para atajarlo. Lo esperaba con una de sus dos manos sosteniendo el celular. El niño se arrojó. La madre lo atajó con la mano libre. Lo atajó pero no lo agarró, porque su otra mano estaba ocupada. El niño se fue para atrás por el impacto de su cuerpo contra la mano libre de su madre y se dio la nuca contra el afilado borde del extremo del tobogán metálico. La madre nunca soltó el celular. El niño lloraba de dolor.

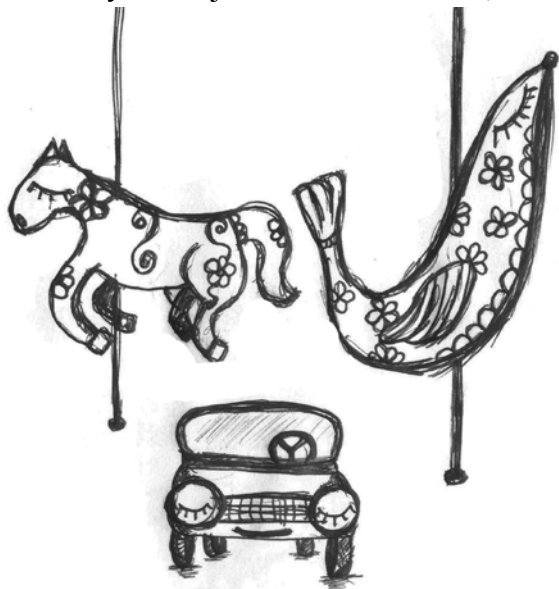
Seguramente del otro lado del celular, un tercero, siguió enviando mensajes desafortunadamente. El niño no paró nunca de llorar.

Debo reconocerlo, pasamos buenos momentos juntos. Me encantó acariciarte, cuidarte, olerte, protegerte... Me apasionó meterte los cinco dedos firmemente, bien adentro, para luego sacártelos lentamente y con doloroso placer. Me encantó encremarte de punta a punta. Me encantó manosearte en la bañera. Me encantó este tiempo con vos. Pero todo llega a su fin. Pasamos buenos momentos, pero se acabó. Me cansé de tener que atarte todos los días. Tuve que amarrarte con violencia... porque me molestabas, porque no me dejabas vivir en paz. Siempre delante de mi cara. Te me metías en la boca en todo momento, y yo te terminaba escupiendo, echando hacia afuera. Por eso insisto en que todo llega a su fin. Nuestra relación se acabó. Por más que me quede solo, friolento y desamparado. Esto se terminó. Adiós querido mío. Adiós hermoso y sedoso pelo largo. Adiós. (El sonido de la máquina de cortar el pelo silencia el agónico llanto capilar)

Hoy a la tarde me pasó algo terrible. Algo que a ningún padre debería pasarle jamás: Hoy llevamos nuevamente a la calesita a la pequeña Frida.

Llegamos y justo estaba por arrancar. A modo de superhéroe me dirijo hasta el dueño de la calesita y le pregunto -¿Hay tiempo de que suba la nena?-. El calesitero me contesta que sí, que me espera. Mi esposa mete a la niña dentro de uno de esos autitos que simulan ser coches clásicos con capota. La niña comienza a girar. Mi esposa y yo nos sentamos en un banco, al costado, y nos ponemos a comer esos caramelos de dulce de leche que vienen rellenos de varias cosas. (Chocolate, café, avellanas, menta, bon-o-bon, lemon-pie, naranja, etc.) Frida nos saluda con cada vuelta que da la calesita mientras tararea la canción que suena de fondo. Minutos más tarde la calesita finaliza su primer viaje. Vamos por el segundo haciendo uso de la mágica y sagrada sortija. Mi hija me pide que la suba al coche rojo de carrera. La subo y me vuelvo a sentar a comer caramelos. La calesita arranca, pero haciendo un ruido extraño, como de engranajes forzándose. También comenzamos a sentir un profundo e ingrato olor a quemado. El dueño de la calesita penetra en el “centro místico” del enorme

artefacto para intentar ponerlo nuevamente en funcionamiento, pero nada logra. El hombre sale con los ojos cargados de derrota y dice “la calesita se rompió”, pero suena como si hubiese dicho “la calesita falleció”. Le explico a mi hija que se interrumpió forzosamente su divertimento, pero no me logra entender. Se acerca su brillante madre y le dice “La calesita se cansó de tantos nenes. Tiene que descansar” Mi hija comprende al instante y se baja diciendo: “Bueno, vamos



que la calesita tiene que descansar. Hasta mañana calesita”. Veo que otros nenes son arrastrados por sus padres, madres y tutores, fuera de la calesita a llanto tendido. Agradezco a la brillantez de mi esposa y nos vamos hacia las hamacas.

Me despierto. Me levanto. Veo la hora. Recuerdo que tengo que ir a la farmacia. Recuerdo que me dijeron “La semana que viene estamos cerrados”. Me cambio. Me pongo los lentes de sol para que nadie registre que me acabo de despertar. Salgo para la farmacia. (Intermedio) Entro a la farmacia. Veo que dentro de la misma hay dos señoras. Una de ellas no para de hablar. Según mi medidor ocular de edad, ambas mujeres rondan los 55 años. Escucho que hablan sin parar. Me acerco al mostrador y veo que del otro lado se encuentra la simpática chica que a veces me atiende. Veo que tiene un peinado nuevo. Observo que en sus manos tiene un papelito de esos que se imprimen cuando los seres humanos que tienen tarjeta pagan con tarjeta. Entiendo, aun intentando despertar, que la empleada está esperando a que la señora, que no para de charlar, vaya y le firme el papelito impreso. Pero la señora no lo hace. Por ende

se dispone a atenderme a mí. Le explico lo que necesito. Va hacia atrás en busca de mi pedido. Mientras tanto yo escucho, inevitablemente, lo que una de las señoras le dice a la otra: “Sí, es así. La tenemos estudiando y ya le falta poco. Excelente alumna. Estamos orgullosos. El problema es que tiene novio. Y a nosotros no nos gusta. Así que estamos viendo qué podemos hacer para sacarselo de encima. Sí, no sé. No nos gusta. A nosotros nos gustaría algo más sólido para ella. Algo más sólido. Así que estamos viendo cómo sacarnoslo de encima”. La señora, con su extrema tintura platinada, dice todo eso sin dejar silencio alguno como para que la otra meta bocado. Intento cerrar los oídos, pero recuerdo que la evolución aún no nos dio aquel preciado don. La empleada del local, con su peinado nuevo, me entrega mi pedido. Le pago, la compadezco, y comienzo a irme. Abro la puerta de la farmacia y le pego una última ojeada a la señora monologuista pensando: “Hay gente que si se muere le hace un bien al universo”, y a ese pensamiento le siguen dos preguntas: “¿A qué se referirá con sólido?, ¿Tendrá problemas de erección?”



Uno termina siendo víctima de aquello que los demás no pueden resolver.

Les informo que se ha legalizado el derecho a meter un palo en la rueda a todas las motos cuyo conductor maneje mirando la pantalla del celular.

Agosto 2013

Me parece que a tu futuro le anda quedando cómoda mi ausencia.

Sonata en Celo No. 7 in Fa, Op. 69 - Adagio anal molto vivace.

Los comentarios de algunos amigos de Facebook siempre son tan buenos que a veces les doy el “me gusta” antes de leerlos.

Nos criaron para que seamos cierta cosa que al final nunca resultamos ser, y para colmo parece que la culpa es nuestra. Pero, la pucha...

Hay demasiadas maravillosas películas por ver. Sé que moriré sin haber visto muchísimas de ellas.

Se los pido encarecidamente, y por última vez:
¡Ya no me recomienden programas de televisión!

Septiembre 2013

Facebook se está transformando, para todos nosotros, en ese anillo que Gollum no podía dejar de acariciar. Facebook quiere ser el ojo de Saurón, el ojo que todo lo ve. “Facebook is my precious”.

Cuando mi hija de casi tres años finaliza de lavarse en el bidet, le digo dándole su bombacha:

-Tomá, llevá la bombacha que te la ponga mamá en la cama.

-No quiero ponerme la bombacha -me dice con seguridad.

-Bueno, quedate en concha entonces -le contesto agresivo y chabacano.

Mi hija va hasta la cama y le dice a su madre

-Mamá quiero leer mi cuentito en concha.

¿Soy al único que se le empañan los anteojos al colar los fideos?

Octubre 2013

Feliz día del abandonador de carreras. Feliz día para todos aquellos que van tanteando y abandonando carreras facultativas y terciarias en busca de lo que los identifica por más que eso los lleve a morir de desnutrición.

Quiero dirigir la primera película porno en donde se tome mate durante todas las trincadas. La vanguardia es así. (¿Quién quiere actuar?)

¡Qué alegría! Hoy Frida se inició con su primera perversión. Parece que le gusta sentar a su muñeco de Mickey Mousse en el Bidet para que la mire cagar. ¡Qué emoción!

Feliz día de la concha de tu madre. Hoy festejamos el día de la concha de tu madre. Porque ella se lo merece, porque gracias a ella vos existís; por más que hayas nacido por cesárea, el miembro de tu padre penetró y penetró por ella. Sin la concha de tu madre vos no estarías acá. Así que vamos a festejar. Feliz día de la concha de tu madre. A comer merluza todo el día. Las pescaderías

abarrotaadas en este día de la concha de tu madre. A masticar merluza en honor a la sagrada concha de tu madre. Y si tu mamá ya no está, a llevarle flores al cementerio. Porque esa concha bajo tierra también se merece nuestro respeto. Así que, sin nada más que decir, gritó a viva voz: “Feliz día de la concha de tu madre”.

La calesita está vacía. Jueves. Siete de la tarde. El calesitero está con escoba en mano, barriendo. Barre con demoledora parsimonia. La calesita está en “punto muerto”. Sin embargo, la melodiosa y aturdidora música no deja de sonar. El calesitero, con un trapo, comienza a limpiar dulcemente a los animales y vehículos que dan sentido al girar de la calesita. Los limpia uno por uno. Es hipnótico. Mi hija se sigue tirando por el tobogán sin el menor grado de temor. Su madre la ataja. Yo sonrío. Se vuelve a tirar. Su madre la vuelve a atajar. Sigo sonriendo. Minutos más tarde, cuando vuelvo a mirar al calesitero, lo veo sentado en una de esas sillas de lona que suelen utilizar los padres para mirar a sus mocosos giratorios. Está arrumbado sobre la silla con la mirada posada en la calesita, la cual, ahora sí, gira y gira. Es una imagen



tremendamente poética: “El atardecer que cae, la calesita girando vacía, la voz de mi hija de fondo, y el calesitero arrojado sobre una silla observando feliz la ausencia de todo niño sobre su reluciente trompo multicolor”. Es una foto. Esa foto que nunca sacaré porque me da miedo salir con la cámara de fotos a la calle. Necesito saber qué está pensando. Necesito saber porqué sonrío. Nunca me enteraré. Nunca.

Noviembre 2013

En la puerta de mi casa hay un montón de mocosos pintando la calle con aerosoles para festejar que una mocosa cumple quince años. Están escuchando esa música tan agradable que se escucha ahora a un volumen inadmisibile. Y a todo esto hay un imbécil contratado que los filma. ¿Alguien me haría el tremendo favor de prestarme su “coche-bomba”?

Diciembre 2013

Siento nostalgia por aquella época en la que salía del supermercado sin llorar.

¿A alguien más le transitó por dentro el virus gastroenterítico que está conviviendo con mi familia desde hace una semana? Vómitos volcánicos, fiebres volteadoras y fétidas diarreas... Por suerte es un virus compasivo, ya que nos va agarrando de a uno para que siempre quede alguno medianamente lúcido como para cuidar a los demás miembros convalecientes.

Hijo mío, hoy estaría todo el día jugando contigo, pero tengo que ir a trabajar para tener dinero para poder comprar comida y salud; aunque el dinero en realidad no llegue a alcanzar, lo que me hace estar continuamente estresado pensando en cómo hacer más dinero, cosa que me hace no tener paciencia ni energía para jugar contigo el poco tiempo que me queda para dedicarte entre el trabajo y la cena. Qué le vamos a hacer... Así funciona el mundo... En realidad, hijo mío, así hacemos que funcione. Y eso es lo más triste.

Recién fui a la verdulería con mi esposa. Como siempre es ella quien decide qué comprar y yo espero en un costado. Escucho que la dueña de la verdulería le dice a uno de sus empleados -Enrame

la zanahoria, Roberto-. Intento reprimirme. No lo logro. Entonces le espeto a la dueña -Menos mal que acá adentro no suelen sacar las cosas de contexto-. Ella me mira pareciendo no entender. Entonces agrego -Digo por lo de “entrame la zanahoria”-. Me sigue mirando. La nada. Es la nada misma. Baja la mirada y sigue con lo suyo. Por detrás pasa Roberto con un chango cargado de zanahorias embaladas en bolsas de plástico. Mi esposa me cuelga un par de bolsas de los brazos. Pagamos y nos vamos. Se me ocurre preguntarle a mi esposa si es que sigo siendo gracioso. Pero por si acaso, no lo hago.

Estos días tuve oportunidad de cruzarme un par de veces con TN, el canal informativo. Me asombró comprobar que más de la mitad de las noticias son de chorros, tiros y balas. (Y hasta de violaciones). Me quedé pasmado. Por suerte, luego entendí todo. Cuando llegó el momento de la publicidad entendí todo. Resulta que en cada corte comercial ofrecen y ofrecen insistentemente la “puerta pentágono”. Puertas de metal contras ladrones, puerta que se publicita del siguiente modo: “Puertas pentágono. Más duras que la realidad”. Son muy inteligentes

los muchachos, enfatizan donde les conviene, recortan la realidad que les queda cómoda, para luego venderte la solución. Qué genios. Yo cuando sea hijo de puta, quiero ser como ellos.

Febrero 2014

Ojo muchachos que ya se dieron cuenta. Fijense que hay publicidades de celulares por todos lados. Ya está, se avivaron. Ya saben que somos todos idiotas. (Piso una banana y caigo desoladoramente).

Hace un mes atrás, aproximadamente, fui a hacerme inflar las gomas del auto; las cuales se encontraban tremendamente desniveladas. Con sólo decirles que para transitar derecho por la avenida tenía que ir doblando permanentemente hacia la izquierda.

Cuando el muchacho termina de inflarme las gomas le pregunto cuánto es, a lo que me contesta “nada”. No acepto ese nada como respuesta después de ver el laburo que se tomó. Entonces saco de mi billetera diez pesos e intento dárselos. Pero el muchacho se resiste. Forcejamos verbalmente durante unos complicados segundos, después de

mucho explicarle que hoy diez pesos son la nada misma, que hoy diez pesos son un alfajor, y ni siquiera de los ricos, acepta agarrarlos. Entonces me voy conforme y nivelado por la ruta.

Hoy andábamos en bicicleta con mi esposa e hija por nuestra ciudad buscando alguna bicicletería para inflar nuestras perjudicadas gomas ya que nuestra bicicletería cercana está de vacaciones. Primero frenamos en una que tenía un cartel que decía “Un peso la inflada”. Nos resistimos a pagar y buscamos una segunda bicicletería. Al encontrarla entramos y una vieja sentada en una



reposera nos dijo apenas moviendo sus cansados labios cuajados: “Sale dos pesos la inflada, nene”. A lo que le contesté: “Bueno, después volvemos” (con cara de “la verga voy a volver vieja de mierda”). Al final terminamos encontrando, en la lejanía astral, una tercera bicicletería que nos ofreció el aire gratuitamente. (Una bicicletería que se caía a pedazos, que bien necesitaría, uno, dos, o tres pesos más).

Osea, no es que no quiera gastar dos pesos, ni uno, ni tres... El asunto es que yo me crié en un mundo en el cual inflar la bicicleta era un gesto de nobleza. Era un servicio que siempre funcionó como una palmada en la espalda, como un empujón de amigo para llegar a destino. Yo no sé si quiero vivir en un mundo en el cual nos van a estar cobrando hasta la inflada de la bicicleta. Me parece que no es serio.

Comenzaré a tener fe en los seres humanos cuando deje de relacionarme con los mismos.

Me llamaron de la empresa que nos provee electricidad diciéndome que están preocupados porque han notado que, durante estos días de lluvia, dejé de usar el aire acondicionado. Me

dijeron que por favor lo prenda aunque sea cuando no haya nadie en mi hogar. Me explicaron que ellos cuentan con ese dinero, pues como no esperaban tan intensas y extensas lluvias, ya lo han gastado por adelantado en sus costosas vacaciones. Les dije que eso me era imposible pues a mí el dinero no me sobra. Entonces fue que pasaron a amenazarme gravemente: “Mirá, no quisiéramos tener que pincharte las ruedas de tu bicicleta cuando la dejes atada a la hora de venir a pagarnos la factura”. Así que bueno, no me quedó otra. Acá me ven, o me leen, con bufanda en pleno verano, haciéndoles un favor a los muchachos que tanto cuidan de nosotros, de nuestro confort, y de nuestra vida. (Texto, desde ya, ficcional)

De a poquito uno va coleccionando diferente tipos de virus. Ahora tengo uno que me hace defecar cada cinco minutos una especie de explosión chocolatada con un aroma que bien podría voltear al increíble Hulk.

¿Alguien más gusta de rascarse la espalda con los cuchillos tramontina? (Claro, señora, esos tipo serruchitos que usa para almorzar).

Maravilloso. Están filmando la precuela de Súperman. En ella contarán la primera visita del famoso superhéroe al planeta tierra, casi dos mil años antes de su segunda visita. En esta precuela el famoso superhéroe se hace llamar Jesús, y no Clark Kent. Dicen que gastaron muchísimos millones en el final de la película. Precisamente en la parte en donde nuestro querido Súperman resucita de entre los muertos para volver a su planeta natal extremadamente desilusionado por la imbecilidad del ser humano. La esperaremos con ansias.

Anoche le digo a mi hija: -Te amo diosa hermosa-. A lo que me responde: -Te amo dioso hermoso-.

¿Es realmente necesario que casi todos los discos infantiles estén cantados con voz de maestra jardinera escapada del borda?

Después de ver todas las versiones extendidas del Señor de los Anillos, y de haber leído todos los libros, aún me queda una duda... Las mujeres elfo ... ¿tiraban la goma?

Se buscan personas carentes de empatía y con un alto grado de frivolidad para conducir canal de noticias.

Me acaban de llamar de “Blem” para contratarme para aparecer en una publicidad, pues se enteraron que mi falo vive lustrado.

Frida, con sus 3 años, ya canta a viva voz: “Nadie puede, ni nadie debe, vivir, vivir sin amor”. Algo bien parece que estamos haciendo. Gracias Páez.

Lo malo de las veganas es que no se tragan la lechona.

Informo a todas las heladerías de mi ciudad y la zona que no me verán más la cara, ni oirán más mi voz telefónica; ya que mi esposa comenzó a hacer helados artesanales y están zarpados... Les informo, más que nada, para que no fabriquen helado de más... Sí, ese helado, que con el tema de la inflación, cada vez sabe más a caramelo freezado, que a lo que debería saber. Metansé su artificialidad por el ojete.

Mi mamá me dijo que valgo demasiado para andar preocupándome por la gente que me eliminó de Facebook sin darme una explicación...

Marzo 2014

Todo mal, a mi esposa no le gusta el pan con mayonesa...

La familia los trastorna y el viento los amontona.

Hoy presté atención de sobra, y pude observar que, detrás de todos los autos de la ciudad, hay pegadas etiquetas publicitarias con los nombres de los talleres en donde estos autos fueron reparados. Entonces fue que me pregunté... ¿Nos pagan los talleres mecánicos para que llevemos su nombre por toda la ciudad? No que yo recuerde. ¿Quizá nos hacen descuento a cambio de tan noble publicidad? No recuerdo que me lo hayan informado. A simple vista estamos forzados a hacer publicidad gratuita sin siquiera consultarnos previamente.

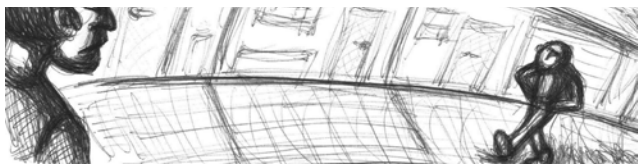
Claro, usted me dirá que es una convención; así como también es una convención que cuando te arreglan una cosa al otro día se te rompe otra; o así

como también es una convención que nunca tienen turno cuando más necesitas el vehículo; o así como también es una convención que dicen ponernos los mejores repuestos para luego enterarnos que los compraron en el supermercado chino de la esquina... y la concha de sus madres putas y llenas de combustibles bajo en plomo. ¡Me cago en sus afiches machistas de minas en pelotas metiéndose una llave inglesa por el orificio del ano! ¡Sí, del ano! Ahora voy y arranco las calcomanías con los dientes. Sí, por más que se caiga a pedazos parte de la pintura en el intento. Ya van a ver. Por si acaso tengan el número de mi dentista a mano.

Me encanta charlar con todas esas personas que ya saben cómo debería funcionar el país. Esas personas que nos dan cátedra acerca de cómo proceder por el bien común. (No, mentira. Me dejan los huevos inflados).

Pero qué cara conocida, che... Yo lo conozco a ese tipo. ¿De dónde mierda lo conozco? La pucha... Me suena de la secundaria. ¿Qué hago? ¿Lo saludo? ¿Y si se me para a hablar? Queda como el orto decirle que no me acuerdo quién es. Mejor

bajo la mirada y listo, que se cague. Me parece que éste iba al otro quinto. ¿Ramiro se llamaba? ¿O Raúl? Uy, no. Ahí me vio. La puta madre... Le voy a sonreír. Opa, me sacó la mirada. Qué raro. ¿No me reconoció o no me quiso saludar? No, seguro que no me reconoció. Él tampoco se debe acordar de mí. Debe ser que estoy muy cambiado. Antes no tenía barba, por ejemplo. Sí, Ramiro se llamaba ese pelotudo que no me saludó. ¿Qué le costaba saludarme? Siguió caminando no más... Qué raro que no se acuerde de mí. Pero... pará. ¿Ramiro no murió en un accidente? Sí, ese pibe está muerto. ¡Se cagó muriendo en un accidente! Si ni siquiera viajó a Bariloche... No puede ser que sea Ramiro. ¿Quién mierda era entonces? Con razón no me reconoció... ¿Dónde está? ¿Dobló la esquina? No puede ser. ¿Se fue corriendo? ¡Desapareció, el hijo de puta! ¿Dónde mierda se fue?



Uy, mirá quién viene allá a media cuadra. Me parece que me vio. Sí, me vio y después corrió la

mirada. Se dio cuenta que yo lo vi. ¿Qué hago? ¿Lo saludo? Y bue... Lo voy a tener que saludar. Pero mejor no lo miro más hasta que no pase bien cerca mío. No quiero quedar como un pelotudo sonriéndole durante media cuadra. Después de todo es una convención, si nos vimos a la cuadra, y ya sabemos que nos vamos a cruzar segundos más tarde, no vamos a andar saludándonos con anterioridad. Es lógica pura. ¿O no? Uy, ahí pasó y no lo salude. La puta madre. Por pensar pelotudeces. Mejor le grito algo antes que piense cualquier cosa. A ver... Eh... Uy, no, la puta madre, se puso a hablar con el forro del kiosco. Bueno, yo sigo. Ya fue. Lo que sí a partir de ahora no lo voy a poder saludar más. Quedé como el orto. La puta madre.

¿Tu psicólogo puede tenerte de amigo en Facebook?

Les informo que en estos días voy a estar dictando un curso que trata de ir un paso más allá de la crianza con apego. Lo he titulado felizmente “Crianza con Epoxy”.

Al próximo que me dice “Un gusto, Augusto” lo encierro y le hago escuchar la discografía de Arjona durante tres meses consecutivos.

Hoy volví a vivir la mágica experiencia de escuchar a una persona decir “hay que matar a todos los negros”, mientras se hace la señal de la cruz al pasar frente a una iglesia. Me encantan esos momentos de coherencia alineada.

Comprar libros en Carrefour, es como comprar diamantes en la verdulería.

Ay, la concha de la lora. Se me durmió el pie. La puta que lo parió. Qué horrible. Ey, pará. ¿Eso lo pensé o lo escribí?

¿Un vegano siente lo mismo al ver una huerta, que al ver una Playboy?

Mirar rasgado, patitas chuecas, María va... por abusarse, sin lubricantes, del sexo anal...

Dame un me gusta y decime Marta.

Abril 2014

- No quiero dormir la siesta. ¿Por qué tengo que dormir la siesta?
- Porque sí.
- Papá, eso no es una respuesta.

Domingo. Tres de la tarde. La alarma del importante comercio de ventas de electrodomésticos suena a todo volumen inundando el barrio. El capitalismo no respeta ni siquiera la sagrada siesta del día que Dios he elegido para que descansemos.

Recién vuelto de la plaza. Una moderna madre, con altas botas de altos tacos, saltó de la calesita en contra del clásico movimiento centrífugo. El trastabillante resultado fue por demás de hilarante.

A - A mí me falta la nena.

B - A mí me falta el nene.

C - Yo por suerte ya estoy completa. Tengo la nena y el nene.

D - Yo tengo dos nenas, vamos a seguir buscando el nene.

E - Y sí, yo no paré hasta tener el nene.

F - Es lo ideal.

(Entretenido diálogo que tenían los padres mientras esperaban que sus niños salgan del jardín. Es la última vez que llego temprano a buscar a mi hija).

Hoy pasé por enfrente de la comisaría y justo el furgón estaba llevándose a los presos hacia la cárcel. Desde adentro del camión se podía escuchar una voz masculina gritando, con una desesperación que te ponía la piel de la existencia de gallina, -¡Te amo negra! ¡Te amo negra! ¡Cuidate negra, te amo!-. Y parada sobre la vereda estaba la negra gritando con igual desesperación -¡Te amo, guacho! ¡Te amo! ¡Va a estar todo bien! ¡Te amo, guacho!-. Y la camioneta que se alejaba, y la negra que gritaba clavada como una estaca entre las baldosas de la vereda policíaca. Caminé dos pasos más y me encontré con el hermano de un antiguo compañero de secundaria. Me miró, me reconoció, y me dijo, refiriéndose a la escena que acabábamos de compartir -Esto es para hacer un corto. Decime si no es para hacer un corto-. Afirmé, saludé y me fui. Me fui pensando -Esto no es para hacer un corto. Esto es para compartir con mis amigos de Facebook. Decime si no es para compartir con mis

amigos de Facebook.

Diálogo que acabo de tener con mi hija:

- ¿Estás enojada?

- No.

- ¿Estás cansada?

- No.

- ¿Estás feliz?

- Sí.

- ¿Por qué?

- Porque tengo un corazón.

(¿No será la reencarnación de Pinocho esta nena?)

Estoy empezando a desconfiar del canal de noticias. No puede ser que cada mañana, a la misma hora, siempre tengan la misma noticia: “Balearon a vecino...”. No sé... Quizá peque de paranoico, pero estoy empezando a pensar que son ellos los que salen a pegar tiros por los barrios para tener el programa monotemáticamente organizado. No sé qué decirles...

Hoy a la mañana me puse la vacuna de la gripe. Aún estoy frente al espejo esperando alguna especie de efecto colateral. No sé... Piel verde, violencia

extrema, cola de mono, un tercer ojo..., cualquier mutación es bienvenida. Sigo a la espera.

Perece ser que las perras que habitan con nosotros, Estela y Chiruzá, de tanto ver dibujar a la pequeña Frida, decidieron también dedicarse al arte plástico. Después de masticar y tragar gran cantidad de crayones de los más variados colores, han defecado en el patio de mi madre, en donde ellas juegan alegremente, sus hermosas, vanguardistas y abstractas obras de arte. Aún no hemos querido compartirlas con ustedes a través de este medio porque nos interesa que tengan el placer de verlas y olerlas en vivo en la muestra que organizaremos en breve llamada: “Me cago en vos”. Los mantendremos al tanto.

Bueno, me voy al supermercado a comprar lo indispensable. No se preocupen, llevo la vaselina en el bolsillo.

Resulta que mi esposa me empezó a hacer pantalones. Sí, tengo una esposa que me diseña ropa personalizada. Lujos que te da la vida. El asunto es que hoy fui a laburar con uno de los

pantalones, el que es gris claro, y en el laburo me mandaron a llevar un pedido a cierto lugar. Al llegar, mi organismo me informó que necesitaba orinar. Me informaron dónde quedaba el baño. Llegué hasta el mismo, me bajé la bragueta, saque mi afamado miembro, y oriné. El dilema ocurrió, cuando al intentar guardar mi preciado tesoro, éste, del modo más traicionero posible, eyectó las últimas gotas de orina sobre “mi pantalón personalizado gris claro, clarísimo”. La mancha era inocultable. No sabía cómo salir de aquel baño sin dejar bien en claro que mi pene me había traicionado. Entonces procedí a lavarme las manos de un modo brutal, haciendo que mi pantalón se moje de un modo copioso e irregular. El resultado fue maravilloso. Ya no parecía que me había meado encima por torpe, sino que la canilla del lavabo había escupido agua de sopetón. Y para no dejar lugar a dudas también me mojé la nuca y las manos. De ese modo tenía varios chivos expiatorios. Al salir del lugar, expectante de las reacciones ajenas, descubrí que nadie me prestó la menor atención, nadie se percató de mis manchas en mis pantalones claros; y aún menos del agua en mis manos y en mi nuca. Entonces comprendí



que soy una persona que pasa maravillosamente desapercibida. Menos mal. Justo cuando estaba a punto de salir a comprar pañales geriátricos.

Me siento culpable por haberme comido \$15 pesos de queso en 5 minutos. Esta inflación no da para más.

Estoy empezando a formar un grupo para quitarles legalmente los hijos a esas personas que los llevan en moto sin casco y teniéndolos con una mano contra el pecho, mientras que con la otra intentan manejar y fumar a la vez. ¿Alguien se suma?

Y entonces fue que se acabó el paro, y tuvimos que emprender el viaje hacia el jardín de infantes. Al llegar nos abrieron la puerta y, sin darme tiempo a reaccionar, una señora me atravesó las costillas con sus uñas pintarrajeadas y arrancó un pedazo de mi corazón. Luego se lo llevó y lo puso sobre el piso, junto a otros nenes y nenas. Y entonces nos tuvimos que ir a casa a la espera de que sean las 15.30hs. Tuvimos que irnos y aun no entiendo cómo es que seguí vivo. Mi esposa sabía que yo

no podía dejar de llorar. Sin lágrimas y sin llanto no podía dejar de llorar. Porque nuestra hija creció, porque dio el primer paso hacia la vereda. Y ya no hay vuelta atrás. Como nunca hay vuelta atrás de nada, de nada.

Cuando volvimos a buscarla, allí estaba, ilesa. Estaba realmente ilesa y feliz. Abrimos la puerta y se me colgó como un pequeño mono. Se me colgó como siempre ella suele colgarse de mi espalda. Como a ella siempre le gusta jugar. A treparme, a colgarse de mí, a que somos dos monos. Y ella juega segura porque yo la cuido. Mi hija se volvió a trepar haciendo que, al fin, pudiese volver a respirar, a sonreír, a vivir. Nos subimos al auto y nos alejamos del jardín, pero sobre todo, nos alejamos del pasado. Porque mi hija ya creció...

Mayo 2014

Aquí me encuentro, saqueado biológicamente por un virus que apuñala y estrangula mis cuerdas vocales. Por un virus que derrite en mucosidades nauseabundas y viscosas a mi fatigada garganta. Y como si con eso no le alcanzara hace a mi ano funcionar como una metralleta



descompuesta que no hace más que exhalar un líquido que bien podría asfixiar al rey de los gusanos del cementerio más cercano a la casa de Tim Burton. Aquí me encuentro... a la espera de una leve mejoría. Saludos mis amigos, saludos a través de mil barbijos.

Recién, leyendo algunos comentarios que me hicieron en el Facebook, me puse a reflexionar, aún más profundamente, sobre algo que ya venía reflexionando durante los pasados días. No es la primera vez que me halagan los textos autobiográficos que comparto en el Facebook. No deja jamás de sorprenderme que en un espacio como éste, en donde no se le puede dedicar más de dos segundos a cada publicación, muchos de ustedes se pongan a leer mis extensos textos con avidez. No me queda otra que llegar a la siguiente conclusión: “El ser humano ama que le cuenten historias. El ser humano ama imaginar.” Sin embargo eso sucede cada vez menos. Nos están sacudiendo con tanta información que no nos dan tiempo a reflexionar, a pensar en nada. Saturados de estímulos veloces, instantáneos, fugaces. Por eso, insisto, en que me sorprende tanto que sus

ojos se detengan en mis escritos, en mis palabras acomodadas en busca de generar ideas, mundos y emociones.

También me pasa algo parecido en mis espectáculos. En especial a la hora de interpretar mis cuentos, de hacer que las historias me pasen por dentro para que lleguen con la mayor sinceridad emocional posible hasta sus oídos. Ese “momento ritual” jamás deja de sorprenderme. Ese momento de silencio sagrado. Ese momento en que todos los espectadores se vuelven aquellos niños debajo de la frazada escuchando con atención aquellas narraciones antes de apagar la



luz e irse a dormir. Ese momento en donde ocurre “el placer de imaginar”, el placer de sumergirse en un mundo que no existe, ni existirá, pero que nos da una felicidad tan pura, que es muy difícil poder describirla.

Insisto: “El ser humano ama que le cuenten historias. El ser humano ama imaginar”. Sin embargo cada vez se vuelve más trabajoso poder hacerlo. Cada vez se vuelve más complicado encontrar el silencio necesario en un mundo saturado de estímulos superfluos. En “mundo boliche” ensordecedor de pensamientos. En un mundo de placeres tan descartables como una publicación de Facebook. Es realmente muy difícil.

Tan solo me queda informarles que no me resignaré. Que no dejaré de imaginar estimulado por los artistas que amo, ni dejaré de compartir mis ideas y emociones, tanto sea en un cuento, una canción, una escena teatral, o en esta descarada red social. Lo haré como si fuese una especie de virus contra la corriente del pestañeo al unísono. Gracias por leer, a los que leen. Pero sobre todo “Gracias por imaginar a los todavía imaginan”.

Resulta que a nuestro gato casi le explota la

vejiga. Y allí estábamos, ayer, en el consultorio de la veterinaria. Mi esposa teniendo al felino para que la profesional le destape las vías urinarias, pues parece que la orina se estaba yendo por el otro lado, intoxicándolo; y yo sobre una silla, al costado, con nuestra hija a upa. Tan sólo podía pensar insistentemente: “Seguro que no es nada. No pasa nada. Seguro que no pasa nada peligroso. Que no es nada peligroso. Nada de nada”. Yo allí pensando, mientras mi inconsciente masticaba el terror generado por la posibilidad de la perdida de nuestro afelpado compañero de vida. Yo allí tratando de no trasladarle la angustia y la tensión a mi hija a través de mi cuerpo. Hija que observaba muy quieta, y en un estado de profunda seriedad, a la veterinaria inyectar, apretar, sondear, y volver a inyectar. Nadie se animaba a pronunciar la palabra muerte. Nadie. Pero era la única palabra que latía a tres voces. Tan solo existía una única pregunta: “¿Se va a morir?”. Aun no lo sabíamos.

Poco a poco nuestro gato está mejorando. Ya hoy, después de pasar toda la tarde en la veterinaria, logró comer, y parece ser que es una buena señal. Gradualmente mejora, minuto a minuto. Gradualmente la muerte va bajando el volumen, segundo a

segundo. Aun hoy la pregunta late. Más despacio, más calmada, pero aún late.

Me doy vuelta, mientras escribo esto, y lo veo a “Estol”, así se llama nuestro gato. Está pegado al calefactor, cubierto con una frazada de pólar que usaba nuestra hija cuando apenas era una recién nacida. Con una frazada pequeña y roja que, a simple vista, parece un mar quieto, muy quieto. Pero si uno se toma el tiempo, y pone mayor atención, allí está la respiración moviendo aquellas tibias aguas como si una frágil y suave brisa apenas soplara. Me gusta pensar que esa suave brisa es la vida misma dentro de nuestro hogar movilizadora por el impulso del amor de mi esposa, de mi hija, y de mi persona.

Gracias por leer, me voy a acariciarlo un poco más.

¿Recuerdan que casi se nos muere el gato porque casi le explota la vejiga? Bueno, sobrevivió. Y ahora tiene que comer de por vida un alimento especial para gatos con problemas urinarios. Estuvimos sacando cuentas y descubrimos que salía más barato sacrificarlo. (Es chiste, es chiste)

Lamento informarles que mi esposa está haciendo

milanesas de pollo con puré. Por ende voy comer hasta reventar. Si hay algún voluntario que quiera venir a ayudar a mi familia a barrer los restos después de cenar, bienvenido será.

Voy a ver si esta semana me copo y me pongo a pensar un poco en lo que ya logré, en lugar de andar todo el día masticando acerca delo que falta por alcanzar.

Feliz día del que se rompe el orto bancandose lo intolerable para ganar unos pocos pesos los cuales jamás sirven para llegar cómodamente a fin de mes en un país en donde el que no corre vuela y el que no vuela es porque lo tenés atrás rompiéndote bien el orto en la fila del supermercado en donde venden pollos con hormonas inyectadas para después comerlos y transformarnos en seres cancerígenos que morirán al toque porque la obra social no te cubre la quimioterapia o porque trabajás en negro para que tu jefe viaje a Disneylandia con su hija que se acaba de hacer las tetas con lo que vos tendrías que haber cobrado de aguinaldo... O sea... ¡Feliz día del trabajador!

Y feliz día a todos los desempleados que se toman el arduo trabajo de buscar trabajo.

Junio 2014

Si aprendiéramos a ponernos en el lugar del otro las relaciones humanas dejarían de fracasar.

Anoche nuestra hija durmió por primera vez fuera de casa. Durmió en la casa de su abuela. Ha dado el primer paso hacia su futura independencia. El lunes mismo llamo a la psicóloga para empezar a tratar este asunto del nido vacío.

Hoy me levanté a las siete de la mañana para ir a trabajar y descubrí que en mi casa no había electricidad. Miré por la ventana y aún era de noche. Rápidamente conjeturé que no podía esperar a que el sol me iluminase sin perder el tanpreciado y necesario presentismo. Recurrí a una pequeña luz de emergencia, la cual, como si se tratara de una luciérnaga fría, sarcástica y apática, iluminó mi adormilado proceder matutino. El biológico piloto automático me llevó, como era de esperarse, a cometer toda clase de actos ineficaces:

prender luces, meter el café con leche en el microondas, y hasta darle insistentemente al botón de encendido de la computadora. Después de lavarme nuevamente la cara, tuve que ordenarle a mi cerebro que se despertara de una puta vez, pues ya que si no, directamente, no sería necesario ir a trabajar. Así fue que, después de mucho ajetreo, pude fabricarme un nutritivo desayuno. Triste se sintió el dulce de leche sobre el pan en medio del ensordecedor silencio de una ciudad aún sonriente bajo las frazadas.

Cuando logré al fin abrir la puerta de calle para dirigirme hacia el trabajo, comenzó a salir el sol. Pude escuchar la maldita risa del dios Febo desde las alturas. Se reía de mí. Entonces, dando el primer paso hacia la vereda le grité: “¡Nada me importa. Hoy es viernes!”.

El tipo estaba llegando tarde para ver el partido de Argentina. No llegaba. La F100 iba al palo. Había mucho tránsito. No llegaba. Semáforo en rojo. Desesperación. No llegaba. Una vieja que se cruza. Insulto. No llegaba. No llegaba. Se da cuenta que está a dos cuadras de la comisaría. Se ilumina. Saca un revolver y caga a tiros a la vieja.



La vieja muere en el acto. El tipo se baja de su vehículo y se entrega justito a tiempo para ver el partido en la comisaría. Llegó.

(Enfermizo texto ficcional escrito en épocas de mundial).

Indignados por la indiferencia de los medios hacia sus labores, los violadores y asesinos argentinos han decidido dejar de trabajar hasta que finalice el mundial.

Me duermo en cómodas cuotas...

Recién, mientras mi hija y yo esperábamos en la vereda que mi esposa sea abusada por la inflación dentro del supermercado, vimos pasar a un señor manejando un auto con uno de esos perros caniches sobre su regazo. El can llevaba puesto uno de esos chalecos con los colores de argentina y no paraba de mover dos patas delanteras sobre el volante. ¡Viva la patria!

Recién, mientras doblaba y guardaba la ropa destendida, se acerca mi hija, con sus casi cuatro años, y me dice, señalando una de sus bombachas: “Ojito con esto que es muy importante. No se te vaya a perder”.

Entonces fue que el Dios observó cuán chotos le habían salido los seres humanos y decidió inventar el feriado.

Hoy a la tarde. Mucho frío. Los tres en la plaza tomando mates. Comiendo pan casero hecho por mi esposa, con dulce de leche. El sol alejándose.

Su intensa luz entibiando la escena con vibrante emoción. Mi hija alternando mordiscos de pan con subidas y bajadas del tobogán. Su boca llena de dulce de leche. Sus manos llenas de arena. Su sonrisa llena de nosotros. Nosotros llenos de ella. La escena no podría ser más perfecta. Mi cerebro mastica la frase “algo debo haber hecho bien” y mi boca vuelve a sonreír. Mi esposa me pasa un mate y mi boca lo recibe como a uno de sus besos más tiernos. No se puede pedir mucho más. No deseo pedir mucho más.

Un niño, de aproximadamente siete años, sube al tobogán. Miro para todos lados y no veo a la madre, ni al padre. Parece estar solo. Sube y se tira y se vuelve a subir, acompañado de una blanca y gastada pelota de fútbol. Comienza a hablar fuerte para que le prestemos atención. Cada vez hace más ruido. Zapatea, grita, arroja la pelota. Minutos más tarde se cuelga del tobogán, peligrosamente, cabeza abajo. Zapatea, grita, arroja la pelota. Necesita que alguien le preste atención. Necesita ser importante para alguien. Intenta jugar con nuestra hija, pero a simple vista, la pequeña lo considera demasiado grande (o demasiado ruidoso). El niño de a poco se va acercando hasta nosotros. Entonces, ya

cediendo a lo inevitable, mi esposa le dice:

-¿Quieres un pan con dulce de leche?

-No -contesta el niño secamente.

Entonces le pregunto -¿Estás solo? ¿Dónde está tu mamá?

El niño señala a lo lejos, y luego dice -Están por allá..., pero... mi mamá está muerta-. Luego se aleja con el fin de seguir jugando. Observo a mi esposa seguir cebando mates y comprendo que ella no llegó a escuchar lo dicho por el niño. Busco a su familia con la mirada pero no encuentro a nadie. Seguimos tomando mates, pero ya no están tan ricos como antes.

Más tarde escucho que llaman al niño al grito de “Nos vamos”. Me doy vuelta y veo a una pareja con un cochecito. “¿Será el padre con su madrastra y con su nuevo hijo?”. Veo que el niño no reacciona, no se mueve. Está parado arriba del tobogán como una frágil estatua diminuta. La pareja comienza a caminar con el cochecito en mano sin darse vuelta, ni siquiera una vez, para ver si al niño le había llegado el mensaje de “Nos vamos”. El niño observa a sus supuestos familiares alejarse. Necesita que lo necesiten. Necesita que lo necesiten. Necesita que lo necesiten. Pero no dan

señales de necesitarlo. El niño comienza a correr hacia ellos desesperadamente. Se va y se va. Se van. Queda todo el tobogán para la pequeña Frida, nuestra hija. El niño se fue. Se fue con su supuesta familia. Y se llevó el sol, se llevó la tibieza, y se llevó la tarde. Y hasta se llevó el dulce de leche, sin siquiera probarlo. Tan sólo me dejó el frío invernal congelándome la cara.

Pasan los minutos. Intento olvidar sus palabras. De a poco intento volver a ser feliz del único



modo posible en este mundo: Olvidando al dolor. Olvidando a la muerte. Olvidando. Olvidando. Y volviendo a olvidar.

Cada vez conozco a más personas religiosas que se la pasan deseándole la muerte a los demás...

Veo que cada vez hay más personas que dicen exactamente lo contrario a lo que piensan, por pura conveniencia. Personas muy solas, generalmente.

Quería contarles que ayer, en la feria de diseño porteña, nos tocó armar el puesto junto a una señora que vendía macetas pintadas. No saben qué divertido. Parece ser que la señora tenía la certeza de que le íbamos a romper su mercancía por el sólo hecho de pasar a tres metros de su elegante y diagramada mesa. (Adornada con mandalas). Las tres líneas de texto que me dirigió la señora durante toda la tarde fueron las siguientes:

- 1) “Cuidado con la espalda, ojo con las macetas”.
- 2) “Ay, te pido que tengas cuidado, no me vas a voltear las macetas”.
- 3) “No quiero ser obse, pero ya te lo dije antes. Cuidado con las macetas, por favor”.

Me pasé varios minutos sentado a la distancia, mirando fijamente las macetas con el fin de hacerlas explotar en mil pedazos, pero no pude. Aún no tengo esos poderes. De todas formas mi venganza fue aún más dulce. Les cuento:

A la hora de irnos me puse a desarmar el perchero, el cual se compone de cuatro fierros, y se los fui pasando a mi hija de casi cuatro años para que los sostenga. Imaginen cómo puede sostener una niña de esa edad caños de un metro y pico. Se le tambaleaban para todos lados juguetonamente entre las manos. Se le tambaleaban bien cerca de las pintorescas macetas. Grande y hermoso fue mi disfrute al observar las rechonchas facciones de la Señora Obse entrar en un estado epiléptico al ver a la pequeña Frida, casi batear, en reiteradas oportunidades, su preciada mercadería. Por más que no haya llegado a romperle nada, a mí nadie me quita la preciada imagen del estrés de la señora mirando a mi hija hacer peligrosos malabares delante de sus frágiles y repetitivas obras de arte.

El que volviendo de comprar pan no se manda un pedazo del mismo en el camino, se merece el peor de los infiernos posibles.

Las calzas son un invento del demonio.

A mi simple entender el ser humano necesita de excusas forzadas para ser feliz, para hacer un poco de catarsis a través de la pasión: y ya todos sabemos que no hay nada mejor que el fútbol para eso. (Y aún mejor cuando se le suma el patriotismo que tanto nos han insertado en las escuelas públicas a puro himno nacional)

Si a los seres humanos realmente les interesaría ayudar a quienes lo necesitan, ya lo hubiesen hecho hace rato. Si realmente quisieran educar, ya lo hubiesen hecho hace rato.

El asunto es que al ser humano rara vez le interesa el bienestar del otro. Es más fácil la pasión. Es mucho más fácil la pasión. No por nada el pan y el circo siempre funcionaron de maravilla.

Si quisiéramos libros en lugar de televisión basura, ya hubiésemos apagado la televisión. Si quisiéramos solidaridad en lugar de fútbol millonario, ya hubiésemos dejado de ver los partidos por televisión. Si realmente quisiéramos parar al cáncer que avanza por la minería, ya lo hubiésemos frenado. Pero... es más fácil la pasión. Yo ya no sueño con sociedades igualitarias y

equitativas. Me es más efectivo mirar al ser humano. Mirar la realidad que construimos a diario, y tratar de entender cuál es mi lugar dentro de esa realidad; ver qué puedo hacer yo dentro de ella. Ver qué puedo hacer yo. Sin esperar sueños utópicos. Sin esperar, una vez más, que el ser humano sea lo que nunca fue.

Por mi parte no veré el mundial. Me gustaría decir que por apoyo a los necesitados, pero mentiría. Ya que en realidad no lo veré porque no necesito, hoy por hoy, de pasiones forzadas.



Recién estaba en la cama leyendo, con mi hija entre dormida abrazada a mí. La pequeña abre los ojos y me pregunta:

-¿Qué estás leyendo?

-Borges -contesto.

-¿Me lees? -pregunta.

-No vas a entender una mierda -contesto, y luego agrego: -Es para cuando seas más grande.

-Leeme igual -insiste la pequeña.

Entonces comienzo a leer en voz alta por donde iba leyendo:

“Recordé haber leído que el mejor lugar para ocultar una hoja es un bosque. Antes de jubilarme trabajaba en la Biblioteca Nacional, que guarda novecientos mil libros; sé que a mano derecha del vestíbulo una escalera curva se hunde en el sótano, donde están los periódicos y los mapas. Aproveché un descuido de los empleados para perder el Libro de Arena en uno de los húmedos anaqueles. Traté de no fijarme a qué altura ni a qué distancia de la puerta.

Siento un poco de alivio, pero no quiero ni pasar por la calle México”.

Cierro el libro y le pregunto, un tanto inquieto:

-¿Y? ¿Entendiste algo?

-No, no entendí nada -me responde.

Suspiro aliviado.

-Pero igual me gusta que me leas -agrega volviéndome a abrazar.

(Segundos más tarde se durmió, y no llegué a confesarle que yo tampoco pude entender nada la primera vez que leí a Jorge Luis a mis dieciocho años. En realidad, hoy por hoy, tampoco entiendo gran cosa. Pero de todos modos no puedo dejar de leerlo).

Ayúdenme con algo... A ver... Siendo yo hombre, y mi pequeña hija mujer... ¿A qué baño debo llevarla cuando estamos en un bar?

Hoy la llevé al de damas, por consejo de la moza..., pero no sé si hice bien... No sé si es lo que corresponde. Por suerte, y fiel a mi paranoia, siempre ando con alcohol en gel en la mochila, y pude hacer uso del mismo sobre la piel de la pequeña después de que realizó sus necesidades. Sonora fue mi carcajada cuando la pequeña de tres años y medio me espetó a modo de advertencia: -¡No me vas a poner alcohol en la vulva!

Hay tantos veganos en el Facebook que tengo

miedo de escribir en mi muro que ayer me comí un salamín con queso..., es que... no quisiera aparecer mañana al costado de la ruta, apuñalado por una zanahoria anónima.

Una amiga (no puedo dar el nombre) me acaba de decir por chat, intentando darme a entender que no tiene sexo hace rato: Estoy condenada al “salibato” (Sí señora: Salibato). Hermoso fallido el de mi amiga. Ni al poeta más excelso se le ocurre semejante juego de palabras. “Salibato por Celibato”. Parece que mi amiga gusta de ensalivarse en soledad ciertas partes del cuerpo... no sé... digo...

Abramos campaña: “Si está condenada al Celibato nada mejor que el Salibato” (...y a frotar se ha dicho).

Julio 2014

...Y entonces ayer le dije a mi psicóloga:

-Voy a seguir compartiendo la misma publicación hasta que alguien le dé me gusta.

Mi pequeña hija, lentamente, absorbió el ritual de

aplaudir a los asados domingueros de su abuelo al grito de “Un aplauso para el abuelo que hizo el asado”. Más tarde trasladó el ritual y comenzó a aplaudir a las pastas caseras de su abuela. Hubo aplausos para los tallarines, aplausos para los ñoquis, y para los ravioles... Meses después comenzó a aplaudir cada almuerzo y cena realizada por su creativa madre... y hasta, debo confesar, aplaudió mis facilistas hamburguesas tiradas y achicharradas dentro del horno impunemente. Hace poco comenzó a aplaudir desayunos y meriendas: Chocolatadas, pan con miel o dulce de leche... Y recién, rozando cualquier tipo de límite, acaba de aplaudir, por primera vez, al microondas por recalentar la comida de hoy al mediodía.

Hoy a la tarde estábamos guitarreando con mi pequeña hija. Cuando cantamos la primera estrofa del tema “Yo te amo” de Fito Paez, el cual dice lo siguiente: “Ella fue la espía de mi corazón, eso fue lo que me mató de ella”. La pequeña me frenó y me preguntó:

-¿Qué cosa lo mató de ella?

-Porque ella fue la espía de su corazón. Estaba enamorado de ella -le respondo.

-Ah, ya entendí -contesta como si le hubiese caído la ficha- “Lo mató estar casado”.

El sábado que viene es el día del enemigo. A reservar mesas para reunirse a cenar con todos nuestros seres odiados. A juntarse para mirarse de reojo y en silencio. A escupirle el vaso al que se levanta al baño. A patearse por debajo de la mesa. A odiarse bocado a bocado, hasta que la comida nos caiga mal, hasta que nos provoque gastritis. Y cuando llegue la cuenta... a agarrarse de los pelos para pagar menos que los demás, a volarse los dientes a trompadas hasta que llegue la policía. Y antes de irse para la comisaría, a robarse la propina que dejaron los otros. Claro que sí. El sábado que viene es el día del enemigo. Espero pronta invitación de todos aquellos que me odian.

Acabo de descubrir que me trinco a mi mejor amiga...

Aquí tengo algunos de los cables de tela que tuve que sacar de entre las paredes de mi hogar. Aquí tengo las venas y arterias que supieron conducir durante años la energía necesaria para proporcionar

la comodidad al pequeño departamento que hoy nos alberga. Por estos cables de tela fluyó la electricidad que iluminó a mi madre mientras me daba la mamadera hace unos treinta y cinco años atrás. Por estas venas, hoy profanadas y muertas, fue que fluyó la luz que iluminó a mi padre agotado y ojeroso, mientras acunaba a mi pequeña hermana recién nacida. Después de incontables años, hoy la casa tiene cables nuevos. Venas modernas, plastificadas y encintadas prolijamente... y...

...y es que ya no sé si estoy hablando de los cables..., de mi familia..., de la casa..., o del paso del tiempo. Es que... observé aquellos últimos cables tirados ahí, arrancados de cuajo por envejecidos, agotados y disfuncionales, y me puse a viajar... Me puse a pensar que no podríamos parar de llorar de emoción pensando en todas las escenas que esos cables ayudaron a iluminar... o...

...o es que quizá aún no tengo las fuerzas para ponerme a pensar en mi abuela internada en la clínica, en terapia intensiva, con su memoria ya profanada, muerta..., acostada en una camilla a la espera de ser arrancada de cuajo de esta vida, por envejecida, agotada y disfuncional... y es que...

...y es que no puedo dejar de pensar en todo lo

que sus ojos llegaron a iluminar..., sus mates..., su mesada..., su pequeña hija..., mi pequeña madre... su pequeño nieto...

...es que no puedo dejar de sentir a su mirada dentro de mi pasado... iluminando sin parar...

Mi hija me acaba de preguntar por qué no se puede andar desnudo por la calle... ¿Qué le respondo?

¡Uy, cagamos! ¡Agarrensé fuerte los huevos con las dos manos! ¡A darse patadas en la concha hasta llorar de dolor! ¡A darle intensos pijazos al cactus de la abuela! ¡Cagamooooos! ¡Llega el día del amigo! ¡A prepararse para leer cursilerías baratas a siete ojos! ¡Pero me cago en todos los dioses del firmamento pintado por un albañil ciego! (Suspiro) Pero bueno, siempre dicen: “Si no puedes vencerlos, únete a ellos”. Así que ahí vamos: Feliz día amigos míos. Gracias por ser una luz en mi camino lleno de mierda por donde ir patinando a toda velocidad hacia el futuro, en donde espero ya no estén, porque me tienen las bolas hastiadas de mates fríos y presencias insípidas.

Me estoy hartando de esas minas que usan esas

remeras tan a la moda con frases escritas bien grandes... Uno se pone a leer que dicen y te miran con cara de “¿Qué me mirás, desubicado?”

Y ni hablemos de esas calzas que traen impresas enormes frases, transformando a el culo en un cartel publicitario.

Ayer vi a una señora, ya entrada en años y flaccidez, con una de esas calzas impresas. Irónicamente la palabra que tenía sobre su inestable ojete era “Aqua”. (Otra de las tragedias de la innecesaria moda).

Como en estos días el noticiero tan sólo nos informa acerca del fútbol, y ya no nos informa acerca de asaltos, violaciones y asesinatos, he decidido salir a la calle con total confianza y seguridad. He decidido ir a cobrar mi sueldo al cajero y volver cantando a los gritos acerca del monto abonado. Ahora que ya no hay malas noticias he decido confiar en el ser humano. He decidido saludar al diariero, mandarles mensajes a mis exs, y despedir a mi abogado. Ahora que sólo nos informan acerca de fútbol, he reflexionado, y me he dado cuenta de que el noticiero tan sólo nos informa acerca de lo que a ellos les conviene informarnos, quizá para



vendernos, venderles y volver a vender.

Ahora que he descubierto que el noticiero nos informa acerca de lo que les conviene informarnos, he decidido destrozar el televisor a golpes, abrir un libro, y mandar a todos, con total confianza y seguridad, a la reputísima concha de su recalcada madre que los reparió.

Bueno, con respecto a los destrozos que se están produciendo después de la derrota frente a Alemania he formulado 3 hipótesis:

1) Los medios, al tan sólo informar sobre el mundial durante tantos días consecutivos, le dieron la espalda a demasiada violencia. Por ende esta violencia explotó toda junta, frente a los ojos de todos, en el lugar y en el momento más propicio como para ser maravillosamente mediatizada.

2) Los medios, quienes comercializaron a lo loco durante tantos días con el asunto del mundial, descubrieron de golpe, con la finalización del evento, que ya no iban a tener el mismo rating, ni los mismos ingresos, por ende contrataron a una manada de seres humanos para generar el caos; para entonces, de esa manera, tenernos pegados al televisor sin ningún tipo de interrupción. (No les

vaya a asombrar que después de que esto se calme, comiencen a informar sobre una pronta invasión extraterrestre).

3) Los seres humanos somos violentos. Al no poder importar la violencia fuera del país, no quedó otra que volver a nuestra vieja costumbre de odiarnos. Decida usted cuál es la más certera de las tres, o formule una cuarta.

Ojalá nunca lleguemos a darnos cuenta que todo este escándalo fue tan solo por un par de partidos de fútbol. Dios no lo permita.

Este año nuestra hija comenzó el jardín de infantes. Va tres días. Se enferma. Falta siete días por enfermedad. Nos contagia a su madre y a mí. Se cura. Vuelve al jardín. Va tres días. Se enferma. Falta siete días por enfermedad. Nos contagia a su madre y a mí. Se cura. Vuelve al jardín. (Y así hasta el infinito). En síntesis: “Gracias al jardín de infantes mi familia vive enferma el 70% de los días del año” (Viva la sociabilización de los niños).

Recién fui a comprar pan en medio del aturdidor

festejo cuasi navideño.

Entro a la panadería. Veo que queda poco pan. Me atienden. Pido seis tiritas. Un hombre con la camiseta de argentina, al escucharme, me hace saber que él estaba antes. Pido que lo atiendan primero. El hombre con la camiseta de argentina pide todo el pan que queda en el canasto (un kilo aproximadamente). Me voy de la panadería sin pan. Me voy del comercio pensando: “Lo lindo de mi país es la coherencia”.

Por más que el papa haya pedido perdón por la pedofilia, mi niño interior informa que prefiere quedarse allí donde está. En el interior. Gracias de todas formas.

Una chica caminaba por la vereda delante de mí. Observé que la morocha se había abrochado el corpiño sobre la tira de la cartera. Forcejeaba para quitársela, pero no podía. Decidió desabrocharse el corpiño caminando. Mientras lo hacía miró hacia atrás, y me descubrió. No me esperaba. Se soltó el corpiño como si “el ridículo” le hubiese quemado la yema de los dedos. Siguió caminado abotonada a su cartera... quizá... para siempre.

Hace tanto frío que el agua del bidet me transformó el culo en una pista de patinaje sobre hielo.

Me despierto. Pongo el café con leche en el microondas. Lo saco. Me siento frente al monitor a leer el diario en línea con unas masitas de avena y miel que hizo ayer mi esposa. Leo: “Israel invadió con tanques y soldados la franja de Gaza”. Mi cerebro mal dormido piensa: “Ahora que se acabó el mundial, los medios ya no saben qué inventar para seguir llamando nuestra atención”. Me respondo: “No creo que sea un invento”. Mi cerebro adormilado me increpa: “Si fuese una noticia real, cuando comenzó todo esto, hubiesen suspendido el mundial. La humanidad jamás ha sido indiferente frente a un hecho de semejante envergadura. Los medios hubiesen ocupado las 24 horas informándonos sobre la supuesta matanza”. Agacho la cabeza y acepto: “Tenés razón, te pido disculpas”.

Agosto 2014

Soy de esos tipos que cuando se les cae algo al

piso lo pateaba debajo de un mueble en lugar de agacharse a levantarlo.

Acabo de encontrar al gato amasando con sus uñas el corpiño de mi esposa mientras ronroneaba a todo motor. ¿Tengo que entender esto como una severa perversión? ¿O quizá como una especie de zoofilia invertida y edípica?

Hoy fue un día frío. Frío por dentro y por fuera. Un día de esos en los que no tenemos la fuerza de voluntad como para seguir creyendo en los seres humanos. El día está llegando a su fin....

... pero...

... de repente...

... observo lo insólito:

Veo a un remisero. A uno de todos esos remiseros que siempre están estacionados en la puerta de mi casa a la espera de ser llamados desde la remisería que queda a la vuelta. Veo a uno de esos remiseros haciendo algo que jamás vi haciendo a un remisero en su constante situación de eterna espera.

Veo a un remisero: "Leyendo un libro".

Entonces sonrío y vuelvo creer.

Por lo menos, hasta mañana a la mañana, vuelvo

a creer.

Allí estaba debajo de nuestro auto el grasiento y grasoso mecánico. Allí estaba, dentro de la fosa, manoseando impudicamente las entrañas de nuestro vehículo, con el fin de hacer el tan necesario cambio de aceite y filtro. Allí estaba el mecánico, como un topo hurgando y tanteando a ciegas. Dentro del taller había dos o tres personas más sentadas en diferentes sillas sin hacer absolutamente nada. No eran clientes. A simple vista parecían amigos o familiares del hábil laborador. Dentro del taller había un televisor emitiendo el noticiero con sus clásicas noticias de muerte, tiroteos y robos. Esta vez el escenario era una Villa. Las frases emitidas por los seres humanos que me rodeaban eran las siguientes:

-Hay que matarlos a todos.

-Hay que pasar con un avión y tirar una bomba y matarlos a todos.

-Escuchá como habla esa negra. Hay que cortarles la lengua a todos.

-Eso se soluciona cagándolos a tiros a todos.

Mientras hablaban yo los miraba. Los miraba mientras estaban ahí sentados. Todos quietos, sin

hacer nada. Solo mirando el televisor y deseando la muerte. La gratuita muerte. Y me puse a pensar en nuestra historia. En la cantidad de veces que los seres humanos han deseado la muerte de los demás, han decretado la muerte de los demás. Siempre hay una justificación para desear la muerte. Siempre hay un porqué. Por diferentes, por negros, por subversivos, por putos, por judíos, por chorros, por creer en algo, por creer en otra cosa, por no creer en nada... Infinitas son las excusas para justificar



la muerte. La gratuita muerte una vez más, en la cíclica historia de la humanidad. En la reiterativa historia de la estupidez humana.

Me entregan el auto, pago, y me voy. Me voy manejando y me siento un poco extraño, un poco solo, un tanto diferente. Me siento extraño por el solo hecho de no andar deseando atropellar a todos los que se me cruzan por delante. Me siento diferente por no querer “pasarlos por arriba con el auto y matarlos a todos”. Me siento diferente por no sentir ese odio en la punta de mi lengua queriendo salir a matar. Algo debe andar mal en mí. De alguna manera lo voy a tener que solucionar. Así que, si me cruzan, tengan cuidado.

Esta mañana, cuando sonó el despertador, me quise suicidar. Ahora, a modo de revancha, me voy a dormir la siesta.

Hoy, por primera vez, me tocó prepararle la chocolatada a mi hija. Parece ser que la preparé de un modo diferente a como lo hace su madre, pues la niña me dijo piadosa: “No te preocupes. Cuando crezcas vas a aprender a preparar chocolatada”.

Mi esposa y mi hija se van a la calesita.
Saco de mi mochila un cuaderno y una lapicera.
Comienzo a mirar a mi alrededor.
Un amistoso perro se acerca y se sienta a mi lado.
Le doy el repulgue de mi empanada de carne casera.
Lo olfatea largo rato pero decide no comerlo.
Se lo deja entra las patas delanteras como si fuese un helado.
Suben a un bebé sobre una moto chopera y le sacan fotos entre risas.
El castillo inflable se derrumba por exceso de niños saltamontes.
La calesita gira por cuarta vez al compás de la tortuga Manuelita.
El pochoclero revuelve el maíz con su larga cuchara de madera.
Veo a un tipo que se postuló a intendente y perdió.
Empuja a su hijo sobre un auto de plástico amarillo.
Una adolescente intenta seducir a quien la mire.
Sus jeans nacen desde su último par de costillas.
Una joven se apoya adormilada contra el tronco de la palmera.
Prepara su equipo de mate y se dispone a estudiar.
Su remera dice: "Leopard is my favorite color"

El perro comienza a comerse el repulgue después de mucho meditar.

La calesita me informa por sexta vez que Manuelita vivía en Pehuajó.

El bebé sigue victimizado sobre la moto debajo de la cámara de fotos.

La adolescente parece no tener corpiño sobre las costillas.

El tipo que se postuló a intendente y perdió sube a la calesita.

El castillo inflable vuelve a su estado natural a fuerza de aire caliente.

La joven no puede concentrarse en sus estudios y cierra los ojos al sol.

Mi esposa y mi hija vuelven de la calesita sonriendo.

El perro me pide más repulgues pero ya no hay.

Pienso que tendría que haber traído una cámara de fotos.

Me alegra que por lo menos trajera el cuaderno.

A veces el cuaderno funciona bien como cámara de fotos.

Nos ponemos a tomar mates entibados por el sol.

Guardo el cuaderno con sus hojas llenas de imágenes.

Mañana las llevo a revelar acá a la vuelta.

Te pongo “me gusta”, no porque me guste tu publicación, sino porque me gusta que te guste eso que a vos te gusta; por más que no tengamos el mismo gusto, quiero que sepas que me gusta que te guste lo que te gusta; por más que no me gustes como persona, por más que sea un gusto que llames cuando gustes, por más que no me guste que te guste el mal gusto de mi hermana, ni me guste que ella guste de vos; por más que no me guste nada de vos, me gusta que te guste lo que te gusta, excepto que te guste mi hermana.

Sin más que decir, gustosamente, Augusto. Un gusto.

¡Feliz día del mocosito! Llegó por fin el día en que los padres deben dedicarse a sus hijos a la fuerza. Por lo menos, lo que debería ser todos los días, ocurre una vez al año. ¡Corran hacia la plaza más cercana y observen a todos esos padres intentando jugar con sus hijos sin poder lograrlo!

Parce ser que, durante el año 1955, mi abuelo viajó a Estados Unidos, y le compró de regalo a

mi padre, en la ciudad de California, un auto de juguete que funcionaba a Nafta. Un auto recibido por mi padre a sus 10 años, aproximadamente. Un auto que fue descubierto hoy por mi hija de cuatro años. Un auto que ya no funciona, pero que de todos modos, el día de hoy, mi hija hizo arrancar con su imaginación, para poder llevar a esas muñecas con las que jugaba su tía. Esas muñecas que, parece ser, eran vendidas como las hijas de las Barbies. Un auto que parece ser que también tiene el don de viajar en el tiempo.

Y yo en el presente. Ahí, acá. Y fue por demás de interesante para mis ojos poder observar como el tiempo jugaba a encontrarse consigo mismo, como mordién dose la cola. Fue muy interesante ver a mi hija, con sus casi cuatro años, jugando con esas muñecas con las que jugaba mi hermana hace unos 15 años atrás; arriba de ese auto con el que jugaba mi padre hace unos 60 años atrás. Fue emocionalmente interesante.

Hay una pared frente a la puerta de mi casa desde que nací. Es la pared de un edificio. Nadie pinta esa pared. Nadie más que el tiempo se preocupa por esa pared. El tiempo gusta de utilizar esa pared.

Entiendo que esa pared es uno de los lienzos del tiempo. Pero el tiempo tiene la pésima costumbre de nunca finalizar su obra. De todas formas, nosotros, seres humanos de paso por esta experiencia a la que llaman vivir, podemos disfrutar de su arte en constante movimiento. ¡Disfruten del tiempo aquellos que tienen el coraje de mirarse al espejo cada día y sonreír! Siempre sonreír.

Acabo de disfrutar de ese sublime instante semanal en el que me doy cuenta que al fin llegó viernes y mañana no tengo que ir a trabajar.

Septiembre 2014

Ya es hora de que los guiones de los Simpsons reemplacen a la Biblia. He dicho.

Disfrutando del inconmensurable placer de despertarse sin despertador.

Hagamos una junta de firmas para que los virus empiecen a respetar los cumpleaños. No puede ser que mi hija esté tirada en la cama afiebrada y tosiendo, cuando tendría que estar festejando sus

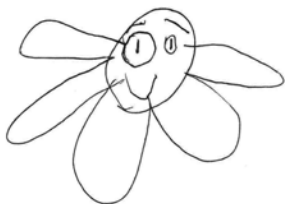
cuatro años de vida.

No sé por qué motivo se me dio por desempolvar mi antigua guitarra eléctrica. Hace años que no la tocaba. La enchufé en el amplificador y presioné ese mágico botón intitulado “distorsión”. Me puse a tocar un Riff. Se acercó mi hija de casi cuatro años, quien nunca había visto aquella guitarra. Me miró a los ojos y me dijo “RockandRoll”. (Algo debemos estar haciendo bien...)

Mi reino por un lunes feriado.

Sobre la arena se encuentra una nena jugando a armar una gran montaña. Mi hija la mira desde lejos, como queriendo jugar con ella pero sin animarse. Es extraño. Frida nunca tuvo ningún inconveniente en relacionarse con cualquier clase de niño con el que ella quisiera ponerse a jugar. Se me acerca mi hija y le pregunto “¿No querés jugar con la nena?”. Me dice que sí. Entonces le sugiero “¿Por qué no le preguntás cómo se llama?”. No quiere preguntarle nada. Es extraño. Entonces le pregunto lo que jamás había tenido que preguntarle durante sus casi cuatro años de vida “¿Tenés

vergüenza?”. Confirma mi suposición y vuelve a jugar sola. Observo a mi hija y la siento extraña. Como enojada. A mi lado se encuentra mi esposa tomando



mates con Diego, un querido amigo con el que hace rato no charlábamos. Entonces me pregunto “¿Qué puedo hacer por mi hija? ¿Qué puedo hacer para que esté mejor?” Descubro la respuesta. Me paro, me acerco, le doy la mano, y nos vamos a jugar. Subimos al tobogán, nos tiramos, trepamos, resbalamos, y reímos sin parar. Un largo rato de algarabía. Cuando nos cansamos de tanto ajetreo físico (en realidad el único que se cansa soy yo), nos vamos a la hamaca. Entonces ella me pide que le cante, y yo entono la canción “Osías el osito en mameluco” mientras la hamaca empujándola con suma precisión al comienzo de cada compás. En pleno hamaqueo me pide que llame al pulpo Manolito. (Uno de los personajes que he creado por las noches para su diversión). El pulpito Manolito es un pulpo renegado y gallego. (Como si se tratara de Sabina muy pasado de copas, y muy mal hablado).

Entonces el pulpito Manolito aparece y hamaca a mi hija con sus cinco tentáculos rosados sobre su espalda mientras le cuenta anécdotas agresivas, pero simpáticas. Miro a un costado y descubro que un pequeño y rechoncho niño de unos ocho años es espectador a la distancia de nuestras aventuras. De a poquito se acerca, se anima, y se sienta en la hamaca de al lado. Comienza a reír al escuchar a Manolito decir cosas tales como “Esa paloma es una imbécil. Bien se merece una gran cantidad de patadas en el orto con botas de cuero”. El niño



comienza a jugar con nosotros respondiendo a las adivinanzas del grosero pulpo. A unos pasos veo a una niña que está sola. Aferrando su corto cabello tiene una tensa colita centrada apuntando hacia el cielo. Entonces el pulpito le pregunta al niño “¿Quién se encarga de la protección de esa mocosa perdida con pelito parado”? El niño responde “La cuido yo. Es mi hermanita. Mi mamá me dejó en la plaza para que la cuide”. Vuelvo a mirar a la niña y calculo su edad: Dos o tres años. Miro al niño y pienso que me está tomando para la joda. Veo un cochecito vacío a un costado, pero no veo a ningún adulto. Le pregunto ya con mi voz de ser humano sin tentáculo alguno “¿Y tu mamá adonde está?”. Me mira y me responde con una naturalidad extrema “En el bingo. Allá en frente. Vinimos de Salto”. (El niño se refiere al bingo que queda enfrente de la plaza. Un edificio que ocupa una cuarta manzana en donde muchísimas personas van a jugar a las maquinitas, a la ruleta, etc.) Mi mente intenta sintetizar la información: “Este niño de ocho años está al cuidado de una nena de dos años en una plaza porque la madre se fue al bingo dejándolos solos en una plaza de otra ciudad porque ellos son de Salto y están en

Pergamino y la madre está en el bingo y estos dos nenes solos acá sin modo de comunicarse con su madre que está encerrada adentro del bingo”. No puedo decir más nada. El pulpito Manolito tampoco. Le digo a mi hija “¿Querés terminarte la chocolatada?”. Ella afirma. Se baja de la hamaca. El nene pregunta con cara de galleta cargada de ilusión “¿Después vuelven a jugar a la hamaca?”. Noto una extremada falta de figura paterna de la cual no me puedo hacer cargo. Sin embargo no puedo decirle que no a ese nene. Entonces le digo: “Sí, ya volvemos”. Nos vamos en busca de la chocolatada. (Me escapo usando como excusa la chocolatada). A la distancia quedan los dos niños mirándome fijamente, esperando con ansias mi vuelta. Al llegar abro la boca y les digo, a mi esposa y a Diego, a la velocidad de la luz “¿Viste esos dos pibes que están ahí? Están solos, son de Salto, y la madre está en el bingo”. Esposa y amigo tragan hielo picado en silencio. Al rato el niño se acerca al ver que mi vuelta se demora más de lo esperado. Mi esposa se va a jugar con su hija, la cual también se necesitó de mí para crearla, y el niño se sienta junto a Diego, y dispara, obviamente: “¿Van a volver a jugar a la hamaca?”. Sus ojos son

dos bolas de frailes cargadas del dulce de leche azucarado de la esperanza. “En un rato vuelvo, estoy muy cansado” digo. Entonces Diego, como el amigo generoso y sensible que es, me suplanta. “¿Cómo te llamas?” le pregunta al niño. “Diego” responde el niño. “Yo también me llamo Diego” responde Diego, el que no es un niño. Entonces de a poco el pequeño nos va contando su historia: “Yo no soy de Salto. Mi mamá vive en Salto. Yo vivo en Buenos Aires con mi abuela. Ahora estoy cuidando a mi hermanita. Ella vive en Salto con mi mamá”. Escucho. Respiro. No me atrevo a preguntar por su padre. Entonces le pregunto, como si fuera el peor de los psicoanalistas posibles, “¿A vos qué te gusta más, Salto o Buenos Aires?”. Entonces me contesta: “A mí me gusta más Buenos Aires, Salto me parece muy chiquito”. Leo entre líneas, y ya no puedo reprimirme más la pregunta “¿Pero cuando ves a tu mamá?”. Entonces me responde con una resignación que uno no esperaría jamás escuchar exhalada a través de los labios de un niño de ocho años... “Y, cuando toca, toca”. Se produce un silencio tan profundo y desgarrador que siento que se frenó el mundo. Siento licuarse al corazón de mi amigo Diego al unísono con el mío. Y entiendo

que, aunque seamos dos personas para recibir esta tremenda balacera del infortunio, no duele menos. Tragamos saliva. El mundo pone primera, y vuelve a arrancar. El niño sigue ahí con su sonrisa resignada. Su hermanita sigue allí, jugando bajo la mirada, espero, de algún dios que la proteja hasta que vuelva su madre. Y de golpe hace frío, mucho frío. Y de golpe estamos todos desabrigados y hay que irse porque nos podemos enfermar. Diego le deja su paquete de masitas al pequeño Diego. Ana Julia Vigo, mi esposa, le deja la chocolatada a la pequeña de la colita con forma de antena. (Nunca llegué a enterarme de su nombre). Y nos vamos, porque hace mucho frío. Nos vamos caminando. (Pero por dentro corremos, escapamos y gritamos de impotencia).

Al llegar a la esquina de la plaza cruzamos a la vereda de enfrente. Entiendo que es para comprar algo para merendar, pero en realidad tengo la certeza de que ninguno está dispuesto a pasar por la puerta del bingo de mi ciudad.

El problema del ser humano es que cree que el otro ser humano va a comportarse más o menos del mismo modo que él. Por eso los nobles viven

decepcionados, los políticos viven pensando que los van a cagar, y los chorros viven pensando que los van a afanar.

Hoy, mientras manejaba mi automóvil por la ciudad, descubrí que tocar bocina cuando te cruzas a alguien por la calle es lo mismo que darle un “me gusta” en el Facebook. Y si frenás para saludar a alguien verbalmente, es lo mismo que dejarle un comentario en una publicación. Los tendré al tanto acerca de más analogías.

Mi pequeña hija ya adquirió esa costumbre tan femenina de creer que no le estoy prestando atención a lo que está diciendo si no la estoy mirando fijamente a los ojos mientras habla. Apenas le quito la mirada me pregunta: “¿Me estás escuchando?”.

Octubre 2014

Mi mamá me compró queso roquefort.

- Papá no te vayas. ¿Adónde vas?
- Tengo que ir al psicólogo.

- ¿Para qué vas al psicólogo?
- Para no estar loco.
- Yo quiero que estés loco.
- ¿En serio?
- Es chiste.

“¿Yo voy a tener papá hasta que sea grande?”

Frida - Cuatro años

(Todavía tengo clavado el puñal)

Yo soy de esos que creen que si te ponés a comparar precios, te vas al infierno.

Recién, mirando la lista de contactos bloqueados, descubrí que hay uno que ya se murió. Pobre hombre. Espero que no me haya querido decir nada antes de hacerse finado. ¿Lo desbloqueo? No, mejor no. Falta que se quiera comunicar desde el más allá.

Pues si me voy a pasar todo un fin de semana de octubre chapoteando adentro de una pileta, propongo que le cambiemos los nombres a las estaciones.



No conozco a ninguna psicóloga que se planche el pelo. Para mí que no se lo planchan porque quieren denotar con eso que no hay demasiada represión en sus seres. Claramente lo hacen para atraer clientes al grito de “Vea qué libre soy. Venga que la ayudo con la neurosis, patrona”.

Algunos gustan de la frase “Si te gusta el durazno bancate la pelusa”. Yo prefiero esta otra: “Si te gusta el sexo oral bancate el vello púbico”

Fue una larga noche vibrando al compás de los intermitentes chuchos de frío que me envolvieron la piel acaloradamente. La boca del estómago

estrujándose cual insistente trapo de piso de ama de casa fanática religiosa. Gastroenteritis viral, decretó la internet y, horas más tarde, también lo hizo el médico. -Te contagiaste de lo que se contagiaron todos. No sos nada original - agregó. Pido disculpas, desde ya, a todos los que estuvieron compartiendo mates conmigo en los últimos días. Ojala tengan la fortaleza para luchar contra el antipático virus que me embriaga los sentidos.

Chau papá. ¡Que te diviertas en el psicólogo!

Hoy entré a pasear a Garbarino y pude ver todo lo que no puedo comprar. Fue hermoso.

A veces me levanto, sin saber porqué, con un poco de optimismo. A veces abro los ojos y, quién sabe por qué, creo que no todo está tan mal. Entonces abro el diario, ojeo rápidamente las noticias, y automáticamente, todo vuelve a la normalidad. Me calzo el chumbo, me pongo el chaleco de fuerza, y me voy a trabajar. Feliz lunes para todos mis amigos de Facebook. Recen por no cruzarme por la calle...

Feliz cumpleaños esposa mía. Gracias por estampar a puros besos el paraíso sobre la piel de mi sonrisa a diario. Te amo.

Gracias venerable dios Eolo por este fin de semana ventoso. Es más fácil tolerar la brutal gripe cuando se sabe que no queda otra que estar encerrado.

Hoy me voy a quedar todo el día conectado al Facebook porque tengo la certeza de que alguien va a publicar algo que cambiará mi vida para siempre.

Noviembre 2014

(a) Si Facebook no quisiera que le demos “Me gusta” a nuestras propias publicaciones, no nos daría la opción de hacerlo. (b) Todos publicamos cosas que nos gustan, por ende, si no le ponemos el “Me gusta”, seríamos hipócritas. (c) Si no le ponemos “Me gusta”, a algo que evidentemente nos gusta, por temor a lo que piensan los demás, estaríamos reincidiendo en esa característica tan estúpidamente humana de andar pensando en “El qué dirán” (Haciéndonos volver al punto “c”)(d) Yo

le pongo “Me gusta” a todas mis publicaciones..., excepto cuando descubro que no me gustan. En ese caso las borro automáticamente. (e) Podrán comprobar lo que digo rápidamente verificando mi “Me gusta” en esta publicación.

Debo confesarles algo: Hace una semana tomé el primer vaso de cerveza de mi vida. Se los juro por mi hija. Jamás había tomado un vaso de cerveza.



De adolescente intenté en varias oportunidades ingerirla pero siempre me resultó amarga. Me generaba arcadas. Hace una semana, por pedido de mi esposa, la cual me convenció diciéndome que no disfruta de la cerveza si la toma sola, volví a probar. Milagrosamente no me resultó tan amarga como recordaba. Quizá, al haber dejado de agregarle azúcar y sal a mis bebidas y alimentos, mi paladar empezó a mutar. No sé cuál fue la verdadera razón, el asunto es que ahora me empezó a gustar la cerveza. A mis 35 años de vida. Le obvia pregunta es: ¿Debería recuperar el tiempo perdido? ¿Cuánto debería tomar por semana para ponerme al día? Espero respuestas de mis sabios amigos cerveceros. Saludos y chin... chin... (glup).

-Nuestra hija es muy hermosa -dijo mi esposa.

-Sí. Vamos a tener que romperle un poco la cara - dije yo.

Te acompaño en el sentimiento, por más que siento que miento al decir que te acompaño.

Encabezando el top ten de las frases que más suenan en mi hogar está la afamada: “No sé,

preguntale a tu madre”.

La piel es nuestro gran disfraz.

Sí, me pongo las zapatillas con los cordones atados... ¿Y qué?

No quiero escuchar esa música, no porque no me guste, sino por el hecho de que siempre le gustó a alguien que no me gusta. (A veces también pensamos así).

A las personas que no están en pareja el gobierno debería proporcionarles, en estos casos de fines de semanas fríos y lluviosos, una persona con la cual poder matear y revolcarse en la catrera, por lo menos hasta que comience la semana nuevamente.

Diciembre2014

Señalando al extenso y cilíndrico pionono sobre la mesada fue que le dije a la menor de mis hermanas “Así como lo ves, con la misma forma, ese pionono mañana va a partir de mi ojete hacia el inodoro”. Y luego procedí a reír a carcajadas durante unos

quince minutos. (Compréndanme. Es la primera navidad en la que tomo cerveza).

A Horacio Ferrer: Desde muy joven caminé por los empedrados porteños con su poesía acariciándome los oídos. Desde muy joven me empapé la libertad con su melodiosa voz. Y hoy se nos fue. La pucha, hoy se me fue. Muchos me han escuchado decir, a través de los años, lo siguiente: “No existe la perfección. Pero sí existe algo muy parecido: Las músicas de Astor Piazzolla acompañadas por las poesías de Horacio Ferrer. Eso es lo más parecido a la perfección”. Y hoy se nos fue Horacio. Se me fue. Desde muy joven me decía para mis adentros mientras lo escuchaba: Ojalá algún día lo pueda conocer. Ojalá antes de que se vaya lo pueda conocer. Hace unos años vino a recitar su arte a mi ciudad natal. Y lo abracé tantas veces, pero tantas veces, que el pobre hombre debe haber pensado que lo mío era una cruz de asesino serial con fanático metafísico. Cuando partí de aquel altar, en contra de mi voluntad, hacia mi hogar, de la mano de mi paciente esposa, me fui impregnado de su perfume, de aquel perfume de anacrónico

saco aterciopelado, de aquel perfume que hoy, en mi recuerdo, es talco de hadas. Me fui impregnado con la magia de aquel duende eterno que ya no está. De aquel tanguero, romántico, y rioplatense Peter Pan.

Yo calculo que se inventó lo de la Navidad para que a fin de año haya dos fiestas que festejar. De ese modo se puede pasar una con cada familia sin que haya miles de divorcios a comienzos del mes de enero. (Pues ya todos sabemos que en enero los abogados no trabajan).

“Papá... ¿Beethoven existe?”. Frida (4 años)

Hoy una compañera de trabajo se hizo permanente de pestañas.

El ser humano merece ser extinto prontamente.

En estos tiempos en donde reina la imagen, en donde todos intentan ser algo que no son, en donde todos existen a partir de cuán deseables pueden llegar a ser para los ojos de los demás... En donde todo es dieta, perfumes, cirugías estéticas, maquillaje, tintura, botox, anillos gástricos y

tacones altos... En estos tiempos en donde parece ser que el espejo nunca devuelve algo que pueda llegar a conformar... En estos tiempos, subir una foto, como la que yo he subido de perfil, una foto natural, una foto cotidiana, una foto tomada al salir de la pileta, envuelto en un toallón... Subir una foto así, parece ser un hecho transgresor... Lo cotidiano, lo que nace, lo natural, resulta transgresor. Estamos viviendo en un estado de frivolidad tan grande que un tipo con el pecho peludo, y un mísero toallón, resulta ser algo transgresor... Hay tanto disfraz de por medio, hay tanta silicona aceitada y almidonada, que un hombre en estado natural resulta ser chocante. Da mucho que pensar, realmente.

Lo primero que uno debería aprender al mudarse a una ciudad pequeña, como la mía, es a no putear a nadie; por más que se lo haya ganado con creces; porque, lo más probable, es que te termines encontrando, tarde o temprano, a ese mismo sujeto atendtiéndote detrás de un mostrador, o a punto de realizarte una cirugía.

Sinceramente ya no te soporto, pero seguiremos

siendo amigos mientras le sigas dando “Me gusta” a mis estados del Facebook.

-Papá... ¿Las princesas usan bombacha? Frida Godachevich Vigo.

-Se murió la abuela -dijo mi madre entre lágrimas hace un par de semanas atrás. Se murió mi abuela. Se murió la madre de mi mamá. Se murió la mujer que me cuidaba de niño. Esa que siempre me decía:

-Pensar que yo te ponía talco de chiquito-. Se murió el único ser humano que me decía “Augustito”.

En fin, se murió mi abuela.

Luego de la noticia, mi madre sé quedó con mi esposa e hija, y nos fuimos con mi padre a hacer los trámites a la funeraria. Nos preguntaron qué queríamos que diga la placa, qué queríamos que salga en el diario, a quienes nombrar y a quienes no nombrar, y toda esa clase de realismo absurdo que no queda otra que transitar.

De todos modos debo aclarar que antes ya habíamos ido a la casa del médico a que firme el acta de defunción. El médico tenía uno de esos perros que se caracterizan por traer perdices con la boca una vez que se las achura a perdigonazos. Lindo perro.

Lo acaricié un par de veces, y ya está. Mientras el médico hacía junto a mi padre todo el papeleo correspondiente, me puse a prestar atención a lo que estaba siendo emitido en el gran televisor. Antes debo informarles que me pasé cinco minutos asombrado por la calidad de aquel lujoso artefacto. Parecía que los actores se salían del marco y uno podía tocarlos. De repente sentí que mi clase social pasaba de “media tirando a baja”, a “baja tirando a arrodillada”. El asunto es que en la serie que emitía el futurista televisor trataban la siguiente cuestión: El protagonista le explicaba a su novia que no estaba dispuesto a decir aquellas palabras que siempre se dicen en los velorios del primer mundo. Ustedes se preguntarán acerca del muerto en cuestión. Podría haber sido su amigo, su padre o su tío. Pero no, era el velorio de su abuela. La serie contaba los conflictos internos sufridos por un nieto antes del velorio de su abuela, la cual de chico lo había cuidado; y precisamente yo estaba allí, esperando que el médico firme el acta de defunción de mi abuela. Tan solo quería salir corriendo, pero el moderno televisor no me dejaba. Su lúcida imagen era demasiado hipnótica. Por fortuna los actores eran tan malos que no lograron

generarme la menor empatía. Terminamos con el tramiterío y nos fuimos a dormir.

Al otro día me levanté, desayuné y me fui para la sala velatoria. Llovía a cantaros. Agarré el paraguas , los auriculares, y partí dispuesto a transitar aquel último acto intitulado: “Despedida final”. Me caminé las treinta y pico de cuabras bajo aquel clima que no hacía más que imitar a la invertibrada angustia que se retorció detrás de mí esternón. Milagrosamente los auriculares tararearon la banda de sonido precisa e hicieron que mis ojos se pongan a tono con el diluviar que me impactaba. Dentro de mi mente comenzó la dulce y triste función. Allí estaba mi abuela cuidándome de pequeño; allí estaba su mesada demasiado ocupada, sus mates demasiado dulces, sus papas fritas demasiado aceitosas; allí estaba la persona que me había amado tanto; inclusive antes de ponerme a gatear, a caminar, a pensar, a abrazar... Allí estaba ella. Con sus novelas, con sus almuerzos domingueros... Pero también, años después, con su alzhéimer. Aquella monstruosa enfermedad que se comió, durante los últimos años, sus preciados recuerdos. Aquella enfermedad que la transformó en otra persona.

Quiero contarles, como para sacarles un par de sonrisas, una de mis creativas estrategias usadas en aquella época para el ahorro de mi saliva. Resulta que, como siempre mi abuela me preguntaba lo mismo, yo había escrito todas las respuestas necesarias en un pizarrón. Entonces cuando volvía a preguntar, en lugar de contestarle, iba hacia el pizarrón y señalaba la respuesta correcta, cual si de un programa televisivo se tratase. Fotografiable era su cara de sorpresa al descubrir que la respuesta que ella tanto necesitaba estaba previamente escrita sobre su pared. Debo haber sido una especie de nieto Nostradamus para ella en aquellos instantes. Y como esas anécdotas, tengo miles. Pero mejor quedarnos con esa. Créanme. Es mejor...

Llegué a la sala velatoria. Allí estaban todos los que debían estar. Muchos de ellos enterados del suceso por madrugar acompañados de la simpática locutora que informa sobre los muertos de cada día. Luego, lo lógico. Llantos, abrazos, despedidas, y hasta esos chistes inofensivos que tan sólo sirven para hacer respirar un poco a los agobiantes recuerdos. Porque después de todo creo que un velorio es eso. Una maratón de recuerdos. Personas caminando por una sala con la mirada

vacía por fuera pero cargada por dentro. Con la mirada puesta en el pasado. Personas observando hacia dentro. Observando aquel catálogo de imágenes. Aquellos recuerdos compartidos con la persona que ya no están entre nosotros. Un velorio es una especie de vidriera del dolor de la despedida. Horas más tarde decidieron que ya era tiempo de llevar el féretro al cementerio. Llamaron a los hombres para cargarlo. Me volvió a tocar agarrar la metálica y ornamentada manija del medio, igual que aquella vez que despedimos a mi tía años atrás. La morfología de aquella endemoniada manija me lastimaba la mano. Por suerte el trayecto hasta el coche fúnebre fue corto.

Minutos más tarde volvimos a cargar al cajón, pero esta vez, hacia el cementerio. El tramo fue más largo. El dolor de mi mano se tornó insoportable. Llegué justo. La marca que me quedó en la mano fue intensa y dolorosa. Tardó unos cuantos días en irse. Al dejar el cajón ocurrió lo indispensable: la última despedida final. “La última”. Y luego nos fuimos muy lentamente, mi padre, mi madre, mi hermana y yo. Nos fuimos y allí se quedó mi abuela. Adentro de un cajón adornado con jazmines. Podría decir que aquella persona ya no era mi

abuela; podría decir, como decía mi madre, que estaba tan consumida que no parecía ser ella; podría decir que sin sus recuerdos, de algún modo, no era ella; podría decir tantas cosas pero... ¡Qué importa ahora! ¡Mi abuela ya está muerta! “La abuela se murió”. Todos caminamos por los empedrados de aquel valle de lápidas, de aquel lugar que parece ser para los muertos, pero extrañamente tan sólo lo necesitan los vivos... ¿Y para qué es que lo necesitan? Bueno..., pues para llorar a los que ya no están..., para recordar a los que ya no están... Para agradecer, una y mil veces, por todo el amor dado. Por ese amor, que hasta el día de hoy, nos sigue salvando la vida. Porque, no sé si estaban al tanto, mis amigos, pero aún estamos vivos, y eso no es casualidad. No es casualidad para nada. Gracias Abuela. Te amé.

Enero 2015

Buenas noches a todos. Feliz año nue..... ¡Ah no! ¡Paren! Ya estamos a dos de enero... ¿Llegué tarde? La concha de la lora. Otra vez llegué tarde. Volvó a tapar la sidra. Será el año que viene. Parece que este año ya este está perdido... Otra vez me

volvió a pasar... Espero que ustedes al menos la hayan pasado bien. Sepan disculpar... Es que estoy tan... tan... (El desolador, estruendoso y nocturno llanto, se hace eco a través de la ciudad dormida estimulando a las sensibles alarmas del afamado local de electrodomésticos bien llamado, por todo el orgulloso pueblo, Garbarino.)

Uy le di me gusta sin querer a la foto de ese forro que todavía lo tengo porque quiero saber si habla mal de mí en algún momento y ahora cómo hago porque si está sentado del otro lado de la computadora se va a dar cuenta si le llevo a sacar el me gusta porque después de todo el aviso ya le apareció igual uy que cagada mejor lo saludo por chat privado para no quedar como un ortiva ¿¡Ey hola cómo estás!? Uy que falso de mierda que soy mejor borro esta cuenta a la mierda y después... Uy me contestó ofendido porque parece que el otro día le corté el rostro y yo ni enterado que me chupe el choto pelotudo de mierda má si lo bloqueo y que se vaya a la concha de... (Este usuario se encuentra desconectado)

El tomar conciencia de que hoy es viernes me

produjo una erección.

-Hija ¿Por qué no mezclás el puré de papa con la verdura? -dije yo. A lo que ella respondió: -¡Qué buena idea! Lo voy a mezclar así como se mezclan los óvulos con los testículos para tener hijitos.

Parece que considera, a sus cuatro años, que ya es tiempo de que le demos un hermanito. (Hay que reconocer lo simpático de sus indirectas)

Mi mamá me trajo chocolate de Bariloche. Cuando se me acabe la caja me vuelvo a conectar. Nos vemos.

¿Por qué siempre que entro a mi casa me ando meto la llave al revés?

Habíamos quedado con mi esposa en que nos encontrábamos en el supermercado chino. Llegué yo primero. Até la bicicleta y entré. Compré lo necesario: Dos sachets de yogur y dos paquetes de yerba. Quise pagar con débito, pero el simpático chino me dijo: “No, débito no, no andar débito. Plata, plata”. Milagrosamente tenía un par de billetes en la billetera. Pagué y salí. Miré para todos

lados. Mi esposa brillaba por su ausencia. Le mandé un SMS con la siguiente información: “Ya compré todo. Me voy para casa”. Desaté la bicicleta, agarré bien fuerte la bolsa con los productos, y comencé a pedalear. La bolsa se zarandeaba incesantemente haciéndome zigzaguear en mi veloz transitar. Pero yo estaba confiado, podía dominarlo. Hice un par de cuadas sumergido en mi feliz y obvia vida pueblerina, y entonces ocurrió lo inesperado: La bolsa cedió. Se rompió. Le bolsa se cortó. La blanca bolsa se rasgó. Y todo fue a parar al medio de la calle. Todo. Frené bruscamente. El auto que venía detrás mío también frenó. Me bajé de la bicicleta y saqué el paquete de yerba de abajo de la rueda del coche. El remisero me miraba paciente. El paquete de “Rosamonte Suave” estaba intacto. Miré hacia los costados buscando los otros productos. Los dos paquetes de yogur, intactos. (Tanto el descremado como el entero, intactos) El otro paquete de yerba, también, intacto. No lo podía creer. No lo podía creer de ninguna manera. Junté todo velozmente para que el tránsito interrumpido pudiera volver con su rutinario trajín. Entonces se me acercó una chica de sonrisa solidaria que caminaba por la vereda. Con una bolsa en la mano me dijo: -Tomá,

a mí me sobra esta bolsa-. La miré, aun estupefacto por el milagro de la santa “intactitud”, y le dije: -Gracias-. Me contestó: -Si no nos ayudamos entre nosotros...-. Volví a decir: -Gracias-. Junté todo y me fui caminando las dos cuadras que me quedaban con la bolsa en una mano, y la bicicleta en la otra. Me fui reflexionando: “¿Autos que frenan justo cuando uno más lo necesita? ¿Sachets que no explotan al caer contra el pavimento? ¿Personas solidarias que obsequian bolsas? Esto debe ser un sueño. Estas cosas no suelen pasarle a nadie jamás. ¿Será el 2015 que viene así de copado?”

Hora más tarde, (O sea, hace un rato) mientras cenábamos, le cuento a mi esposa el feliz milagro experimentado. Ella, mientras me escucha, me pide que le abra el paquete de mayonesa. Justo habíamos comprado uno de esas sachets enormes que se abren con una pequeña tapa blanca a rosca. (De seguro saben de qué les hablo) Le calzo mis dientes a la rosca, como es mi costumbre, para poder abrirla por primera vez, para poder quitar aquel virginal obstáculo; pero al girar con mis sólidos premolares sobre la pequeña e inofensiva tapa, insólitamente, el sachet de mayonesa... explota. Sorpresivamente explota sobre mi boca.

Se le hace una rajadura tan grande que me quedo con un pedazo de envase entre los dientes. Mi barba queda completamente bañada de aquel afamado y amarillento aderezo. Jamás me había pasado algo semejante en mis largos años de abridor de envases. Automáticamente se me vino la imagen del par de sachets de yogur intactos en el pavimento. Sentí que alguien, en algún lado, se estaba riendo de mí.



Por ende mi consejo es el siguiente: Tengan cuidado. El destino suele ser cruel a la hora de cobrarse sus milagros. Yo que ustedes me abstengo de toda suerte. Mejor seguir viviendo felices en nuestras acostumbradas mediocridades saturadas de inevitables fracasos. Que tengan buenas noches.

Hubo un tiempo que fue hermoso... Eeeeh... No, mentira. No fue hermoso. Yo, en el año dos mil, estudiaba una carrera que no me gustaba, trabajaba en un trabajo que no me gustaba, estaba solo en una ciudad inmensa, que en ese momento, tampoco me gustaba. Era un ratón repleto de dinamita en un verano apocalíptico. Tenía 21 años, pero aún no estaba preparado para explotar. Entonces comencé a buscar, inconscientemente, desde ya, diferentes modos para ir purgando en cuotas toda esa ira, toda esa bronca interna, todo ese verdoso Hulk que me ahogaba. Comencé mirando películas de terror, y me hice un fanático obsesivo. (Terror Clásico, terror contemporáneo... Bela Lugosi, Karloff, y todos sus amigos.) El dolar estaba uno a uno, y un día pasé por la casa de Comics llamada “Camelot”, y lo ví a Chuky en la vidriera, y me dieron ganas de comprarlo. Llegué a casa y lo puse

orgulloso en mi repisa. Lo miraba y lo miraba, había algo adentro mío que se identificaba con eso. Luego pasé y me compré a Eduardo (Manos de tijera), y así. La obsesión patológica comenzó a desarrollarse desmedidamente. Y como aún no estaba preparado para explotar, compré y compré muchos más muñecos de colección.

Claro, con el pasar del tiempo, y como ya se imaginarán, exploté... ¡Y cómo exploté! ¡A la mierda! Exploté para transformarme en lo que soy hoy. Pero sin embargo allí siguen los muñecos observando desde la biblioteca. Me miran orgullosos, y me dicen a diario: “Al final explotaste, guacho. Estuviste bien”.

¡Hola chiquis! ¿Cómo los trata este tres de enero? ¡Sí, ya estamos a tres! ¿Qué locura, no? ¿Tienen pensado hacer muchas cosas este año? Yo tengo un par de ideas alucinantes... ¡Ya les voy a contar! Recién me acabo de bajar una cerveza con mi esposa y quedé súper boleado. Es que, como ya saben, soy nuevo en esto. ¡Jajaja! ¡Qué plato! Casi me caigo cuando fui a hacer la cacona. ¡Tire la cortina del baño a la mierda! Y bueno, de a poquito iré aprendiendo.

Bueno, besitos mis chicuelos, me voy a mirar una pelis. Pero no me quería ir sin antes ponerlos al tanto sobre lo entretenido de mi vida. Después de todo, de eso se trata el facebook... ¿No? Los quiero... Mua, mua, mua... (Confesiones del lado oscuro de mi pelotudez)

Febrero 2015

Mi madre nos crió en la más extrema de las limpiezas. En nuestra casa siempre fue prioridad el buen vestir, el orden y la pulcritud. Sin embargo hay un espacio en el cual mi madre no tenía, ni tiene aún, ningún tipo de poder. Ese lugar se llama “El deposito”. Ese lugar se rige por reglas totalmente diferentes a las del dulce y lustroso hogar. Ese lugar está al servicio del caos. Ese lugar funciona como la fuerza opuesta del otro espacio. Allí es donde mi padre habita. Allí es donde mi padre escapa. Ese es el único lugar en donde se puede sentir realmente “como un hombre”. Allí él es dueño y señor. Allí, entre sus tornillos, serruchos, pedazos de maderas, pinzas, tenazas y mugre (muchísima pero mucha mugre). Mi madre aún no entiende porque me terminé identificando con ese pequeño espacio,

en lugar de haberme identificado con su palacio de Blem, Procenex y Lavanadina.

Les cuento que aquel mágico y sagrado espacio llamado “El depósito” está decorado de recuerdos: Trofeos oxidados, botines destrozados, cascos, volantes, y muchos otros objetos que dan a entender que mi padre es un hombre que realmente “ha vivido”.

Hoy redescubrí una foto colgada en la pared de “El depósito”, que, si bien es un recuerdo, huele más a futuro que no fue. En esa foto estoy yo portando apenas un puñado de años. En aquel recuerdo amarillento y mugriento me encuentro vestido y posando como un futbolista. Y sé que es una foto que no tiene razón de ser. Conociendo como terminaron yendo las cosas no tiene razón de ser. Pero si a él lo hace feliz esa fotografía de lo que nunca llegué a ser, quién soy yo para contradecirlo. El “Depósito” es su pequeño mundo. Su realidad paralela. Su pasado y su presente. Un reflejo de todo lo que fue, es, y seguirá siendo. Ojalá todos podamos tener un lugar así. Un depósito a modo de refugio. Un refugio en donde sentirnos seguros. Un lugar en donde sentarnos a descansar sobre nosotros mismos. Descansar para poder seguir.

Porque ya todos los saben: Aún nos queda mucho porqué luchar.

Caminando por la plaza hoy a la tarde:

-Papá, ¿qué es ese olor tan feo? -pregunta la pequeña Frida.

-Es olor a mariguana- le informo.

-¿Mariguana? -pregunta sorprendida por la simpática palabra.

-Sí, es una planta que se fuma -explico lúcido.

-Como el cigarrillo -señala ella.

-Exacto -agrega su madre-. El cigarrillo está hecho de tabaco.

-¿El cigarrillo hace mal? -pregunta la pequeña de cuatro años.

-Sí. Si fumas mucho te podés morir -informo drástico.

-Claro. Como le pasó a Spinetta -ejemplifica la pequeña- Y nos vuelve a dejar sin habla.

“Yo hace mucho que nací. Ya ahora no existo más chiquita. Ahora existo solamente grande”

Frida Godachevich Vigo. Cuatro años y casi medio

Anoche. Los tres en la cama grande. Frida, con sus

cuatro años y cuatro meses, pregunta -¿Por qué el pene es tan largo?

-Es para que entre hasta el fondo de la vulva
-contesto yo tirando lo primero que se me pasa por la cabeza.

-¡Qué laburo! -responde la pequeña dejandonós, a su madre y a mí, mudos hasta el otro día.

Sacando la cerveza del freezer...

Auspicia este mareo: “Stella Artois”

-Papá. Hay un bicho muerto en el baño - dice la pequeña Frida. Voy y compruebo. Es una cucaracha patas para arriba junto al bidet. Entonces la pequeña Frida agrega -¿No estará durmiendo?

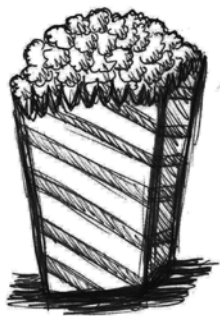
Acabo de cumplir 36 años. Quien esté interesado en felicitarme por el simple hecho de haber tenido la capacidad de mantenerme vivo hasta el día de la fecha, hágalo aquí debajo. Desde ya muchas gracias. (No salude por compromiso porque me doy cuenta. No sea falso por favor)

Micro-postales extraídas de una reciente y soleada tarde de plaza:

- Una madre le grita insistentemente a sus hijos, quienes no paran de pelearse entre sí: “si siguen rompiendo los huevos me los llevo al departamento para que se mueran de aburrimiento. ¿Me escucharon?”

- Un padre físico-culturista grita a su hijo, el cual envió de una tremenda patada la pelota hacia la calle: “Ahora la vas a buscar vos por pelotudo. Y tené cuidado que no te pise un auto. ¿Me escuchaste?”

- Una madre sube a la calesita con el fin de acomodar a su hija dentro del autito rojo. Entre sus manos tiene una inmensa bolsa de pochoclos recién salida del horno. La señora trastabilla intensamente dando como resultado una melosa y copiosa nevada sobre su hija



y sobre el autito rojo. La niña comienza a comer pochoclos desde arriba del capot mientras su padre desde abajo le grita: “No comás esos pochoclos que están infectados” La niña no deja de comerlos. Al rato no queda un sólo pochoclo.

- Un padre ayuda a su niña de dos años a subir a la trepadora indicandolé cuales son los pasos que debe ir dando para llegar a la cima: “Primero este piecito. Muy Bien. Ahora ésta manito. No, esa no. La otra. Perfecto. Ahora subís el otro pie hasta acá. Pero muy bien” Mientras tanto, mi enferma mente imagina a esa niña ya adulta metida en una situación semejante con su futuro esposo: “Ahora sacate la remerita. Muy bien. Ahora poneme esa manito acá. No, esa no. La otra. Perfecto. Ahora date vuelta así. Pero muy bien”

El placer de desayunar un domingo a sabiendas que recién se vuelve a laburar el miércoles...

Silencio que empiezan Los Simpsons.

Resulta que, hace un rato, le estaba leyendo un cuento sobre cangrejos a la pequeña Frida. En un momento el texto dice algo así como “El cangrejo

tomó la esfera con sus manos”. Entonces le digo a la pequeña Frida: -Estos forros se confundieron. Los cangrejos tienen pinzas, no tienen manos-. A lo que mi hija de cuatro años y medio me contesta -Papá, me parece que es una metáfora.

Del siguiente modo mi hija le explicó a su abuela que iba a tener un hermanito: “Abuela, por fin el espermotizoide llegó al ovulo”. Después de diez segundos de ardua carburación mental, la abuela entendió que tenía que dar las obvias felicitaciones.

Hace un rato estaba acuareleando un poco sobre una hoja. Se acerca mi hija y me dice –Papá,usá todos los colores que quieras. Porque nosotros somos artistas. ¿Entendiste?- y luego se va. No pude seguir pintando. Fue demasiado compromiso.

“Mamá... Te olvidaste de agradecerle a papá por el espermatozoide” Frida (4 años y medio)

-Hija. Tenés que dormirte rápido porque mañana tenés que levantarte temprano para ir al jardín.

-¿Tan rápido? ¿Querés que me trague el sueño entero?

(Diálogos con Frida Godachevich Vigo, cuatro

años y medio)

Recordé que mañana es viernes y se me dibujó una sonrisa tan grande que casi seme separa la cabeza en dos partes.

Abril 2015

Y nos tienen tan automatizados que muchos se quejan de la televisión olvidándose que existe la simple opción de apagarla.

La pequeña Frida se acercó hasta la puerta del baño y me preguntó a través de la misma “¿Cómo va esa cagada?”.

Es viernes, llueve a cantaros, estoy mirando con mi esposa una película de Woody Allen, mi hija juega en la pieza... Hay veces que dan ganas de dejar de ser ateo, aunque sea por un rato.

Mayo y Junio 2015

¿No es verdad que ya todos convivimos naturalmente con la hipocresía del facebook? Ya estamos

todos hartos acostumbrados a leer mensajes de amor, comentarios gentiles; ya estamos hartos acostumbrados a ver felices fotos de familias unidas y de parejas felices. No es ningún secreto que en esta afamada red social tan sólo podemos ver del otro lo que el otro quiere que veamos.

Por mi parte debo confesar que tengo contactos de todos los sabores y colores. Madres que le comentan a sus hijos que son lo mejor del mundo, lo más importante de sus vidas, mientras uno sabe que por detrás no hacen más que recriminarse cosas, agredirse, y hasta echarse de sus casas al grito de “Esta es mi casa, si no te gusta, vete de aquí para siempre”. Parece que los gestos de amor tan sólo se dan por facebook... Claro, porque queda lindo a los ojos de los demás. “Vea que feliz que soy y dele un me gusta a mi supuesta felicidad”. Pero puertas adentro aparece la realidad.

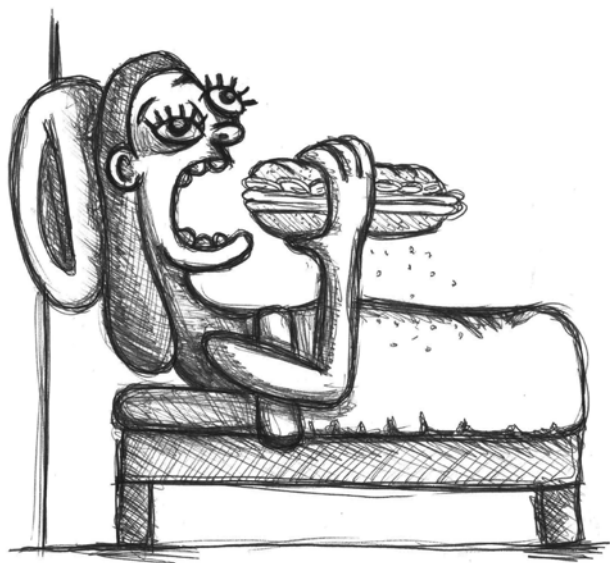
¿Y cómo olvidarnos de aquellas parejas que se la pasan plagándose el muro de mensajes de amor? Que te amo, que te adoro, que eres bella, que eres un potro... y de golpe, y de un día para el otro, uno puede comprobar que sultano ya no está en relación sentimental con mengana. Y no sabemos más nada que eso... Y entonces uno piensa “Carajo, cuenten

la historia completa. ¿Cómo fue que se acabó esa relación? ¿Cuernos? ¿Desentendimientos? ¿Suegras de por medio? ¿Falta de sexo oral? ¿Anal, acaso?”

Es tanta, mis queridos, es tanta, pero tanta la hipocresía, que yo, a través de este solemne acto, he decidido ya no formar parte de la misma. Así que por este medio he decidido empezar a contar, no tan sólo mis orgullos, los cuales son demasiados, si no también mis miserias. Comencemos de una vez antes de que me arrepienta:

Todos ustedes saben que estoy casado felizmente con Ana Julia Vigo. Saben que la amo, que es la razón de mi existencia, que es la luz que ilumina mi camino, y toda esa sarta de melosidades que siempre suelo enunciarles a troche y moche. El triste asunto es que no todo es un lecho de rosas. No lo es. A veces no nos ponemos de acuerdo. Les juro que a veces no nos ponemos de acuerdo. ¿Saben lo que hace, la muy desdichada? De seguro se indignarán tanto cuando lean que le darán un cabezazo al monitor. ¿Saben lo que hace? “Come en la cama”. Sí, come en la cama. Y eso no es lo peor. Lo peor es que le ha contagiado semejante vicio a nuestra hija en común. La pequeña Frida

también come en la cama. Merienda y desayuna sus budincitos, magdalenas, tostaditas... ¿Lo pueden creer? ¿Y saben lo que me dice mi esposa cuando le grito a garganta batiente: “No comas en la cama, carajo.”? ¿Saben lo que me dice? Me dice: “No te preocupes, después sacudo la sábanas”. ¿Lo pueden creer? (Con sarcasmo) La señorita después sacude las sabanas. Como si fuese tan fácil. ¡No lo



es! ¡No es tan fácil sacudir las sábanas!

Sé que seguro todos ustedes, siendo personas de bien, estarán de acuerdo conmigo y podrán ayudarme en este entredicho.

En breve les estaré contando más de mis miserias cotidianas para que comprendan que, en realidad, somos seres humanos de carne y hueso, a diferencia de todas esas hipócritas caras felices que ya me empalagaron hasta el centro mismo de mis preciados testículos. Gracias.

Ey, hola...¿Cómo...,cómo andan? ¿Todo bien del otro... del otro lado? No sé si estaban al tanto pero, no sé..., pero aún estamos vivos. Bah..., no sé..., eso dicen... según parece... Eso creo haber escuchado... Bueno, eso... eso no más... Hasta luego, de ser posible. Hasta luego... Y manténganse vivos... aún.

Lunes y... (sonido de interferencia)... ya tengo el cerebro... (sonido de interferencia)... quemado... (sonido de interferencia)...

- ¿No tendrías que cortarte un poco la barba?
- ¿Por qué debería cortarme la barba?
 - No sé. Para que te quede más lindo.

- ¿Más lindo para quién?
- Para el que te ve. No sé...
- ¿Y por qué me tendría que interesar la opinión del que me ve?
- No digo que te interese... No sé... No rompás las bolas. Fue nada más que un comentario.
- No te enojés, muchacha. Sólo te estoy haciendo pensar un poco...
- ¿Y tu mujer qué opina?
- A mi mujer le gusta cómo me queda.
- Ah, viste... Entonces te importa la opinión de los otros.
- De los otros no. Sólo me interesa la opinión de mi mujer. Yo no pretendo gustarle a nadie más que a ella. Estoy bien así...
- ¿Y te pasás shampoo?
- Claro, hay que ahorrar. Empiezo por arriba y sigo por bajo.
- Así que te vas a dejar la barba.
- Y sí. Así me nace. Yo no hago nada para que crezca.
- Claro...
- Habría que preguntarle a los demás hombres porqué se afeitan ellos todos los días.
- De todos modos, con ese criterio a vos no tendrían

que molestarte las mujeres con pelos en las piernas y axilas.

- Pues no me molestan. Yo ya le dije a mi esposa que por mí se deje de afeitar, pero ella no quiere dejar de hacerlo.

- Ah, claro... Ella no quiere.

- No.

- Bueno... Entonces te vas a dejar la barba...

(Y así siguió largo rato la conversación. Ustedes se preguntarán porqué motivo me pongo a romperle las pelotas a las personas así, en lugar de responder un simple “Me gusta cómo me queda”. El asunto es que el mundo se está poniendo aburrido, y estoy tratando de divertirme un poco. Además me estuve enterando que muchos hombres se están haciendo depilación definitiva de la espalda. Alguien tiene que contrarrestar semejante aberración. Creo que me corresponde. Hasta luego, mis queridos.)

Entramos a la sala de espera del médico. Ahora en las salas de espera hay televisores. Esos televisores están puestos a altísimo volumen para que todos puedan escuchar. En el televisor de la sala de espera estaba puesto un canal de música. En el canal de música sonaba uno de esos clásicos y obvios temas

de estilo reggaeton. Mi hija Frida, de casi cinco años, se acerca hasta mí y me informa que me quiere decir un secreto. Acerco mi oído hasta su boca. Entonces escucho que me dice “Papá, esta música es horrible”. Entonces vuelvo a erguirme y le contesto a todo volumen: “Sí, hija, tenés razón, esta música es horrible”. Parece que a la secretaria no le cae bien mi confirmación.

“Uh... ¿Cómo anda Lucho? Hace mil años que no lo veo. En una época laburamos juntos. Lo quiero mucho a Lucho. Es copado. Buen tipo... Osea, se lo quiere... pero no como para juntarse a tomar una cerveza... Tampoco como para tomarse unos mates... pero se lo quiere... Tampoco como para saludarlo por la calle... pero... Bueno, no sé... Se lo quiere... Creo. “

“Si supieras cuánto te odio en realidad, podría borrarte de una vez por todas de mi red social”.

Abstenerse de comer una porción de pizza demás a la hora de la cena, pero luego mandarselá fría a las tres de la mañana. Algunos sí que la tenemos clara.

Hoy, simulando haber ascendido de clase social, me compré un papel higiénico diez pesos más caro que el de siempre. Se me cayó una lágrima de emoción al descubrir, después de usar el bidet, que este nuevo papel higiénico, no te raspa el orto. Aleluya al Señor.

“Yo soy de esos que orinan mientras silban el tema que se usa de cortina en el programa de la horrorosa Mirtha Legrand”

Creo que uno podría catalogar a las personas que conoce a partir de cómo es que se las saluda por la calle:

- 1) Saludar con la cabeza sin dejar de caminar
- 2) Saludar con un hola sin dejar de caminar.
- 3) Saludar con un apretón de manos sin dejar de caminar.
- 4) Saludar con un beso sin dejar de caminar.
- 5) Frenar, saludar con un apretón de manos, o un beso, preguntar si está todo bien, denotando que no nos interesa la respuesta, y seguir caminado.
- 6) Frenar, saludar con un apretón de manos, o un beso, preguntar si está todo bien, denotando que sí nos interesa la respuesta, hacer una segunda

pregunta, escuchar la respuesta mientras nos vamos yendo con excusa de por medio.

7) Frenar, saludar con un abrazo afectivo, preguntar si está todo bien, y proponer una cena juntos de fin de semana, la cual nunca será concretada.

8) Frenar, besar apasionadamente, abrazar, e ir en dirección al albergue transitorio más cercano.

La frase “Fin de semana”, a mi parecer, es demasiado extensa, si se pone uno a pensar en la cantidad de veces que se la utiliza en el charlar cotidiano. Por eso muchos de nosotros solemos sintetizarla con el siguiente neologismo o abreviatura: “Finde”. Me suele pasar que, cada vez que utilizo la palabra “Finde”, me escucho sonar como un adolescente cubierto de acné. ¿Qué hacer entonces para evitar el gastadero de saliva y a la vez no sonar como un imbécil? Quizá lo mejor sería inventar una nueva palabra. Algo corto y efectivo. ¿Qué nuevos sustantivos proponen, mis amigos? Ayúdenme, haganme el grandísimo favor. ¿Qué mejor modo de pasar este “Fin de semana” largo?

Llamado a la solidaridad. Se solicita la amistad de personas que den más valor a sus sentimientos que



a su poder adquisitivo. Desde ya muchas gracias

“El primer día de cuando sea grande voy a cocinar arroz con verduras y papas fritas” Frida.

-Voy a orinar- digo, y me meto en el baño. Mi hija me sigue y me dice, a través de la puerta -No te olvides de revolear bien el pene así no te queda nada de pichí.

Mi esposa está haciendo “lemon pie”.

Se suspenden los trámites de divorcio hasta nuevo aviso.

¿Alguien tendría la gentileza de explicarme por qué es que algunos papeles higiénicos vienen perfumados? ¿Acaso los fabricantes de los mismos confunden a nuestro upite con una fosa nasal? ¿Acaso es una perversa estrategia para fomentar el beso negro? Necesito respuestas. Y las necesito ya.

- Hija.

- ¿Qué, pá?

-¿A la hamburgüesa la querés con jamón, y con queso untable?

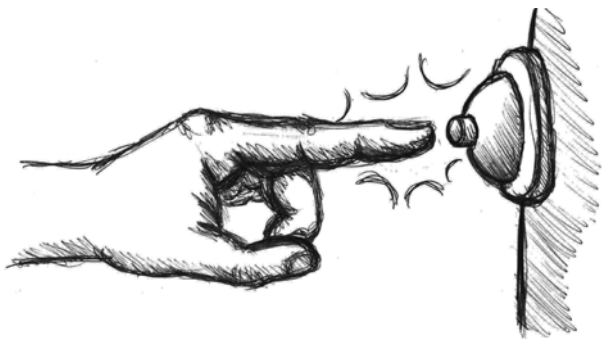
- La quiero solamente con queso untado y con mucho amor.
- ¿Cuántas fetas de amor le pongo?
- Diecinueve.
- ¿Diecinueve? ¿No será mucho amor?
- Bueno. Entonces pónle cinco.

[Diálogos con mi hija Frida (Cuatro años y medio)]

Mi mamá volvió de su viaje y me trajo una bolsa de chocolate “Toblerone”. El que se aparece por mi casa se come un tiro en los genitales. Están advertidos

“Es muy divertido estar enferma, porque podés estar todo el día acostada mirando películas” Frida. Cuatro años y medio, y volando de fiebre.

En mi casa el otro día pasó algo extraño. El otro día, en mi casa, “sonó el timbre”. ¿Quién será? Nos preguntamos a coro con mi esposa con los ojos descajados. Sé que la respuesta a la pregunta los sorprenderá tanto que saltarán medio metro hacia atrás. Así que agarrense bien fuerte. ¿Saben quien era? Era un amigo. Sí señora. Un amigo. Un extraño amigo que, en lugar de



escribir por internet, o de escribir por celular, se desubicó apareciendo por casa. Con mi esposa nos mirábamos estupefactos. No sabíamos que hacer. ¿Correspondía abrirle? ¿Era seguro abrirle la puerta a alguien que no se había tomado el trabajo de comunicarse previamente del modo debido? No lo sabíamos.

Entonces fue que hicimos memoria y descubrimos, atajésé, que antes era así. Antes era así. Antes uno andaba caminando por la ciudad y simplemente pasaba. Antes uno sentía la necesidad de querer estar con alguien, por el simple hecho de estar; de querer estar con alguien por tomarse unos mates por más que no haya nada que contar. Antes era así. Antes necesitábamos de la presencia del otro. Uno andaba cerca de la casa de algún amigo y

simplemente pasaba. ¿Y si el amigo no estaba? ¿Qué pasaba cuando el amigo no estaba? ¿El horror? Pues no. No pasaba nada. Nada de nada. Simplemente seguíamos caminando pensando: “Y bueno. Será la próxima”.

¿Antes era más lindo? No sé... ¿Ustedes que opinan?

Ayer entré a una librería de mi ciudad y escuché a una mujer diciéndole lo siguiente a una de las vendedoras:

-Hola, sí, quería que me des el libro “Otelo”. ¿Lo tenés? Es un libro que le dieron a mi hijo. ¿A vos te parece que le den esas cosas a mi hijo para leer en la escuela?

-Es una obra de teatro- llegó a decir la vendedora pero no fue escuchada.

-Tiene quince años y ya les dan esas cosas tan horribles. Ahora el pobre va a tener que estar dos días encerrado leyendo. Y bueno, que se joda. Yo no sé cómo va a hacer. Aunque él, si quiere, lo lee en diez minutos. Es muy capaz.

-No se preocupe que es un libro corto- informó la vendedora.

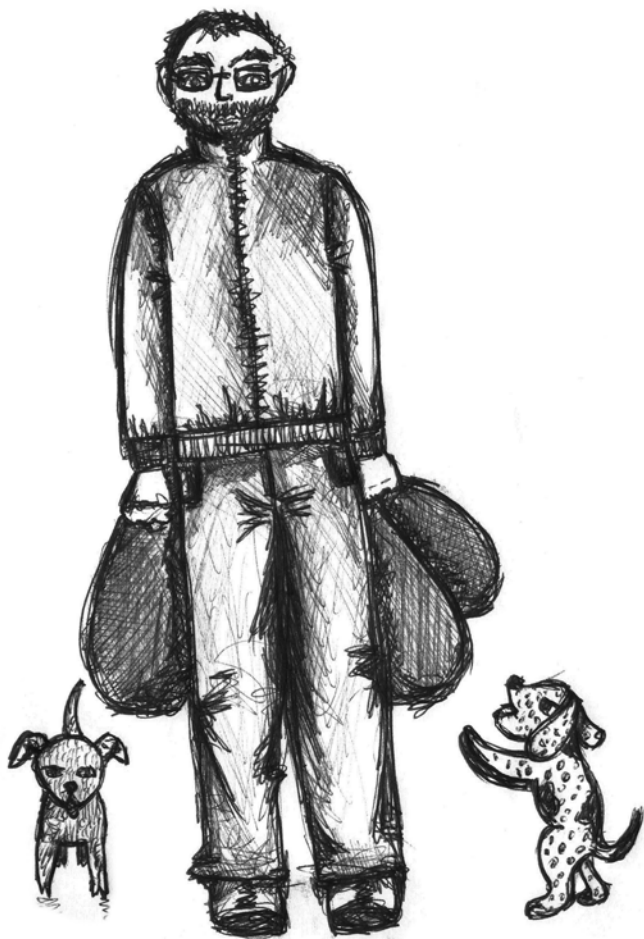
-Esperemos que sea divertido, al menos. Pobre mi

hijito, va a tener que estar horas encerrado leyendo esa cosa. Qué desastre los docentes. Ya no saben que darle a los chicos. Él sólo tiene quince años... Digamé cuánto es, por favor.

(Ustedes saben que yo soy un ser pacífico. Pero debo reconocer que en ese momento me brotaron unas imperiosas ganas de ponerle una peluca a la señora para luego llamar al negro Otelo al grito de “Ésta es Desdémona, chabón. Te metió los cuernos con media ciudad, hacela mierda, negro. Sacale los ojos para afuera”. Y entonces, ahí sí, me sentaría cómodo y feliz a disfrutar del siempre divertido asesinato de una pobre señora inocente).

Son las nueve y media de la noche. Me dispongo a sacar la basura. Las perras me ven con las bolsas en la mano. Comienzan a mover la cola. Ven que agarro las llaves. Salen disparadas hacia la vereda. Las sigo lentamente. Respiro el aire nocturno profundamente. La ciudad comienza a apagarse. El ritual de sacar la basura. Pongo las bolsas junto al árbol. ¿Entro? No, aún no. Voy a darles un poco de tiempo a las perras para que puedan disfrutar de la noche. Me quedo parado en la vereda. Escucho al tipo del bar de enfrente hablar a los gritos.

Algunos pocos autos pasan. Miro al cielo. Miro las estrellas. No somos nada. Ya lo sé. Pero nada de nada. Nadie nos pidió existir. No hay nada. No hay una excusa. Somos una casualidad. Somos casuales hormigas en el hormiguero. Hormigas al costado del universo. No somos nada. Claro que no somos nada. Ya sé que no somos nada. ¿Y entonces? Pero algo somos. Yo lo estoy sintiendo. Lo estoy sintiendo. ¿Vale para alguien todo esto que siento? ¿Vale para mí? Sí, para mí vale. ¿Y para el universo? No creo. Yo que sé. Creo que no. Muevo las llaves dentro de mi mano sin pensar en hacerlo. Las perras se me acercan. Sonrío. Qué lindo sería que los perros pudieran sonreír. -¿Vamos para adentro?- les pregunto. Caminamos hacia nuestro hogar. Caminamos ya sin bolsas. ¿Y a quién le importa? ¿Y a quién mierda le importa todo esto que siento? A mí me importa. A mí sí que me importa. Y eso ya es algo. (Continuará. Creo que esto continuará)



Información del autor en primera persona:

Soy Augusto Godachevich, argentino. Nací en Pergamino (provincia de Buenos Aires) en el año 1979. De chico fui un niño introvertido, de pocos amigos. Mi constante pasatiempo fue el de crear y dibujar personajes en cuadernos. Nunca fui a aprender dibujo (o no lo recuerdo). Al terminar la secundaria viajé a Capital Federal, en donde pasé once años de mi vida estudiando diversas carreras universitarias sin llegar a recibirme de nada (Diseño Gráfico, Psicología y Dirección Teatral) y tomando diferentes cursos y talleres (Actuación, Guitarra, Composición musical, Fotografía y otros) Con el pasar del tiempo fui entrenándome en diferentes artes: Fui componiendo temas musicales, y escribiendo la letra de los mismos; fui escribiendo obras de teatro, dirigiéndolas y actuándolas; fui escribiendo cuentos; y fui haciendo otras cosa que en este momento no pienso desarrollar: dibujos, pinturas, fotos, afiches etc...

Como cantautor grabé los siguientes discos: **Asco**; **Asco en Vivo**, **Doble y Pirata**; **Nausea**; y **Nausea en Vivo**, **Doble y Pirata**. También presenté los siguientes espectáculos musicales: **Asco en Vivo 1** (2010); **Asco en Vivo 2** (2010); **Nausea en Vivo**

(2013); y **Carne Picada de Diván** (2014).

Como director, y en la mayoría de los casos también como actor, estrené en Capital Federal las siguientes obras: **Relaciones Clasificadas** (2005), **Relaciones Clasificadas versión extendida** (2006), **Reflexiones Empetroladas** (2007), y **Cristal, el Hada del Bosque** (2007); y en mi ciudad natal, Pergamino, estrené las siguientes obras: **Represiones Recicladas** (2008), **Agonías Transitadas** (2009), y **Querequetedequé** (2011); y durante el año 2013, como dramaturgo y actor, estrené la obra **Por las Paredes** (dirigida por Ana Julia Vigo, mi esposa).

Como docente, junto a Ana Julia Vigo, dirigimos a nuestro grupo de “Entrenamiento y Formación Actoral” en mis siguientes obras: **Ombbligo Universal** (2009), **Patetismo Encarnado** (2010), **Repuestos Biológicos** (2011), y **Cerca** (2013).

Como dramaturgo escribí los siguientes libretos teatrales: **Por las paredes** (2013), **Niño de Cristal** (2012), **Ex (con equis)** (2012), **Querequetedequé** (2011), **Mierda en los ojos** (2011-2012), **Patetismo Encarnado** (2010), **Acá** (2010), **Ombbligo Universal** (2009), **Agradecimientos desencontrados** (2009), **Agonías Transitadas**

(2009), **El sueño de la empanada** (2009-2011), **Competencia Tercermundista** (2008), **Represiones Recicladas** (2008), **Equilibrio Marital** (2007), **Conejo Negro** (2007), **Reflexiones Empetroladas** (2007), **Tahuacos** (2007), **Relaciones Clasificadas** (2005-2006), **El juego de las sonrisas** (2003-2006), **Revancha Celestial** (2002-2004), y **Mira entre mis nalgas** (2002).

También está por ver la luz un libro con mis cuentos y algunos versos, el cual estará ilustrado por Ana Julia Vigo, llamado **“Con todos los ojos en los bolsillos”**.

Ah, cierto..., también conduzco el programa de radio “Arte para Recilcarte” en donde comparto la música que amo. Listo, ahora sí..., pero estoy seguro de que algo me olvido... A ver... Ah, sí, claro, también hago ilustraciones y dibujos, hago tiras de humor, y también experimentos fotográficos. Sí, también saco fotos. Bueno, ahora sí. Fin. (De seguro cuando saquen mi biografía le titularán “El que mucho abarcó y poco apretó”)

A través de las solapas del blog www.augustogodachevich.blogspot.com.ar podrán acceder a todo el material citado en esta

extensa información (libretos de obras de teatro, espectáculos en Video, discos de estudio y en vivo, programas de radio emitidos, cuentos y versos, ilustraciones y fotografías)



